

# Cartas a Poseidón

## CEES NOOTEBOOM

Nuevos Tiempos Siruela



Cees Nooteboom

**Cartas a Poseidón**

Traducción del neerlandés de  
Isabel-Clara Lorda Vidal

 Siruela

Nuevos Tiempos



# **Cartas a Poseidón**

## ÍNDICE

Cubierta  
Portadilla  
Poseidón I  
Boda con un sombrero  
Asedio  
Bayreuth  
Poseidón II  
Encuentro  
Invalides  
Poseidón III  
Río  
Challenger  
Poseidón IV  
Asclepias  
Tiempo  
Poseidón V  
Camión  
Kenkō  
Teléfono  
Poseidón VI  
Infanticidio  
Libros  
Poseidón VII  
Muro  
Mancha  
Poseidón VIII  
Hölderlin  
Velos  
Cuadro  
Poseidón IX

Orión  
Pastoral  
Poseidón X  
Conversación  
Agave  
Poseidón XI  
Paseo  
El testigo  
Poseidón XII  
La silla  
Burros  
Jardín  
Poseidón XIII  
Chica  
Luna de sangre  
Poseidón XIV  
Hombre  
Superficie del agua  
Verde  
Poseidón XV  
Bal des Ambassadeurs  
Circe  
Puerto  
Poseidón XVI  
Hipopótamo  
Hesíodo  
Poseidón XVII  
Quilotoa  
Tormenta  
Zoológico  
Poseidón XVIII  
Vidas  
El toro

Poseidón XIX  
Hermanas  
Ballena  
Azul  
Poseidón XX  
Guerra  
Ratón  
Posidonia  
Poseidón XXI  
Antiguo  
Llama  
Poseidón XXII  
Colegas  
Piedra  
Poseidón XXIII  
Notas e imágenes  
Agradecimientos  
Créditos de las ilustraciones  
Créditos

*The death of one god is the death of all.*

Wallace Stevens

Para Siegfried Unseld,  
a quien debo tantos cambios.

¿Cómo empezar? Corre el año 2008, un día de febrero en Múnich. En Marienplatz he comprado un libro de Sándor Márai. No es una novela, sino una colección de epigramas en prosa. Se titula *Die vier Jahreszeiten (Las cuatro estaciones)* y la cubierta rezuma cierta tristeza: un tallo quebrado, una flor grande que pende con las hojas muy apretadas aunque un poco marchitas, una imagen melancólica que no se aviene con ese día de invierno inesperadamente soleado. Hace años, cuando aún nadie hablaba de él, Klaus Bittner me regaló en Colonia el último diario de Márai, unas páginas parcas y transidas de amargura, que contenían sus notas escritas en los dos años previos a su suicidio a la edad de 89 años. Destierro en San Diego. ¿Por qué se le ocurriría a Márai instalarse en San Diego? Conozco ese lugar y no entiendo cómo este cosmopolita húngaro pudo acabar ahí sus días y escuchar como último sonido un disparo de revólver. Su esposa, que le había acompañado toda la vida en sus viajes, enfermó. Él la visita en el hospital, hasta que ella muere y esparcen sus cenizas en el mar. El escritor vive solo, se encuentra cada vez peor, lee a Aristóteles y su diario se torna una lectura fragmentaria y dolorosa. A continuación, la muerte. Su gran éxito fue póstumo. Mis amigos húngaros se sorprenden de la gran acogida que han tenido sus novelas; pero ellos están más interesados en sus diarios y crónicas de viaje. Márai fue un espíritu clarividente en un siglo, largo y oscuro, de fascismo y comunismo, de fronteras en perpetuo desplazamiento. Me encamino con mi nuevo libro hacia Viktualienmarkt en busca de un lugar para leer. La calle está animada. Veo un restaurante de pescado y encuentro un sitio en la terraza. Pido una copa de champán para celebrar este primer día de primavera y empiezo a leer. El libro se publicó en 1938, aunque los fragmentos que leo son obra de un contemporáneo, de un hombre que consagra su vida a mirar, leer, viajar y escribir. He elegido el restaurante al azar y en la servilleta que me entregan figura el nombre de Poseidón escrito en letras azules, en ese azul del mar junto al que resido en verano. Puede que eso sea una señal, que alguien quiera comunicarme algo, y yo he aprendido a atender a ese tipo de señales. El dios aparece representado con su tridente. Y en ese mismo instante decido que, cuando acabe el libro en el que estoy trabajando, me dedicaré a escribirle cartas a Poseidón, breves textos que versen sobre mi vida y las cosas que veo, oigo y pienso.

Entre tanto el invierno alemán ha dado paso al verano español, acabé el libro y, en ese vacío que suele seguir al final de una obra, me viene a la memoria aquel día de invierno soleado de hace medio año. Dentro de tres días cumplo 77 años. Al día siguiente empieza el mes de agosto, el mes del César. Será la primera vez que le escriba a un dios. Cae la tarde. El mar está cerca de aquí, el mar de Poseidón y las rocas junto a las que suelo bañarme. Contemplo la extensa superficie luminosa y rizada del mar, su vaivén bajo el último fulgor del sol. No se oye sino el rumor del agua sobre las rocas. Sí, es hora de poner manos a la obra.

## Poseidón I

En un relieve del siglo V antes de Cristo, del Cristo que te sustituyó y gracias al cual partimos en dos la infinitud del tiempo, están representados los doce dioses olímpicos dispuestos en una larga hilera. Todos portan sus atributos, pero no está claro hacia dónde se encaminan. Apolo, Artemisa, Zeus, Atenea. A continuación vienes tú. Tú vuelves la cabeza hacia Hera, que está situada detrás de ti. Esta, muy joven aún, mantiene los ojos cerrados y no te devuelve la mirada. ¿Qué estarías mirando tú? Reposas la mano izquierda en tu costado derecho y sujetas descuidado el tridente, esa peculiar arma que es tu seña de identidad y tu utensilio de pesca. Todos los peces te pertenecían. Aparecéis representados de perfil, con aspecto asirio, babilónico, como si vuestros cuerpos aún no hubieran sido capaces de desprenderse de la piedra. En esos tiempos remotos, tampoco nosotros habíamos logrado aún desprendernos de vosotros. ¿Por qué te elegí a ti entre todos los dioses? ¿Acaso porque resido parte del año a orillas de tu mar? ¿O porque al inicio de cada otoño, antes de regresar al norte, me arrojo siempre al mar desde las mismas rocas, llueva o truene? Es mi manera de suplicar que se me permita regresar al año siguiente, ¿y quién mejor que tú para suplicarle tal favor? Hace ya tiempo que buscaba un destinatario para mis cartas, pero ¿cómo escribirle a un dios? Es imposible, claro, y sin embargo yo lo hago. Con algún rodeo. Voy dejando mis cartas en la playa, sobre una roca que hay junto al mar, con la esperanza de que tú las encuentres. Te escribiré sobre cosas que leo, veo y pienso. Historias que imagino, que me vienen a la memoria, que me sorprenden. Noticias del mundo, como aquella anécdota del hombre que contrajo matrimonio con una muerta. Puede que encuentres las cartas o puede que se las lleve el viento. Si he decidido escribirte es porque pienso que quizá aún te interese conocer algo del mundo. No sé qué sucederá después, es imposible saberlo. Como mucho puedo imaginarlo. No se empieza por la respuesta. Siempre me he preguntado qué sentisteis vosotros los dioses cuando ya nadie os suplicaba ni os pedía nada. ¿Quién

sería la última persona en invocaros? ¿Dónde fue? ¿Habéis hablado de eso alguna vez entre vosotros? Nosotros aún vemos vuestras imágenes, y sin embargo, ya no estáis aquí. ¿Sentisteis envidia de los dioses que os sucedieron? Y ahora que estos también han sido abandonados, ¿os reís de ellos?

## Boda con un sombrero

En un pequeño pueblo del sur de Francia, un francés de 68 años ha contraído matrimonio con una mujer que no tiene edad, porque está muerta. Vivieron juntos durante veinte años y quisieron casarse, pero ella enfermó y falleció. En la boda con la muerta, que requirió el permiso del presidente de Francia, el hombre trajo consigo el sombrero de la finada. En *El Golem* de Meyrink, el héroe se apropia de los pensamientos de la persona dueña del sombrero que se pone. ¿Qué pensaría el sombrero el día de la boda? ¿Reconocería a la decena de convidados que asistieron a la ceremonia? ¿Y qué le habrá dicho al hombre una vez solos en casa?

## Asedio

En el Prado, en una de las salas de la planta superior del nuevo anexo, hay un cuadro de Pieter Snayers. No hay más visitantes que yo en la sala, lo que intensifica el silencio que reina en el cuadro. En ese instante la temperatura exterior roza los 40 grados, pero en el cuadro ha nevado. Siento la nieve bajo mis pies. Corre el año 1641. Somos españoles, nuestra guerra contra Francia empezó hace seis años y se prolongará dieciocho años más. Desde una elevada colina oteamos una extensa llanura y el núcleo urbano y las murallas externas de Aire-sur-la-Lys. Nuestra mirada alcanza el horizonte, una franja de tierra azulada cubierta por la luz del norte y por unas nubes que solo esas lejanas tierras conocen. Nuestra lengua suena extraña en ese entorno. Cerca de nosotros hay unos árboles pelados y un par de perros. Nuestra misión es reconquistar la ciudad y así lo haremos. Eso dicen los libros. Abajo, a la izquierda, las tropas durante esos minutos irreales que preceden a cualquier batalla. Al fondo, el enemigo invisible que nos espera. Quien observe en el futuro esa escena nos rescatará de la muerte unos instantes, pero los pensamientos que cruzaron nuestra mente aquel día nos los guardamos para nosotros. El espectador verá historia o arte, o las dos cosas. Pero nada sabrá del aliento que aquella mañana salió de nuestras bocas, ni del graznido de las cornejas, ni del sonido de los cascos de los caballos sobre la tierra helada.

## Bayreuth

Ocurre cada verano, con la misma certeza que Wimbledon o el Tour de Francia. De repente penetran en mi jardín mediterráneo sonidos alemanes. Sonidos aún inseguros, que no saben si son bienvenidos. Metales, timbales, voces altas y duras. Como sondeándolo todo. Noto que todo mi jardín se pone alerta, a la defensiva. Las palmeras, el hibisco, los cactus, el papiro, plantas que no sobrevivirían en la bruma fría del norte. Pero la música no tiene compasión, disfruta de su poder. A mis oídos llegan los tonos sostenidos alemanes, los sonidos militares del coro, esa otra lengua cortante, las cornetas de caza, el *crescendo* de una gran orquesta, la traición de Tristán que entrega a Isolda a su rey, la furia de ella, el grito de dolor que disfrazado de canción corre junto al lila claro del plumbago y, como una súbita tormenta, cruza veloz la buganvilla que deja en la tierra manchas moradas. Y yo ahí en medio, desterrado, un jardinero nórdico bajo los olivos, apresado en la contradicción de mi vida.

## Poseidón II

Tú eres un dios, yo un ser humano. Lo mires como lo mires, este es el *statu quo*. Tal vez pueda preguntarte ahora lo que siempre quise preguntar. ¿Qué es un ser humano para vosotros? ¿Nos despreciáis por ser mortales? ¿O todo lo contrario? ¿Envidiáis nuestra condición de mortales? Obviamente, la inmortalidad es vuestro destino, aunque no sepamos dónde estáis ahora mismo.

Ya nadie habla de vosotros. Es triste. Es como si os hubierais diluido en la nada. Y sin embargo, de ser cierto que sois inmortales, y yo parto de esa premisa, es de suponer que seguiréis existiendo eternamente. El fin del mundo del que hablabais no ha llegado todavía. ¿Estáis cerca de vuestros templos vacíos? ¿Os hicisteis adictos a los sacrificios que os hacíamos? ¿Nos echáis de menos? Durante un tiempo fuimos vuestro vivo retrato, más adelante nos hundimos. Somos ruinas que siguen pensando y hablando. Hemos dejado de pareceros a vosotros.

Ahora bien, en realidad, ¿qué es más misterioso, ser mortal o inmortal? Y así retorno a mi pregunta primera: ¿qué pensáis de nosotros?

Hoy me he acercado al mar, soplaba un viento huracanado. Durante un buen rato estuve sentado en una roca mirando las agitadas olas grises. No obtuve respuesta a mis preguntas, como es natural. En otros tiempos, alguna vez os disfrazabais de humanos para trasladarnos algún mensaje. A veces tengo la impresión de que lo seguís haciendo. Tengo la sensación de que me he encontrado con alguno de vosotros. Aunque nunca estoy del todo seguro.

## Encuentro

Dos chicos vienen hacia mí por el angosto camino que va del mar al pueblo.

Uno de ellos es un adolescente, alto, sin forma aún, su cuerpo entero se bambolea. A su lado, el paso del chico más joven que le sigue resulta mucho más mesurado. Moreno, sureño, romano. No sé calcular su edad, nueve o diez años tal vez, pero me llama la atención su mirada profundamente abstraída. Es imposible saber lo que está viendo en su interior, claro está, pero el misterio de su concentración extrema me incita a dar un salto en el tiempo. ¿Cuánto tiempo hace que yo tenía su edad? ¿Por qué siento que hay algo en él que reconozco? El hombre que soy ahora, transcurridos más de sesenta y cinco años, ¿estaba ya presente en el niño que no recuerdo? La pregunta me rondará la cabeza el resto del día. ¿Existe eso? ¿Otro ser como espejo en el que tu edad desaparece? ¿Por qué tengo la sensación de haberme cruzado conmigo mismo? Y, si no es así, ¿quién es esa persona que pasó a mi lado y que nunca llegaré a conocer?

## Invalides

Los muertos son unos inválidos eternos. Nunca más recuperarán la movilidad. Los diez féretros, dispuestos en una simetría protocolaria, están alineados a lo lejos frente a un edificio clásico. Hay una considerable distancia entre el edificio y los féretros. En la foto el espacio parece blanco, como si estuviera cubierto de nieve. En el centro destaca un único personaje, el presidente de Francia. Es él quien ha traído a casa a esos muertos. Invisible en la foto está la pregunta que no se formula: ¿qué clase de guerra es esta? Dado que la distancia impide distinguir la expresión de los rostros, domina la dramaturgia del número, de lo singular frente a lo múltiple. Napoleón hizo erigir ese Dôme des Invalides para sus soldados. Es fácil evocarle en ese instante. El sentimiento de duelo prendido en esa geometría de pureza teatral contiene un dramatismo propio. Detrás del presidente, hacia la izquierda, un individuo hace el saludo militar. Su rango es invisible desde esta distancia. Las tropas apostadas frente al edificio, a un lado del mismo y junto a los féretros, forman un pentágono, un dibujo clasicista. Habría ruido, pero en la fotografía solo impera el silencio.

## Poseidón III

Hoy he leído un relato de Kafka que no conocía. Lleva tu nombre: «Poseidón».

Kafka es un continente, te transporta a lugares donde no has estado nunca. Si admitimos que existe una literatura atemporal, tú todavía vives, aunque no seas feliz. Hace nada te vi formando parte de una comitiva de dioses y ahora debo rectificar esa imagen, pues al parecer no tienes tiempo para esas cosas. Estás demasiado atareado con la administración de tus dominios. Según cuenta Kafka, tú nunca viste el mar, como mucho, una vez, cuando ascendiste con gran esfuerzo al Olimpo. Ahí estaba el mar, muy al fondo, una inmensa masa de agua gris en movimiento. Eso último no lo dice el relato, es de mi cosecha. El monte que domina mi isla no tiene la altura del Olimpo, por supuesto, pero también yo contemplo el mar desde su cima una vez al año. Una inmensa masa de agua gris en movimiento, como acabo de decir. Dado que tú resides de modo permanente bajo las olas, no conoces el elemento sobre el que gobiernas. No sé qué pensar de eso. Así te ve Kafka, un dios fatigado en las profundidades de los océanos. Bajo un techo translúcido en movimiento. Inquieto. Un dios siempre ocupado con la revisión de las cuentas, gobernador de todos los mares. No puedes dejar la administración ni un instante, pues ellos no conocen a nadie más que pueda hacerse cargo de esta tarea. Kafka no menciona quiénes son «ellos», que para eso es Kafka. Es una imagen triste. Un viejo, en el fondo del mar, sentado ante su mesa de trabajo y siempre ocupado con su contabilidad. Por sentido del deber. De tridente, nada. En realidad tú detestas esa historia. Tampoco hay referencia alguna a las ninfas acuáticas o a las sirenas. En realidad, al parecer tampoco has navegado nunca tus mares. Solías decir que esperabas el fin del mundo. Justo antes del anunciado fin, después de revisar la última cuenta, harías quizá una breve excursión en barco, cuenta Kafka. Una excursión en barco, no sé cómo quitarme esa idea de la cabeza.



## Río

Leticia. Una pendiente embarrada desciende hasta el río. Un hervidero de gente, cerdos y perros. Abajo, unas angostas barcas de remo cruzan el río para transportar a la gente a una pequeña isla llamada Fantasía. Detrás de mí, el mercado, las frutas, el pescado. Alguien me ayuda a bajar la pendiente resbaladiza que lleva a la pasarela donde atracan las lanchas motoras. Los demás pasajeros ya han llegado. Tres colombianos de Cali y dos holandeses. Y dos hombres que conducirán la lancha remontando el río a lo largo de cien kilómetros. Uno va sentado fuera en la proa, yo estoy al lado del que conduce. Cuando salimos del puerto el río parece abrirse. El agua, con su brillo metálico, se extiende entre las bajas riberas que se alejan gradualmente.

La pequeña lancha motora surca las aguas, su ruido ensordecedor disturba el infinito silencio que debe reinar en el centro del ancho río. Nos detenemos frente al parque natural de Amacayacu. Un camino se abre entre la selva, pasarelas cenagosas, el resplandor maravilloso de mil tonos de verde, hojas salidas de fantasías disparatadas como cuchillos dentados o afilados, un estanque con plantas acuáticas podridas bajo un cielo cada vez más oscuro, en la lejanía el bramido de una fuerte tormenta. Un mono con la cara maquillada se sienta a mi lado y me mira como si quisiera entablar una conversación conmigo sobre las pruebas de la existencia de Dios, pero en ese momento llega la lluvia que no cae sino que se alza en vertical, una pantalla de agua gris apenas transparente. Cuando escampa, la tierra empieza a humear como si el barro hirviera. La luz se torna de cinc y de hierro. Duelen los ojos cuando la lancha arranca de nuevo. Nos acompañan el baile de delfines rosados y las nubes de formas cambiantes. El río tiene una longitud de miles de kilómetros. Me gustaría llegar hasta Iquitos, hasta los Andes. El ruido del motor aturde. Apenas nos cruzamos con nadie, excepto con alguna que otra embarcación bajita con las figuras menudas de los indígenas. Durante horas vemos las mismas riberas, extensiones de verde y más verde, y nos preguntamos cómo será la vida

en ese mundo sin carreteras ni automóviles, hasta que, horas después, viramos y regresamos con la corriente a favor a la isla de Santa Rosa, Perú. La tierra es de lodo. Vemos las raíces superficiales de los árboles enmarañadas, más allá un árbol pelado invadido de buitres, casas de madera levantadas sobre pilotes y unas diez mujeres en corro. Cada una de ellas sostiene un animal en los brazos: un perezoso, un papagayo, un caimán, una cría de cocodrilo, una tortuga de agua, una iguana, una rana gigante. Es obvio que se trata de un montaje. Esas mujeres están haciendo su trabajo, como se demuestra más adelante cuando el conductor de la lancha nos pide una contribución para ellas. Junto a las mujeres hay un hombre que lleva amarrado a una cuerda una especie de jaguar. Este empieza a soplar en cuanto me acerco. Nos encontramos frente a las mujeres pero miramos a los animales, una situación absurda, la reina en visita oficial. Las mujeres tienen diferentes edades, visten camiseta y pantalones. Sus semblantes no desvelan lo que piensan. Supongo que los nuestros tampoco. A los cocodrilos no se les acaricia, el perezoso parece sumido en un profundo sueño, la tortuga tiene doscientos años y ya lo sabe todo. Me alejo del grupo por un campo arenoso donde hay una casa de madera pintada de rosa y verde claro: la Asamblea Tradicional de Dios, Iglesia Evangélica. Los dioses nunca están lejos. Entro por una escalerita tambaleante y voy a parar a una sala grande y vacía. La preside una especie de altar con un atril para la Palabra; frente a este cinco sillas de plástico de un verde vivo acompañan seis estrechos bancos de madera sin respaldo. La luz penetra en el interior a través de los resquicios y hendiduras de las paredes de madera. El ambiente rezuma calma y serenidad. En los lugares donde se reza mucho se nota la presencia de Dios, dijo el filósofo que no creía en Dios. Yo me detengo un rato en el silencio y de pronto oigo arrancar el motor de la lancha. Mientras nos alejamos por el agua, el grupito de gente se hace cada vez más invisible hasta que desaparece en el lejano verde de la ribera del río como un dibujo borrado. Una aldea en una isla en el río, cerca del límite de Perú, a una distancia infinita de la capital donde no se conoce ni su nombre.

## Challenger

No es un animal, aunque parezca que posee una cabeza, con un ojo velado en la parte superior derecha, dos cuernos blandos y aturdidos de una materia voluble, unos cuantos pelos de bigote blancos, largos y en punta, un cuello fino y frágil y justo encima de este un poco de cabello oscuro. Un provocador, pero ¿qué o a quién querría provocar? ¿A la sábana negra del universo que tiene al fondo?

Pero no es un animal, no, es una nube, compuesta de carne pulverizada y metal, de existencias desintegradas, materia viva y muerta que ha adoptado la forma de una blanca nube difusa, una tumba abierta en abanico hecha de un polvo cada vez más fino, la infinita descomposición de unos cuerpos de hombres y mujeres que alguna vez tuvieron un nombre.

## Poseidón IV

Ignoro si lees alguna vez lo que se ha escrito sobre ti. ¿Has leído a Homero, Kafka, Ovidio? Probablemente, no. Yo, en cambio, gracias a ellos, sé más de ti de lo que te imaginas, aunque todo son interrogantes. Kafka te llama Poseidón; Ovidio, Neptuno. A decir verdad, no me gusta tu nombre latino. Es como un escritor con seudónimo. Los seudónimos han de estar muy justificados, porque de lo contrario uno se transforma en él, como Stendhal, o se divide entre diferentes nombres, como Pessoa. Y en el caso de Pessoa, además, cada uno de los nombres excluye o incluso asesina a los otros. Neptuno nunca ha conseguido imponerse a Poseidón, al menos para mí. En el mercado en Lindau se erige una estatua de Poseidón, no de Neptuno. Este porta tu mismo tridente, pero es un impostor. Es alguien que se hace pasar por ti y que ha aplicado un barniz romano a todo cuanto tú tienes de griego. Dante no leía el griego y por eso te llamó Neptuno, mas yo sé que se refería a ti. En *Paraíso XXXIII*, el último canto de la *Divina Comedia*, el poeta, iluminado por la luz eterna de su inefable visión, sabe que se ha adentrado en lo hondo del misterio divino y ha contemplado la unidad de todo lo existente en el universo, y, aun así, quiere describir cuanto ha visto. El poeta sabe que no será capaz de retener esa visión, porque no es sino un simple mortal, y que la imagen se le borrará de la memoria del mismo modo en que tú olvidaste, en la bruma de veinticinco siglos, aquel prodigioso instante en que viste deslizarse por el agua la sombra de Argos, la primera nave que surcó las aguas. La imagen te causó una profunda impresión, cuenta Dante, y yo intento imaginarme aquel instante: un dios, que nunca antes había visto una nave avanzando por sus mares, contempla cómo se desliza por el agua una sombra misteriosa con una vela extrañamente henchida, un artefacto oblongo guiado por remeros, el súbito rumor de voces humanas, un rey al mando de la nave, cazadores mortales tras el vellocino de oro.



## Asclepias

El 14 de noviembre de 1827, la duquesa de Duras le escribe a Chateaubriand: «Mi vida pasada está tan alejada de mi vida presente que cuando pienso en ella me parece estar leyendo unas memorias o contemplando un espectáculo». Dos meses después la duquesa falleció en Niza. Sin haberlo leído, ella leyó el relato de su propia vida que Chateaubriand expuso en sus memorias. Lo que significa que estoy leyendo recuerdos por duplicado. Nada de qué asombrarse. Se trata de dos personajes pertenecientes a la nobleza con talento para la escritura cuyas vidas se desarrollaron en una época agitada. Terror, emigración, restauración. Grandes temas, sí, pero a mí me llama la atención otra cosa. En esa misma carta la duquesa le dice a Chateaubriand que le ha enviado una asclepias carnosa, una planta trepadora similar al laurel que no le teme al frío y que echa una flor roja como la camelia. Colócala bajo las ventanas de la biblioteca del Benedictino, le recomienda ella. El Benedictino era el nombre con que la duquesa se refería al propio Chateaubriand. El escritor como monje. La magia de la lectura. Una duquesa muerta, un escritor muerto, el camino que recorre la planta de Niza a Lausanne, su llegada a la biblioteca. La imagen que yo veo es el rojo de la flor y la veo ahora.

# Tiempo

Mi reloj es un triángulo plano con un borde de oro doble pero muy fino. El tiempo, de ser cierto que el reloj representa un aspecto del mismo, yace muy plano sobre mi muñeca.

¿Existirá el tiempo también más allá de ese borde dorado? La esfera es blanca y su blancura inerte contrasta con mi piel viva y bronceada por el sol del verano. Los números son romanos, el IV y el VIII señalan oblicuamente hacia abajo, el VI está boca abajo, el tiempo apresado en su propia trampa. Junto a ese número hay algo escrito en una letra tan pequeña que me resulta imposible leerlo sin lupa. Gracias a la lente de aumento descubro, después de treinta años, que pone *cuarzo*. La etimología de esa palabra es desconocida. Sílex, granito, amatista. Lo cual quiere decir que estoy unido al mundo mineral. El IX y el III están uno enfrente del otro y mantienen un equilibrio ejemplar sobre un horizonte imaginario. Esa no es pues la causa de mi desconcierto. Será que se me ha caído el reloj. Una línea de fractura, fina e irregular, atraviesa la blanca esfera con los números simétricos y perturba el orden del tiempo. Si eso sucede en mi muñeca, ¿qué sucederá en cualquier otro lugar?

## Poseidón V

Toda forma pura, es decir, toda forma no mezclada con la materia, es inteligencia, según sostiene un filósofo árabe medieval. ¿Te sirven semejantes abstracciones? Vuestros filósofos, me refiero a aquellos pensadores de la antigüedad cuyos coetáneos todavía os adoraban, ¿se ocuparon alguna vez realmente de vosotros? O acaso ya tenían en mente a ese otro Dios Único, sin vinculación alguna con los fenómenos de la naturaleza ni las empresas humanas, ni responsable del fuego, la guerra o el amor. ¿Qué opinión os mereció a vosotros ese Dios Único? Un Dios que se nos representaba como hombre aun sabiendo que no lo era. Necesitados de referencias, en nuestra imaginación lo transformamos en un hombre mayor, quizá porque os echábamos de menos. Con el paso del tiempo, sin embargo, ese Dios se tornó cada vez más presuntuoso, más invisible, e incluso, si es que se le puede calificar así, más inhumano. Si por un lado se tornó una abstracción, por otro lado se convirtió en un ser que, al contrario que vosotros, no se inmiscuía en nuestros asuntos, por mucho que los sacerdotes afirmaran que sí. Finalmente Dios murió, o al menos una de sus tres identidades, pero a mí lo que me interesa es saber qué opinabais de Él, de vuestro futuro competidor. ¿Os parecía tan misterioso como a la mayoría de los mortales? Ese ser que no respondía nunca a las preguntas y que sin embargo era el autor de un libro que sostenía que era el creador de todo lo existente. Él no se ocupaba de detalles como los fenómenos naturales. Es más, incluso cabría decir que para esos asuntos os tenía a vosotros. Y sin embargo vosotros, y esa es precisamente la cuestión, no aparecéis en su libro, a no ser como ídolos. Y en su libro manifiesta hacia estos una profunda envidia. ¿A qué viene esa envidia? ¿Acaso es esa una de las causas que desencadenó vuestro ocaso?

Dios debería haber sabido que la mayoría de la gente no entiende de abstracciones. Podría haber sacado mejor partido de vosotros. Más adelante, después de haber vivido ya una eternidad, tuvo un hijo, dios y hombre a la vez, parecido a vosotros pero

diferente, pues, al contrario que vosotros, él sí era mortal, aunque únicamente en su condición de hombre. Aquel instante supuso una grieta en el tiempo. Desde entonces vuestro cómputo del tiempo dejó de contar. No sé si tú todavía sigues lo que pasa en nuestro mundo, ni si a vosotros los dioses os interesa ese tipo de cosas. A veces, cuando de repente los árboles se inclinan bajo el viento como sirvientes ebrios o cuando el mar embravecido le grita a las rocas y una blanca escritura eléctrica atraviesa el cielo, siento como si estuvierais muy cerca de aquí, aunque en realidad nadie haya vuelto a veros.

## Camión

Una fotografía en *The Times*. Un camión estacionado en la carretera bajo unos árboles. Si pasaras por su lado pensarías: mira, un camión, o tal vez ni siquiera eso. Un artefacto enorme. Los hombres que conducen semejantes vehículos suelen ser fuertes. El camionero salió de su casa a las tres de la madrugada. Los camioneros hacen largas jornadas. Le acompañaba su hijastra de nueve años. La madre de la niña declaró más adelante que no tenía ninguna razón para no permitir que su hija se fuera con su marido. El camión estuvo bastante tiempo parado en ese lugar, así que alguien fue a echar un vistazo. La niña yacía muerta en la cabina, asesinada. El hombre había desaparecido. Peinaron toda la zona. Encontraron al hombre en un bosque de las inmediaciones colgado de un árbol. No se hallaron rastros de violencia sexual en la niña. Los muertos guardan silencio y dejan un misterio en forma de un gran camión bajo unos árboles. ¿Qué sucedió? Probablemente fue algo relacionado con una forma imposible de amor lo que condujo fatalmente a esa doble muerte. Vuelvo a mirar la fotografía. El camión, con aspecto de camión, lleva una carga tan intensa que es apenas soportable.

## Kenkō

¿Cómo se describe un dibujo japonés no muy bueno? Tal vez tratando de explicar lo oblicuo que es. Una casa sencilla de bambú se desliza desde la parte superior izquierda hacia la parte inferior derecha. El dibujo, en blanco y negro, está ejecutado con finos trazos de pluma. El tejado de paja, unas simples líneas finas; el lago, un par de ondulaciones en el agua; unas rayitas en las indolentes montañas, la vegetación. Un pino de formas irregulares a la izquierda de la casita, un cerezo en flor a la derecha, debajo un riachuelo. Gracias a unos garabatos de la pluma se oye el rumor del agua. No hay sol ni luna. El ilustrador necesitó el cielo vacío para un poema. Las palabras dibujadas vuelan, bailan erguidas sobre el blanco. No hay nada más hermoso que estar solo, sentado bajo una lámpara, con un libro abierto sobre la mesa, y trabar amistad con gente que nunca has conocido, gente de otra época. Eso es lo que dicen esas frases, esas elegantes ondulaciones en el cielo vacío. Una roca, un arbusto, un tonel, una verja de bambú, una alcoba, una ventana corredera de papel de arroz, he aquí el universo del filósofo lector. ¿Será este Kenkō retratado por Sukenobu? Kenkō escribió en el siglo XIV sus *Tsurezuregusa*. *Ocurrencias de un ocioso*. El retrato es de cuatro siglos después. El monje reposa su gran cabeza rapada sobre la mano izquierda, el libro está abierto delante de él. A su lado hay objetos de escritorio, pero no se dispondrá a escribir hasta más tarde. En ese preciso instante está leyendo o pensando en lo que ha leído. Está completamente inmóvil. Puede que oiga el murmullo del agua o del viento en el pino. Al cabo de un rato se pondrá a escribir y siete siglos después sus palabras llegarán al libro que tengo aquí sobre mi mesa. *Essays in Idleness. The Tsurezuregusa of Kenkō*.

## Teléfono

Un holandés en una isla española y una americana en Dublín hablan por teléfono. Considerando que en el mundo hay casi 9.000 millones de personas, el que estos dos se estén comunicando parece pura casualidad. Pero todo lo real es racional, dijo el filósofo, y así es. Ambos hicieron de la escritura su oficio y así fue como se conocieron en un festival literario. Desde entonces viajan por el mundo y de vez en cuando se escriben o llaman. La conversación de ayer –que atravesó los Pirineos y el mar irlandés– versaba sobre lo que estaban leyendo en aquel momento. Ella, una biografía de Nureyev; él, el tomo III de las *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand. ¿Podría haber sido al contrario? No es probable. A él no le interesa especialmente la danza; a ella probablemente no le interesen las prolijas notas que el embajador Chateaubriand, exministro de asuntos exteriores, remitió a su ministerio a propósito de un posible conflicto europeo entre Turquía, Austria, Rusia, Prusia e Inglaterra y el papel que podría desempeñar Francia en el mismo. El holandés que está en España disfruta de ese libro no tanto por la política e historia que contiene como por el francés exquisito y lapidario con que se analizan las relaciones europeas, como si de un juego de ajedrez se tratara. La americana en Dublín ha leído hasta altas horas de la noche las 782 páginas de la biografía de Nureyev «excelentemente escrita» por Julie Kavanagh. Ambos se han adentrado, en cierto punto y cierto momento, en la infinita serie de apariciones con las que se manifiesta la vida en la tierra e intercambian impresiones sobre ello. No es nada especial y sin embargo lo es.

## Poseidón VI

Puede que esta sea mi carta más breve. Leyendas del mundo, eso es lo que te envió en mis cartas. Leyenda, lo que debe ser leído. *Quod legendum est*. Tal vez. Flashes, narraciones, historias, anécdotas en busca de la aureola de una saga. Advenedizos salidos del periódico con deseo de permanencia, en pos del mármol y el pergamino. A diario una guerra de Troya, no cantada todavía por ningún poeta, a diario un rey sin ordinal, un general al mando de un ejército de un solo soldado, vidas anónimas famosas durante solo un día, vidas que elevo hacia ti porque soy el único que te escribe. Sé que tú lo sabes todo, aunque siempre en el idioma de los dioses. Por eso no te enteras de nada de lo que pasa por aquí. ¿Alguna vez has comprendido algo de los seres humanos? ¿O es que nuestra condición de mortales nos hace inaudibles? Mientras te escribo, escucho la música de un hombre centenario. Mosaico. Diálogos. Preludios mágicos. *Scrivo in vento*. Escribo en el viento. Más cerca de la inmortalidad no es posible llegar. Ese es un sabor desconocido para vosotros. El dolor del tiempo, nuestro mayor tesoro. Herrumbre, putrefacción, podredumbre transformada en música, nada que ver desde luego con vuestro néctar eterno. El último número de los días, un don que nadie nos arrebatara.

## Infanticidio

Conozco el escenario del crimen, una pequeña ciudad junto a un lago, el lugar de encuentro de tres países. En esa época del año ya hay nieve en esas tierras. El lugar se encuentra rodeado por un amplio círculo de montañas. A veces a la naturaleza le toca ser el impasible decorado de una tragedia. También el cielo cumple esa función. Era un día gris plomizo, más oscuro aún a la hora en que la madre del hijo asesinado acude a su trabajo en un restaurante. Deja a sus dos hijos, de tres y seis años, respectivamente, a cargo de un hombre joven. El más pequeño se llama Caín, el otro carece de nombre en esa historia. Caín no es el autor del crimen sino la víctima. Su hermano anónimo es testigo de su asesinato cometido a palos y patadas. ¿A quién se le ocurre ponerle el nombre de Caín a su hijo? Eso solo es posible si el nombre ha perdido su significado original, si el mal que connota ha dejado de existir en el presente. ¿Y el mal en sí? El mal existe y ha existido siempre y en todas partes, pero ¿es posible que en nuestra época tenga un tono diferente? En Homero estaba relacionado con la ira y el honor. A Aquiles le hirieron su dignidad y por tanto su honor. La *Iliada* empieza con las consecuencias de su terrible cólera, una palabra que en mi idioma ha caído prácticamente en desuso. La desaparición de una palabra es un hecho significativo. ¿Qué clase de cólera le embargó al asesino de Caín? ¿Puede el asesino apelar al prestigio de un mito que aumenta con el paso del tiempo? ¿Será su acto alguna vez algo más que una infamia despreciable sin más sentido que un grito en rojo y negro en la portada del periódico?

San Agustín cuenta en sus *Confesiones* que solía acudir al Coliseo a ver las sangrientas luchas de los gladiadores y sus cuerpos mutilados. Ese espectáculo brutal nos atrapa la mirada, dice el santo. ¿Encuentra el mal en la antigüedad su justificación en el mito? Cronos mata a sus hijos y los devora; Atreo mata a los hijos de Tiestes, los guisa, y Tiestes se los come sin ser consciente de ello. ¿Confiere la trascendencia otra dimensión

al mal? En una época desprovista de magia, ¿han de intervenir hexámetros, poetas, dioses y reyes para superar a un periódico sensacionalista como el *Bildzeitung*?

Ayer era como si nada hubiese sucedido en el lugar del crimen entre el lago y las montañas. Paseé por el parque junto al lago bajo la luz estática del atardecer. La superficie del agua estaba lisa bajo una bruma ligera. Se veía una barquita con un pescador y a lo lejos las luces de otro país.

Me entretuve pensando en la simultaneidad de los hechos. El hombre que mata a un niño a palos; la escena que el otro niño jamás olvidará; la madre que en aquel instante aún no sabe nada. ¿Qué instante es ese? No es la voz del mensajero del destino en Epidauro, ni los gritos de la madre en medio del silencio de los espectadores, ni las palabras de duelo del coro notificando el suceso a los dioses ausentes. No, aquí no hay purificación ni catarsis. Únicamente el sabor a hiel de las cifras de tirada del periódico y la necesidad de huir hacia otra noticia.

## Libros

La situación no es clara. Una mesita en medio de una corriente de agua. Si las patas de la mesa tienen una medida normal, el agua no puede ser muy profunda. Un arroyo ancho o una riada. El agua corre rauda, como se deduce de las pequeñas olas y remolinos que produce. Detrás de la mesa se entrevé algo parecido a una orilla sobre un fondo oscuro, una pared de roca o una pendiente cubierta de vegetación. Es una mesa moderna, metálica; el tablero y las patas de la misma materia reluciente; todo resulta reconocible. Solo que su lugar no es el agua, sobre todo por los libros que hay encima. No se ve a nadie en los alrededores. Solo estoy yo.

No logro distinguir de qué libros se trata. Están cerrados y solo es visible la parte inferior de las páginas. No tienen lomo ni letras. No son nuevos. Están apilados, pero sin orden. Si siguen ahí, se van a humedecer. ¿De quién serán? ¿Quién los habrá dejado en ese lugar?

Podrían ser libros de registro y también antologías, libros de texto, tratados mercantiles, obras maestras. Por la forma desordenada en que están apilados no sé cuántos hay, supongo que serán unos treinta. Después de mirarlos un rato, me siento incómodo. Los libros nos reclaman algo, siempre lo hacen, incluso cuando están cerrados. Sé que esos libros que están en el agua poseen un título, que sus páginas están repletas de millones de signos que podría leer, pero no puedo acercarme a ellos. Son libros voluminosos, deben de contener un número infinito de palabras que quieren contar o argumentar algo, que formulan los pensamientos de sus autores. Al principio no reconozco otro sonido que el rumor del agua que corre, pero luego percibo por debajo de ese suave rumor un murmullo cada vez más intenso y furioso, como un coro que cantara con los dientes apretados, un zumbido átono y siniestro que no desvela ningún significado, un agobiante lamento de tinta y papel, el sonido que emiten los libros cuando saben que son quemados o ahogados, el dolor por lo que ya nunca más será leído.



## Poseidón VII

En Lindau, una pequeña localidad junto al lago frente a la ciudad que te mencioné antes, donde se cometió el infanticidio, se erige una estatua tuya. No sé si será porque el lago tiene las dimensiones y profundidad de un mar o porque gobiernas también el agua dulce. Quién sabe. Te alzas en el centro de la plaza. Seguro que reconocerías el mercado que hay ahí: pescado del lago, quesos de la montaña, frutas, duros panes rústicos... Nada de todo eso ha cambiado desde los días en que tú eras adorado. Como efigie eres aún joven y esbelto. Pareces haber conservado tu agilidad, a pesar de tus infinitos años de vida, y siempre mantienes la misma postura, ligeramente apoyado en el tridente que tu hermano Zeus te entregó para enfrentarte a tu padre. Nosotros todavía conocemos esas historias. Ya ves, eso también es una forma de inmortalidad. De nosotros, en cambio, nadie sabrá nada en el futuro. Me gustaría saber si tú también recuerdas todas esas historias. Como aquel episodio protagonizado por tu padre, que, por temor a que uno de vosotros le matara, decidió devoraros. Una vez vi una imagen de esa escena. Tu padre aparece representado como un verdadero monstruo. En la mano izquierda sostiene a uno de vosotros como si fuera un conejo, los ojos desorbitados, el cabello como agitado por un vendaval. Uno se imagina el crujir de sus mandíbulas mientras os devora. Es asombroso que te vomitara entero gracias al veneno que tu hermano introdujo en su miel. ¿Será por eso por lo que te gusta estar siempre bajo el agua? ¿Por librarte de esa terrible familia? Nosotros creemos conocer el origen del universo, un cuento igualmente terrible, aunque sin dioses ni hombres. Para vosotros, todo empieza con el caos. Para nosotros, en cambio, con un instante inconcebible de tensión extraordinaria. El caos no viene hasta después, un caos que persiste hasta hoy y que nosotros concebimos como un orden, una fórmula mecánica en permanente expansión. Ese fue el instante del nacimiento del tiempo. Ahora bien, eso resulta imposible de aceptar para aquellos de nosotros que creen en un dios que siempre existió y que seguirá existiendo siempre, a no

ser que uno quiera creer que el tiempo no se convirtió en un aspecto de la eternidad hasta la formación del universo.

El dios al que me refiero está siempre presente y en todas partes, según sostienen aquellos que siguen creyendo en él. Siempre es todo el tiempo y todo el tiempo es la eternidad, a menos que la eternidad no necesite el tiempo anterior o posterior al universo. ¿Y cómo os afecta a vosotros todo eso? Sois dioses, sí, pero vuestra eternidad se extiende en una sola dirección, hacia delante, por así decirlo. El caso es que vosotros no habéis existido siempre. En cambio, el dios del que hablo sí. Él nunca nació, esa es la diferencia. Tú en cambio sí naciste, es más, tu madre era hija del Día y del Cielo. Y estos, tus abuelos, nacieron de la Noche oscura y del impenetrable Inframundo que eran por tanto tus bisabuelos. También aquí la historia se diluye en una bruma de eternidad inefable, la nebulosa del caos como ancestro, aunque al caos no se le pueda erigir una estatua. A ti sí. Te veo aquí cada sábado cuando acudo al mercado. Los cíclopes te forjaron el tridente gracias al cual te reconocemos. Es un arma, con ella se puede matar. No sé si me escuchas, aunque puede que el reconocimiento sea una forma de adoración. Comoquiera que sea, tendrás que conformarte con eso, aunque sé muy bien lo irascible que eres.

## Muro

Existen formas de escritura que no han sido concebidas como tal. Son misivas involuntarias que uno encuentra en las playas, en el asfalto de la ciudad, en un trozo de tronco serrado, en las rocas. Comunicados crípticos, mensajes, códigos. Textos, grafitis anónimos. En la isla en la que resido hay un camino de arena que cruza un árido paisaje. Cardos y piñas, un polvo como talco de color marrón se levanta a cada paso. Este es el norte de la isla, el viento del mar goza de plena libertad de acción, como se observa en los árboles y matorrales inclinados ante su fuerza y convertidos en grotescas esculturas, de espaldas al rumor del mar. Al final del camino hay una playa de piedras descoloridas cubierta de algas marrones, a veces teñidas de blanco por la sal de mar. Por el camino te encuentras con dos o tres casas, deshabitadas. Una de ellas está más elevada que las otras. A pesar del calor, decido subir la cuesta. El círculo vacío de una era de trilla, el rojo mortecino del empedrado y malas hierbas reseca. Un cactus como un Brancusi desmoronado. La casa es baja, sus tejas están recubiertas del hongo ocre del líquen, las ventanas rotas. En lo que algún día fue un establo, reposa un viejo carro, el enganche de madera al lado. Un canalón del tejado roto, el plomo de color pizarra. Fragmentos de cristal iluminados bajo la intensa luz del sol. Sobre un muro hay cuatro botellas sucias llenas de arena. El silencio pesa una tonelada. Estoy frente a la escritura del muro, un trazado de líneas sobre el estuco desconchado, un blanco como el de un copo de nieve aguado. Trazos, círculos, finos surcos, ¿qué clase de letras son estas? Después de observar un rato el muro empiezo a leer un poema que habla de declive y desolación, de ausencia de personas. Un poema en forma de muro. Todos han participado en su escritura: el viento del norte, el calor de agosto, las lluvias de febrero. Cuando me haya ido de aquí, ya nadie leerá una palabra.



## Mancha

En el recuerdo prevalece una imagen, que en realidad no has visto. Resulta extraño tratándose de una película, pero es así. La imagen no se proyectó en la pantalla, sino que se formuló con palabras. Era una mancha blanca que nosotros los espectadores no veíamos, pues el personaje femenino que la mencionó tenía la visión borrosa en aquel instante. Se había quitado las gafas porque lloraba y acababa de restregarse los ojos. El hombre, que ha hablado a la mujer con un odio hirviente y frío a la vez, está a unos metros de distancia de ella. Nosotros los espectadores sí le vemos el rostro. Está pálido y su gesto es de desesperanza y autocompasión. Como la mujer no lleva las gafas puestas, no le ve la cara a su interlocutor. En su lugar ve una mancha blanca. Y eso es lo que dice en ese instante. En la película, la mujer encarna a una maestra de escuela rural poco agraciada, pero en ese momento irradia belleza. Es un gran arte mostrar el amor solo con hacer que un personaje en un aula vacía alce un poco la cabeza para que una luz le bañe el rostro. El hombre habla un buen rato, casi monótonamente, con ese deje displicente del desprecio más absoluto. Una letanía de odio contenido. La mujer le ama, pero él no le corresponde. Están juntos, pero él ya no la aguanta más. No soporta su cercanía, su voz, sus lágrimas. Todo cuanto sale de su boca es una letanía de destrucción, pero su odio es hueco, como lo es su vida entera, y la mujer lo sabe. Ella ve en él una mancha blanca, un hombre ya casi borrado del mundo que acumula un estéril rencor, mientras que a ella el amor la vuelve cada vez más bella. La última escena es un oficio religioso. Hay tres invitados a la cena: el organista lujurioso que mira su reloj, el pastor manco que piensa en la soledad de Cristo en el huerto de Getsemaní, y la mujer con su amor y sus zapatos grandes enfundada en un abrigo imposible de piel de foca. El hombre que ella ama recorre con su mirada la iglesia vacía y empieza a oficiar el servicio con las palabras de siempre. Tonos de órgano, esa encantadora musicalidad de la lengua sueca por la que de vez en cuando se cuele mi propio idioma neerlandés como una reminiscencia de

épocas arcaicas. Una iglesia vacía en un paisaje infinito, 1963, el temprano anochecer del invierno nórdico. Una historia sin desenlace, sin catarsis, la vida como condena.

## Poseidón VIII

Cuanto más sé, menos sé. Y con eso empieza la confusión.

Lo que Hesíodo, en griego, llama caos, el origen de todas las cosas, vuestro «en el principio», recibe en la última traducción inglesa que leí el nombre de *chasm*, que significa abismo, oquedad, una inmensa abertura, lo cual es algo muy distinto a caos.

El caos es una amalgama de cosas, mientras que una oquedad en realidad no es nada, es un vacío, un agujero. Visto así, tú serías el bisnieto de la nada. Para nosotros, en el principio, Dios creó el mundo de la nada, pues al ser él eterno ya existía antes de su creación. Vuestro caso es diferente y en realidad más misterioso aún. Entre nosotros, los que no creen en Dios tratan de explicarse el origen del universo refiriéndose a la Gran Explosión, pero ¿una explosión de qué? Además, eso tampoco aclara el misterio de lo que precedió a esa explosión. Yo desde luego no tengo ni idea, tú seguramente tampoco y Hesíodo no lo explica, además ¿por qué iba a hacerlo? Bastante tenía ya el hombre con vuestro árbol genealógico y sus centenares de ramificaciones, más complicado aún por vuestro extremo parecido con nosotros, los seres humanos. Casualmente inmortales, sois lascivos, fornicadores, envidiosos, nobles, os enfrentáis los unos con los otros y entretenéis al mundo con vuestras historias. Nuestro Dios en cambio tuvo que inventarse un Hijo para aproximarse a nosotros. En cualquier caso, como ya previó Pascal, el misterio de si Él o Ella o Eso fue o es verdad supera nuestra limitada inteligencia. Alain de Lille, teólogo del siglo XII, imaginó a dios como una esfera cuyo centro estaba en todas partes y la circunferencia en ninguna, una enigmática proposición matemática tan atractiva que más adelante sería repetida de todas las maneras posibles, incluso por Rabelais. Dios como esfera es una idea que ya apareció en tus propios Jenófanes y Parménides, pero lo que no sabemos es si tú, con tu cuerpo humano y divino, conocías semejantes especulaciones. Tú nunca has dicho nada relacionado con eso, de modo que todo sigue oscuro y tal vez sea mejor así. Somos criaturas imperfectas, incapaces de

comprender esa extraordinaria abstracción. Nuestra pregunta es demasiado rudimentaria para una posible respuesta. No deberíamos haberos abandonado. Vosotros los dioses nos acercasteis a la tormenta, al amor, al agua, a la muerte, al viento, al fuego. A todo cuanto nos inflige dolor y nos brinda la vida, a todo cuanto somos capaces de entender. De lo otro no entendemos nada. Y ante esa nada se nos exige postrarnos, pero ¿quién se postra ante la Nada?

## Hölderlin

Una postal de un amigo. En ella figura un hombre con la cabeza inclinada esbozando una especie de sonrisa. Aparentemente es un dibujo a lápiz. La composición del papel se entrevé ligeramente: briznas claras, manchas, hebras. La mano derecha del hombre no es visible, en la izquierda parece sostener algo. Unas finas líneas marcan las costuras de su ropa. Algún pliegue, el cuello, tal vez un pañuelo. Todo tiene un tono claro, excepto su cabello que parece haber sido dibujado con un lápiz más grueso.

La cabeza inclinada, meditabundo, es como si se hubiera detenido en medio de una habitación y se hubiera quedado ahí inmóvil. Pienso en Goethe y en Schiller, que no supieron qué hacer con ese extraño hombre de carácter arisco a la vez que exaltado. En el dibujo aparecen unas palabras escritas en alemán con una letra muy pequeña: «Dibujado con premura el 27 de julio de 1823 por Schreiner y Rudolf». ¿Por qué tenían tanta prisa esos dos cuando el hombre que retrataban estaba completamente inmóvil? Su mirada se dirige hacia un objeto invisible en el suelo y sin embargo da la impresión de que está mirando hacia su interior, donde ve algo que le inquieta. No se parece a Hölderlin. Digo mal, se parece al Hölderlin que vieron sus dos amigos aquel día. Solo que no concuerda con la imagen que yo me hago de Hölderlin. *Die Tage gehn vorbei mit sanfter Lüfte Rauschen*<sup>1</sup>, le ha añadido mi amigo a lápiz. Ahora que he visto el dibujo, ese verso del poeta lo interpreto de otra manera. ¿Por qué será?

## Velos

Bucear no sé, la verdad, pero me gusta flotar bajo el techo translúcido del agua en movimiento como si fuera un torpe animal acuático ya extinguido. No soy un manjar para nadie, de modo que no hay peligro. Voy flotando por encima del fondo del mar y con mis primitivas gafas de buceo contemplo la plata deslizante de la superficie que, vista desde abajo, es muy diferente que desde arriba, donde esa misma fina membrana semeja una oscura cortina agitada por el viento. Ese es el territorio del silencio, aquí todo es posible. Las palabras existen todavía, aunque privadas de su sonido, espíritus hechos de lengua sin más. Veo peces que no se sorprenden de mi presencia y lo que más me fascina son los velos sin novia que la corriente menea, verdes, grisáceos, con finas ramificaciones. Hierbas de mar, algas, dentadas, lobuladas, plata, bermellón, cabello de mujer, telas de araña, plumas íntimas y seductoras, hebras mágicas. A veces sus nombres evocan al dios a quien escribo, *Posidonia oceanica*, o recuerdan fragmentos de canciones cantadas en su honor, *Bryopsis plumosa*, *Caulerpa prolifera*, *Ulva lactuca*, nombres de mujeres que uno desearía conocer. Ahora bien, hay algo que no debes hacer jamás. Sustraer algo de ese territorio y subirlo al mundo al que no pertenece. Si haces eso, se rompe el hechizo y las hierbas se tornan criaturas oníricas extraviadas en una dimensión equivocada, que es la nuestra. Entonces te ves en las rocas, desorientado, el animal acuático transformado de nuevo en hombre con la mano llena de plantas húmedas, unas formas caprichosas sin encanto. La metamorfosis ha fallado.

## Cuadro

Berlín, 30 de diciembre de 1936. Un hombre alto y delgado, todavía joven, observa fijamente un cuadro de Peter Paul Rubens en el Kaiser Friedrich Museum. Rubens no le gusta en realidad, pero esa imagen le ha atrapado. El hombre anota en su cuaderno que el cuadro representa a Neptuno y Anfitrite «en compañía de animales fabulosos, un cocodrilo, un león, un tigre, un rinoceronte, etc.». La obra desapareció como botín de guerra en la contienda que durante aquellos días ya se cernía amenazadora sobre el cielo berlinés. Lo que se ha conservado es una reproducción en blanco y negro. El hombre rastrea la imagen con los ojos. Neptuno aparece sentado con las piernas cruzadas, la derecha relajadamente sobre la izquierda, y un pie dentro del agua. No parece preocuparle el cocodrilo, que se encuentra cerca de su pie, ni el león o el tigre, que se amenazan el uno al otro con las fauces abiertas, ni tampoco la desnuda ninfa acuática que, con su cuerpo relleno propio de la pintura flamenca, pende voluptuosa sobre el cocodrilo. El dios está enamorado. Su larga barba blanca le inunda el pecho como un torrente. Es obvio hacia dónde dirige su mirada melancólica y henchida de deseo. Su hombro derecho casi roza el seno derecho de la diosa, que aparta la mirada de él. Los personajes representados en el cuadro son muy curiosos. Un hombre agarra a otro hombre que vacía un enorme nautilo lleno de agua. La diosa reposa su mano sobre una almeja gigante en cuyo interior se encuentra un nautilo nacarado más pequeño, además de una *Cypraea* y otras conchas de moluscos, atributos del dios del mar. La diosa goza de un placer que nosotros ignoramos, la boca entreabierta, los ojos también abiertos aunque en realidad no vean nada. La parte superior del tridente del dios debe de encontrarse fuera del cuadro. Rubens sabía que el espectador supliría las ausencias con una mirada interior. También lo sabía ese hombre joven que más adelante convertiría la omisión, cada vez más, en el elemento esencial de su literatura. En su último libro, que

no tiene más de diez páginas, describe su propio fin al tiempo que lo está experimentando.

El hombre lleva ya varias semanas en Berlín. Se alimenta frugalmente y duerme en austeras pensiones. Un hombre solitario con una misión. Por las cartas que escribió en aquel periodo sabemos que domina el alemán perfectamente.

Posiblemente lea periódicos nazis, las banderas con cruces gamadas pertenecen al escenario de la ciudad. Todo lo que ve lo almacena en su memoria. Camina kilómetros por la ciudad helada. Con un método férreo recorre un museo tras otro y toma notas a diario, breves descripciones y críticas de las obras que ve. Su pintor favorito es Adriaen Brouwer: un paisaje sombrío, tres hombres entregados a un juego de pelota, un par de casas en la penumbra, una violenta mancha de luz en el cielo oscuro. Comentaristas posteriores sostendrán que el tenebrismo de Caravaggio y la luz y oscuridad de Rembrandt reaparecen en las imágenes de las obras dramáticas de este escritor. Cuarenta años después dirigirá en esa misma ciudad su obra *Esperando a Godot*. El cuadro con el dios del mar ya no volverá a verlo.

## Poseidón IX

¿Qué son los nombres en realidad? Un nombre designa un objeto o una persona, sin que la persona «sea» su nombre. Poseemos nombres, pero no somos lo que estos designan. Abandonamos nuestros cuerpos y los nombres no nos acompañan. Estos se quedan atrás como vainas vacías o epitafios. O a la inversa, el cuerpo muere y todo cuanto creíamos que éramos deja de existir sin el cuerpo y se desvanece en esa misma ausencia que precede a nuestro nacimiento.

Se me ocurrieron esas reflexiones cuando me puse a investigar el origen de tu nombre. Cicerón no quiso pillarse los dedos. En un diálogo sobre los dioses, interminable pero sagaz, rehúsa definirse, pero deja entrever mediante ciertos comentarios despectivos que le resulta difícil todo lo relacionado con vosotros los seres supremos, el poder que ejercéis sobre nosotros, vuestro origen y vuestros nombres. Se olvida de tu origen griego y se burla un poco de tu nombre latino. «Aunque», dice el Carnéades ficticio al Balbo ficticio, «si llegas al extremo de creer que el nombre de Neptuno procede de *nare* (nadar), se podría explicar el origen de cualquier nombre partiendo de una sola letra... A decir verdad, me parece que en eso tú nadas en el agua mejor que Neptuno». Unas líneas antes, en el mismo libro, Cicerón se pregunta si se pueden considerar dioses a los nacidos de madres mortales y a continuación se refiere a tu hijo Teseo y a «todos los demás hijos de dioses: ¿acaso no pertenecen estos a la categoría de dioses?».

Reconócelo, resulta extraño mezclar la vida con la muerte, pues eso es lo que sucede cuando engendras un hijo en un mortal. Parece una forma elevada de desclasamiento, como cuando se contrae matrimonio con una persona de clase inferior, con la particularidad de que semejante unión acarrea consecuencias mortales para la descendencia.

El *Crátilo* de Platón versa sobre el mismo tema. ¿Acaso leyó Cicerón este diálogo? El procedimiento es el habitual: Sócrates, que todo lo sabe, somete a su interlocutor a un

interrogatorio constante hasta hacerle polvo y conseguir que este se avenga a darle humildemente la razón en todo. Mi griego está ya muy oxidado y no me atrevo a asegurar nada, pero diría que en este diálogo se comete una especie de travestismo etimológico, en el sentido de que cualquier opción parece válida. El pobre Crátilo, que acaba derrotado, cree que es un poder sobrenatural el que pone nombre a las cosas y que por consiguiente los nombres están justificados. Con ello cae en su propia trampa, ya que el jesuítico Sócrates le pregunta a continuación: «¿Crees entonces que quien instituye los nombres, sea dios o demonio, ha establecido nombres que se contradicen a sí mismos?». Crátilo trata de defenderse aduciendo que existen palabras que no son nombres, pero Sócrates ya le ha tendido la siguiente trampa y el diálogo se prolonga monótonamente hasta que el maestro exclama: «Veamos, ¡por Zeus!, ¿no hemos reconocido muchas veces que los nombres bien elegidos son imágenes de los objetos que representan?». Por objetos entiéndase también personas, pues previamente Sócrates ya puso a Crátilo en un aprieto al preguntarle si él y su imagen eran dos cosas distintas, a lo que este contestó que en efecto existían dos Crátilos. Pero con eso aún no acaba su sufrimiento. Solo al final de las casi doscientas densas páginas Sócrates le permite al fin a Crátilo retirarse al campo, probablemente para darle la oportunidad de recuperarse del agotamiento causado por el interrogatorio. Entre tanto has salido a relucir tú, Poseidón, pues Sócrates reflexiona en voz alta y sostiene que el inventor de tu nombre fue la persona que lo pronunció por primera vez debido a la siguiente circunstancia: la fuerza del mar había frenado sus pasos actuando como una especie de cadena (*desmos*) puesta a sus pies (*podoon*). Así explica Sócrates el origen de tu nombre: una cadena para los pies, *posidesmon*. La vocal *e* habría sido añadida por razones de eufonía. Intento imaginarme la escena. En tiempos remotos, inimaginables, cuando tú aún no te llamabas Poseidón, un hombre camina por la playa. De vez en cuando mete los pies en el agua hasta los tobillos, como me gusta hacer a mí, y, mientras siente la fuerza obstinada del mar rodeándole los pies, se inventa tu nombre. Una historia como un breve poema. Sin embargo, como si quisiera fastidiar su propio juego, Sócrates deja caer a continuación que esa teoría probablemente no sea cierta y se inventa una historia mucho más complicada con la que trata de explicar el origen de tu sobrenombre: Agitador de la tierra.

Puesto que nunca me respondes, nunca sabré qué piensas de todas esas cosas. Lo cierto es que, cuando contemplo la grisura del mar del Norte con su lento movimiento interno, como hice ayer desde la playa de IJmuiden, tengo la impresión de que estás ahí

en el agua meciéndote tranquilamente sobre las olas y que probablemente no pienses en nada de todo eso. Y así retorno a mi pregunta inicial: ¿qué son los nombres en realidad?

## Orión

A medianoche, aquí, en este invierno germano en las lindes de los Alpes, vuelvo a verlo: Orión, el cazador ciego, el selenita de las montañas, hijo de Poseidón y el hombre más bello que jamás ha existido. Fue seducido por la aurora, la insaciable Eos condenada por Afrodita a padecer una lujuria permanente por haberse acostado con Ares, el dios de la guerra. A Orión lo conozco de las noches de invierno en Ámsterdam, cuando su forma se asoma sobre uno de los canales. Aparece entonces como una criatura invernal, alto y frío, siempre de viaje con sus perros. En el mes de agosto me lo vuelvo a encontrar en mi isla española. Se presenta a última hora de la noche, justo después de que hayan aparecido las pléyades en el horizonte, y se retira huyendo hacia la luz de la aurora, a cuyos encantos sucumbió en su día. Las mujeres han sido su perdición. Orión es la constelación más clara y a la vez la más triste, quizá me guste por eso. En Quíos se enamoró de Mérope, nieta de Dioniso, hija de Enopión. Este le dio permiso para contraer matrimonio con su hija con la condición de que librara la isla de las peligrosas fieras que en ella habitaban. Es una historia de infame traición, porque después de que Orión liquidara a todas las bestias, Enopión le sacó los ojos para no tenerlo de yerno. El ciego Orión rema entonces hacia Lemnos, donde conoce a un aprendiz de la fragua de Vulcano que le lleva a hombros por medio mundo hasta el extremo del océano, donde la insaciable Eos se enamora de él y el hermano de esta, el Sol, le devuelve la vista. Orión quiere vengarse de Enopión, y mientras le busca, se encuentra con Artemisa, una apasionada de la caza como él.

Juntos salen de caza, pero entonces interviene Apolo y le manda un monstruoso escorpión. La coraza de ese aterrador insecto lo resiste todo, no hay quien pueda con ella. Orión huye y se arroja al mar, el mar de su padre, pero ¿qué puede un mortal cuando tiene a los dioses en su contra? Apolo engaña a Artemisa diciéndole que el hombre que nada en el mar ha seducido a una de sus sacerdotisas. La diosa apunta con

sus flechas a la cabeza del lejano nadador y lo mata, pero cuando se acerca a nado hasta el cuerpo y ve que es Orión le suplica a Asclepio, hijo de Apolo, que le devuelva a la vida. Cuando este se dispone a hacerlo, Zeus lanza uno de sus rayos y lo mata definitivamente. Artemisa coloca entonces su imagen, siempre reconocible, entre las otras estrellas, donde cada noche es perseguido por el escorpión hasta el día de hoy. Y así es como lo veo yo ahora mismo en el frío y claro cielo, un hombre demasiado bello para vivir, víctima de las mujeres, eternamente de caza con su perro Sirio, la centelleante estrella que está a sus pies. Me sé los nombres de todas sus estrellas. Uno de sus hombros lo forma la estrella Betelgeuse, cuatrocientas veces más potente que el Sol. Sé a qué distancia se encuentran las estrellas de su espada y cinturón y sé también que llegará el momento, en siglos futuros que no podemos ni imaginarnos, en que las leyes del universo irán separando esas estrellas hasta que ya no quede nada de Orión, un cazador perdido, desgarrado por el tiempo. Aunque eso no disminuye su encanto. Su imagen y su historia prevalecen, todavía hoy. Él es mi santo patrón, la constelación más reconocible. Siempre que lo veo, me alegro. Me gusta ese mortal que gozó del amor de las diosas y se granjeó la enemistad de los dioses.

## Pastoral

Ahora que ha desaparecido la nieve, llegan los pájaros. Los árboles que tengo delante de la ventana han perdido sus hojas. Sus cortezas, repletas de escamas y costras, están cubiertas de musgo. Al parecer, los pájaros carboneros aún tienen bastante que pillar en los árboles pelados. En el prado, que de repente ha recobrado su verdor, yacen hojas marrones y ramas quebradas. A lo lejos se avistan todavía algunos lugares con nieve y neblina. En ese momento aparece un arrendajo como un destello de color. El pájaro mira primero a su alrededor, da unos brincos y empieza a picotear la tierra. No hay bellotas en la tierra pero sí unos objetos diminutos e invisibles, que al parecer no son gusanos. Lo que hace el arrendajo es eso que los hombres llamamos trabajar o buscarnos el sustento. Es como si después de levantarnos buscáramos alimentos a nuestro alrededor de una forma un poco complicada y anduviéramos ocupados en ese menester de la mañana a la noche. Ignoro por qué el arrendajo ha elegido este sitio y por qué al cabo de un rato levanta el vuelo y desaparece. No ha examinado más que un par de metros cuadrados del extenso prado. ¿Acaso era ese su aperitivo y el segundo plato lo busca en otro lugar? Una cosa está clara: lo que para mí es un paisaje –el prado, los árboles, las montañas en lontananza– es para el carbonero y el arrendajo alimento. El arrendajo puede ser a su vez un alimento para nosotros y el carbonero para la lechuza y el águila ratonera. La naturaleza es comestible. Todo está listo para comer.

## Poseidón X

En un dibujo de Leonardo da Vinci, perteneciente a la colección privada de la reina de Inglaterra, apareces retratado con expresión furiosa. Creo que se trata de un dibujo a lápiz, aunque no se distingue muy bien por ser una reproducción. El dibujo parece haber sido ejecutado con rapidez, tal vez con el fin de realzar tu furia. Trazos embrollados, enmarañados, que reproducen parcialmente la agitada espuma del mar y las colas y crines de la cuadriga con la que surcas las aguas. Mantienes el brazo con el tridente en alto, aunque la dirección del movimiento es descendente, como si con tu arma de puntas afiladas quisieras espolear los caballos ya de por sí salvajes. Estás furioso con Ulises porque le arrancó un ojo a uno de tus descendientes, su único ojo. Un acto imperdonable. El infeliz Polifemo aún tuvo el ánimo de preguntar quién había sido el causante de su mal y Ulises lo sometió para siempre al escarnio público al contestarle que su agresor se llamaba Nadie. Luego, tras ocultarse bajo el vientre de una oveja, huyó de la cueva del gigante de un solo ojo que había matado a sus amigos. Nadie es capaz de eludir la venganza de los dioses y, si ese Nadie es Ulises, tú eres el vengador. Lo perseguirás y mortificarás durante años, lo harás prisionero e intentarás ahogarlo, hasta que Atenea, hija de tu hermano Zeus, salga en su ayuda y el héroe eternamente fugitivo pueda finalmente regresar a casa, primero a Ítaca y más adelante al acervo eterno de relatos universales que reproducirán la historia de su vida hasta el infinito. Pero esta vez quisiera contar algo que no se refiere a ti, sino a tus caballos. Son caballitos de mar, como es bien sabido, animalitos minúsculos. Desde luego demasiado pequeños como para transportar a un dios. Y, sin embargo, cuenta la historia que tu carro dorado era tirado por cuatro gigantescos *hippocampi*. En las sagas y los mitos, lo grande y lo pequeño pierden significado. El fabulador reduce o amplía la realidad a su antojo, es su derecho. Y yo me pregunto si, estando tú tan cerca de tus caballitos de mar, lograste descubrir sus secretos. ¿Sabías que son la única especie animal cuyos machos se

embarazan? ¿Has visto alguna vez el ritual de cortejo de esos animales en el fondo sereno de tus mares? ¿Has visto cómo se aparean en su misteriosa posición vertical enroscando el extremo de sus colas extremadamente flexibles para ejecutar su baile? Aristóteles estuvo a punto de desvelar el misterio de los caballitos de mar. Tal vez ya supo que ese prodigioso animal, con la cabeza extrañamente similar a la del caballo, era un pez con branquias. Conocía los secretos de los peces aguja, pertenecientes a la misma especie, pero no fue capaz de observar el fondo de las aguas para ver el instante de la fecundación, ese instante en que dos caballitos de mar aproximan sus elegantes cabezas y rozándose con los labios y el vientre trazan con sus cuerpos la figura de un corazón. A continuación, como por arte de magia, la hembra extrae de sí misma una especie de tubo hueco y lo presiona contra un orificio del vientre del macho, sin desprenderse aún de él. Ambos alzan entonces sus elegantes cabezas de caballo, la espalda encorvada, un instante de extrema tensión. Tras un cortejo de probablemente varios días, la cópula transcurre en seis o siete segundos. La hembra inyecta en el macho un líquido cargado de huevos, y, una vez lleno, el macho fecundado decolora los tonos de su camaleónico atavío de apareamiento y desaparece sigilosamente. Luego se menea un poco hasta que los óvulos se colocan en su sitio, como si alojara en su interior una especie de vivero. Tres semanas después, el caballito de mar experimentará lo que ningún macho en el mundo ha experimentado: el dolor del alumbramiento.

¿Leen los dioses a los filósofos? ¿Conoces a Séneca y su *De ira*? Me resulta difícil creer que, por muy enojado que estuvieras con Ulises, blandieras el tridente contra tu cuadriga tal como se ve en el dibujo de Leonardo. Y, por lo que a mí respecta, ya no puedo sentarme por la mañana temprano sobre una roca en mi isla, como siempre he hecho, sin pensar en esa coreografía ritual que tal vez se esté ejecutando invisiblemente ante mí en el fondo del mar.

## Conversación

El emperador le pregunta al príncipe qué clase de mujer es la escritora. Una gran intrigante, responde el príncipe. A ella le debo mi posición en la corte, con eso está todo dicho. Entonces entiendo que es una buena amiga, le dice el emperador. ¿Ella? ¿Una amiga? Esa mujer es capaz de arrojar a sus amigos al río para luego volver a pescarlos con una caña de pescar. Hay que haber tenido la suerte de acostarse con ella para saber qué es amar a un animal. El emperador guarda silencio.

Un par de años después, cuando el emperador ya no es emperador y el príncipe sigue siendo príncipe, a este le llega la noticia de la muerte de la escritora y completa así su retrato de ella: «Era tan fantástica en el odio como en la amistad, en el placer como en la furia. En realidad tenía mucho de vieja puta viciosa».

## Agave

Hacía cuarenta años que vivía en mi jardín español. Estaba ya ahí cuando yo llegué. No me saludó ni pidió nunca nada. Yo lo regaba durante los meses de verano, pero él me hacía notar que apenas necesitaba ese servicio. El agave almacena agua en sus hojas, y esta ahí se vuelve peligrosa para nosotros, no para él. Según la descripción que hace de él mi libro de jardinería, se trata de una planta suculenta sin tallo, con una roseta de hojas gruesas y fuertes que brota directamente de la tierra, pero probablemente ese lenguaje le parecería a mi agave demasiado romántico. Tiene las hojas oblongas y carnosas, más estrechas en la base y en el centro, los bordes dentados y la punta afilada y venenosa. Él mismo nunca diría eso. Los árboles que planté cerca de él o que brotaron espontáneamente a su alrededor, como los olivos silvestres, le fueron quitando cada vez más luz. Él decidió permanecer impertérrito. Tenía su propia misión. Comprendí que mi agave, de haber podido o querido hablar, lo habría hecho con acento mexicano. Yo le tenía un gran cariño. Lo digo en tiempo pasado porque ahora mi agave está desahuciado. Como su estado me genera confusión, me siento flotando entre el pasado y el presente, lo cual me marea un poco. Él sigue en mi jardín y se está muriendo, pero hace ver que no le pasa nada. Eso me resulta difícil de soportar, al fin y al cabo hace ya cuarenta años que lo conozco. Debajo de él se propagó una especie de descendencia, un grupito de clones con sus estiletes entrelazados, con lo que él creció un poco inclinado. Sus raíces asomaban cada vez más a la superficie y fueron formando una excrecencia recubierta de un tejido de hebras marrones y reseca. Sus hojas, acabadas en puntas traicioneras, tienen dos colores, verde mar y un amarillo pálido en los bordes. Había que tener siempre mucho cuidado con él. Cada año, cuando llegaba a mi casa, me encontraba sus hojas inferiores marrones y reseca, como las cubiertas de piel de los libros viejos y deteriorados en un sótano oscuro cuyos secretos se han tornado ilegibles. Ahí donde le cortaba las hojas, unas heridas amargas daban testimonio de su edad. El agave soportaba

su postura inclinada con fastidio pero dignidad, el círculo interior de sus hojas apuntando sus espadas desenvainadas hacia la luz. Él ha visto cómo me he ido haciendo mayor durante todos esos años, pero no sé si alguna vez habrá pensado en el paso del tiempo y la permanencia ni si habrá querido medir esos conceptos. Tal vez supiera que él era su propia medida y su propio sentido. Este año mi agave cumplió su destino. Entre sus peligrosas hojas, en el centro de su roseta, brotó de repente un tallo flexible de color verde que crecía a diario a ojos vistas. La rapidez con que se desarrollaba era impresionante, crecía un decímetro al día: un falo verde erecto inclinándose en la dirección del viento y apuntando hacia el cielo en busca de su culminación. Cuando el tallo dejó de crecer, brotaron en su extremo unos racimos que se hicieron cada vez más densos, unas balas de color verde amarillo que señalaban hacia arriba, cada bala oblonga era la promesa de una flor femenina. Después de la floración el agave estaba condenado a morir: misión cumplida. Una línea recta le conectaba directamente con el *big bang*. El azar, ya se sabe, no existe, y eso él lo supo siempre. A mí me quedó un lugar vacío bajo la palmera y el olivo silvestre. A lo mejor alguno de sus retoños querrá empezar de nuevo. Su identidad suscita dudas. *Agave marginata*, según el libro. Pero también: aloe centenario. Y a continuación matiza: «A pesar de lo que sugiere su nombre en neerlandés, no es un aloe». No me sorprendería que mi agave hubiera escrito a hurtadillas.

## Poseidón XI

Omnividente. Omnipresente. Así se califica a nuestro Dios. La comparación contigo sigue siendo inevitable, por mucho que te fastidie. En tu caso, el don de la ubicuidad y la omnividencia se limitan al mar, aunque yo sé que no es así. Ya en la *Iliada* te adentraste en tierra firme para participar en la batalla y más adelante hiciste de todo con el mar con tal de perjudicar a Ulises. Según Kafka, en cambio, siempre permaneciste en tus dominios. La imagen que Kafka ha transmitido de ti se ha impuesto a la de Homero, por lo que no logro desprenderme de ella. Leí en cierta ocasión que Borges durante una travesía en barco, mientras este recorría lentamente la desembocadura del Río de la Plata después de zarpar del puerto de Buenos Aires, lanzó una moneda al agua desde la cubierta más alta, tal vez como suele hacer la gente en la Fontana de Trevi de Roma, con la esperanza de poder regresar alguna vez.

De repente, mientras leía esa historia, vi cómo aquella moneda buscaba su camino hacia el fondo del mar. Imaginé que se deterioraría por efecto del agua salada y que poco a poco, tal vez con el transcurso de los siglos, se desintegraría, y en ello vi una metáfora de la obra del poeta que también se consume lentamente con el paso del tiempo hasta que ya nadie sabe quién escribió sus palabras ni qué significan. Borges habría reconocido esta idea, pues, según señaló una vez, de algunos poetas permanece la obra entera, de otros un solo poema, un verso o un par de palabras que arraigan en la lengua y cuya autoría u origen ya nadie conoce.

Tú, que estás en todas partes, atento a todo, viste sin duda cómo la moneda caía al fondo del mar. Una vez imaginada esa escena, no logré quitármela de la cabeza. ¿Qué no habrás visto tú caer al fondo del mar? ¿A qué velocidad se hunden los objetos? ¿Eres capaz de medir esa velocidad? Seguro que viste cómo se hundía el anillo del Dux una vez al año en la época dorada de Venecia. No era más que un pequeño objeto reluciente que se arrojaba desde la cubierta de la galera *Bucintoro*, un anillo de desposados que te

ofrendaban cada año, porque la ciudad, pródiga en estatuas tuyas, contraía anualmente matrimonio con tu mar. Imagino el anillo hundiéndose lentamente en el agua parda de la laguna, pero ¿y los otros anillos? ¿Qué sucede con ellos?

¿A qué velocidad se hunde una persona? ¿Y cómo será esa imagen? Un cuerpo que cae desde una gran altura se hunde oscilando hacia el fondo y luego vuelve a ascender. ¿Acuden a atacarlo los peces y otros predadores? ¿O acaso revienta y se desintegra por la presión del agua que tú tan bien resistes? Marineros, piratas, buceadores, víctimas de los tiburones, naufragos, suicidas. ¿Y cuánto tarda un artefacto metálico en recorrer seis mil metros por los zaguanes oscuros e infinitos de tus profundidades? Aquel inmenso avión de Air France, con cientos de personas a bordo, ¿se hundió rápido o despacio? Un robot sin emociones encontró los restos del aparato, los muertos seguían en su interior, como sucedió en su día con el *Titanic*, el *Graf Spee* o con la lenta agonía de la tripulación del *Kursk*, el submarino ruso. Tal vez no quieras revelarnos cómo son esas imágenes, que habrás contemplado demasiadas veces. Un *ballet* aterrador sin apenas movimiento, un lentísimo baile sin música.

## Paseo

Desde mi ventana veo en primer plano el prado, más allá los altos pinos cual guerreros negros, inmóviles, en orden de batalla. Esperan el ataque del enemigo. Por encima del ejército se avista la colina, un par de granjas y un segundo bosque recostado en la pendiente como un gran animal perezoso. Cuando salgo de casa me transformo en el paseante solitario, ese personaje típicamente romántico de obligada aparición en las pinturas oscuras de finales del siglo XIX. ¿Qué piensa el paseante solitario? No lo sabemos ni tenemos por qué saberlo, pues eso le haría menos solitario, lo cual no es bueno para el cuadro. Paso ahora junto al último lugar con nieve de las últimas semanas. Casi toda se ha derretido. La tierra está embarrada y succiona mis zapatos haciendo un ruido pastoso. Comparada con la blancura de la nieve, la tierra resulta negrísima. En las zonas aún cubiertas de hielo me cuesta mantener el equilibrio. Sigo las huellas del tractor del guarda forestal, ranuras altas, relucientes por la humedad, entre las que todavía quedan restos grises de nieve helada. Sigo el camino en dirección al arroyo. El agua del deshielo ha provocado su crecida. Lo oigo hablar, ese es el privilegio del paseante solitario, como también oigo el reclamo de caza del águila ratonera. Ese agudo *ihi-hi* va dirigido a mí, lo sé. Ahí donde las huellas del tractor giran de repente hacia la izquierda se encuentra el primitivo establo de madera con heno para los corzos. Últimamente siempre veía las huellas de esos animales en dirección al establo y al arroyo. Ahora han desaparecido, aunque a veces, a la caída de la tarde, veo a los propios corzos, sombras ligeras fugazmente visibles en la linde del bosque. El bosque está negro, es extraño. El negro lo oculta todo. La oscuridad me envuelve hasta que el camino hace una curva y se produce de repente una invasión de luz. Aquí, junto al puente, empiezan las colinas que veo desde mi ventana, pero no sigo caminando. Me asomo por un momento a la barandilla de hierro del puente y observo la rauda corriente del agua, el ángulo de luz cayendo sobre las transparentes olas agitadas, las piedras marrones y grises del fondo.

No suelo ver peces, a pesar de que el arroyo es bastante ancho. En este lugar empieza la obra de otro pintor, no puede ser de otra manera, pues voy al encuentro del sol, un violento incendio en las ventanas de la granja que está en la cima de la colina. Con cada trazo del pincel del artista, yo me transformo en otra persona.

## El testigo

¿Está igual de muerto alguien que lleva dos mil años muerto que quien falleció el año pasado? ¿Existen las jerarquías en la muerte? ¿Posee un muerto antiguo un estatus distinto al del novato que aún no ha sido tocado por la eternidad y que todavía huele a tiempo, a vida? ¿Existen diferencias sociales entre una momia y un cadáver? La reflexión me la suscitó una fotografía del Museo Egipcio de El Cairo, asaltado por unos saqueadores.

Esos hombres perpetraron considerables destrozos en su búsqueda de oro y joyas. Las momias en sí no les interesaban. Los sarcófagos desvalijados estaban revueltos y en el suelo yacía la cabeza de un muerto. Su rostro parecía el de un hombre acostumbrado a mandar. No sé quién fue ese individuo ni qué cargo debió de ostentar. ¿Un noble, un gobernante, un sacerdote, un jurista? Las momias no tienen labios, por lo que sus dientes parecen más grandes que los de las personas vivas. La dentadura de aquel muerto estaba en perfectas condiciones. Cabría pensar que esbozaba una sonrisa, si no fuera porque el resto de su semblante mostraba un gesto tenso y serio. Era el rostro de un hombre importante. No todo el mundo es embalsamado y envuelto en vendajes para emprender el viaje eterno de esta guisa. Más que serio, parecía indignado o perplejo. ¿Quién le habría despertado tan violentamente después de dos mil años? La cabeza quería saber qué hacía en el suelo en esa situación tan indigna, lejos del cuerpo al que siempre había pertenecido, en un espacio que en nada se parecía al lugar donde había yacido en la oscuridad durante siglos. Era la primera vez que la cabeza experimentaba un cambio y no lograba habituarse a él: esa súbita luz, esas voces expresándose en lenguas imposibles. Uno se habitúa a estar muerto, sobre todo si ya lleva miles de años en semejante estado. En cambio, desde que la habían sacado de su familiar tumba y la habían depositado en ese lugar, la luz, que solo se apagaba un rato por la noche, se había tornado una tortura constante. Al día siguiente la luz retornaba, blanca y fría, como si el propio sol, que la

cabeza ya no podía ver, se hubiera congelado y solo fuese capaz de producir esa fría luz blanca. Y, junto con esa luz, llegaban las voces, aunque al final también se acostumbró a eso. Hasta aquel día en que de repente el griterío de un disturbio irrumpió en la sala. Sonaba a turbamulta, a revuelta. Entonces la cabeza comprendió que de pronto había vuelto a formar parte del tiempo, que mientras aquellas manos codiciosas le arrancaban los vendajes en busca de un tesoro oculto se había desprendido de ella la lenta eternidad y volvía a participar en algo tan inconcebible como un acontecimiento, es decir, volvía a participar en la vida.

## Poseidón XII

Ovidio, Homero, todos hablan de ti. Te colaste en los grandes relatos, aunque en el mundo real fueras invisible. Habrá voces que sostengan que eso fue precisamente el motivo de tu ocaso. A Ulises le hiciste la vida imposible durante su viaje a Ítaca; junto con Atenea, apoyaste a Aquiles cuando se enfrentó a Apolo en las orillas del furioso río Escamandro. Ahora bien, ¿hasta qué punto amaste a los griegos de los siglos posteriores que continuaron adorándote pero que ya no protagonizaban ninguna obra maestra? ¿Dónde estabas en el año 338, cuando Filipo II de Macedonia venció a los atenienses y tebanos en Queronea anunciando así el fin de la antigua civilización griega? ¿Es propio de los dioses manifestarse exclusivamente en formas de ficción y, a la hora de la verdad, dejarnos en la estacada? ¿Tantas oraciones y sacrificios para nada? Queronea, ciudad de Beocia, ahí deberías haber estado. La batalla se describe en la historia universal de Polibio, una historia que podría figurar en cualquier periódico de hoy. Movimientos de tropas, legacías, alianzas, traición, enfrentamientos... Siempre ha sido así, nada ha cambiado: Siria, Egipto, Libia. La historia de Polibio es de una gran actualidad, pues en nuestros días tampoco existe ningún dios que se preocupe de los mortales. Demóstenes acusó a los arcadios de haber traicionado Grecia por luchar en el bando de Filipo de Macedonia. ¿Hasta cuándo persiste la traición y su memoria? Han transcurrido casi dos mil años y la infortunada Grecia actual se opone a que la Macedonia independiente de hoy lleve el nombre de entonces, puesto que todavía posee una parte de su territorio. Polibio se pronuncia claramente sobre la acusación de Demóstenes: «Al traer a Filipo al Peloponeso y humillar a los lacedemonios (espartanos), lograron que los habitantes del Peloponeso respiraran de nuevo y volvieran a sentir lo que es la libertad». El dolor de la grandeza perdida no se manifestará hasta más tarde, en Kavafis, quien, en un juego de espejos de anacronismos, presagió la llegada de los bárbaros y la decadencia del helenismo, un futuro disfrazado de pasado. Tú no quisiste detener esa decadencia. Tal

vez porque ya no se trataba de un mito, sino de la realidad, de la historia, de hechos. Quien ostenta el poder impone a sus dioses, quien pierde el poder, los abandona. Visto desde esta perspectiva, los templos consagrados a ti que se han conservado son la prueba de tu impotencia. Vainas vacías de mármol por las que penetra el viento. Solo en la ficción fuiste capaz de sobrevivir, y yo me pregunto: ¿qué dios se impondrá cuando lleguen los bárbaros?

## La silla

El vuelo de Seúl a Tokio lleva cuatro horas de retraso. Se inicia entonces un tiempo que resulta imposible describir con precisión. Buses y taxis van y vienen por la amplia acera frente al aeropuerto. Más allá hay un terreno de obras, grúas, asfalto, el paisaje caótico que en ciertos países rodea a los aeropuertos. A lo lejos se atisba algo verde, pero es difícil llegar hasta allí. Hombres con cascos amarillos manipulan cables y alambres que conducen a un mundo subterráneo. Para llegar a la zona verde hay que cruzar un montón de trincheras recién cavadas y pasar junto a parapetos de cemento. Me encuentro con una pequeña colina, un último resto de lo que en su día quizá fue un parque. Subo la cuesta cruzando un campo de hierba silvestre que nunca ha vuelto a ser cortada. Pequeños insectos plateados revolotean delante de mí.

Me envuelve el ruido de *bulldozers* y camiones pesados, la música bélica del progreso. Hay ramas quebradas por el viento. Ayer un tifón pasó rozando Corea. Más allá unas cuantas coníferas orientales, como las de los dibujos chinos y japoneses, tinta con agua, todo un poco diluido y borrado, casi el arbusto mismo, pero nunca del todo. Entonces la descubro, de pronto, como una revelación cuyo sentido todavía no me alcanza: bajo unos pinos, una silla de plástico de un azul intenso, un grito en el espacio vacío. Me acerco a ella con precaución, como si amenazara un peligro. Las ramas de los pinos que penden sobre la silla forman una pantalla que llega hasta el suelo por uno de los lados debido a la inclinación de los árboles. Quien colocó la silla en ese lugar sabía lo que se hacía. Seguro que la usa regularmente, pues a su alrededor yacen algunas colillas como si me advirtieran: esta no es tu silla. Lo sé, yo soy el intruso. Entonces reparo en unos finos hilos plateados y dorados, unidos con un lazo minúsculo, que ciñen el tronco de los árboles como mensajes mágicos dirigidos al espíritu de los árboles. El propietario de la silla ha amarrado su bicicleta con un candado a uno de los troncos. Me detengo un instante y a continuación me siento en la silla. Desde aquí ese individuo verá a diario lo

que yo estoy viendo ahora, una tierra seca cubierta de piñas y agujas de pinos, un pedacito de madera aserrada, un poco de hierba requemada. Un grillo gira su molinillo de oraciones, en voz muy baja, como si se avergonzara o se sorprendiera de la soledad de su propio sonido. No hay nada más, una brisa ligera, el crujido de unas ramas, una urraca cuyas alas resplandecen como la bandera de un país desconocido. Más allá, de donde he venido, el rumor y el movimiento del mundo. Aviones, excavadoras, la rancia arquitectura de un aeropuerto. Siento entonces cómo el instante se prolonga. Puede que yo lleve aquí ya cien años sentado, un hombre sobre un trono azul bajo un dosel de ramas de pino, un rey de plástico sin súbditos.

Hasta pasado ese siglo no logro alejarme del lugar. Con paso lento y ceremonioso cruzo el parque agonizante y desciendo la colina. No camino, avanzo con paso solemne. Cuando llego a la frontera, miro por última vez hacia atrás para despedirme. Ahí ha quedado la silla más azul del mundo, sumida en el silencio. Es imposible explicar a los demás el misterio de ciertas amistades.

## Burros

Está el sonido y está la luz. El sonido, que no sé aún de dónde procede, es el de los cascos sobre la piedra. La luz es del sur, mediterránea, y viene de arriba, de los ventanales. Ilumina las paredes de arenisca cuyo color es el de la arena clara. No hay decoración alguna ni ningún otro color en las paredes.

Lo que veo es una sala vacía, el gótico más temprano, la pobreza intencionada de la frugalidad cisterciense elevada por la altura. A la vuelta de la esquina el sonido avanza, un repiqueteo de cascos. Más bien de casquitos. Entonces veo los primeros burros. Una recua pequeña de seis o siete burros pardos, desorientados en ese espacio vacío y solemne.

Tardo un poco en percatarme de que hay algo raro en los burros. Es su postura. No inclinan el cuello hacia delante, no están pastando. La piedra es incomedible. En España yo tengo de vecino a un burro que dispone de todo un campo para pastar. Ese es su trabajo: engullir el campo entero. Se despierta por las mañanas rodeado de su comida y empieza su tarea. No le conozco en otra situación. Transcurrido el invierno reinicia su labor, devora el campo entero hasta reventar. La muerte de Sísifo. En cambio, los burros que tengo aquí delante no tienen trabajo. Cuando se detienen, el calor se hace insoportable. Uno reanuda la marcha, los demás le siguen. El sonido de veintiocho cascos sobre la piedra mediterránea es una pieza musical ejecutada nota a nota por un compositor invisible: un trotecillo, silencio, un par de pasos. Y a continuación los burros se echan a correr hasta quedarse sin aliento asustados por la resonancia que ellos mismos producen en las salas de techos altos. Uno de los burros se pone a orinar inclinando con firmeza sus patas traseras hacia atrás en una postura de máxima tensión. La evacuación suena como un arroyo de montaña, porque los demás burros se han detenido. Al cabo de unos instantes reanudan otra vez su viaje hacia ninguna parte. Veo la recua de burros en tres pantallas, el gris de su piel matizado por la intensa luz, las orejas elevadas como

antenas, las rayas en el suelo de piedra producidas por sus pequeños cascos, su angustiada quietud, su ausencia de objetivo, la marcha reanudada. Sé que todo esto es producto de la imaginación de otras personas, que la imagen y el sonido han sido creados para mí, que el espacio que veo no es el mismo en que me hallo, que yo los veo a ellos y que ellos no me ven a mí. Cierro los ojos y escucho a los burros. De cuando en cuando uno de ellos suelta un bufido, una ráfaga de viento atraviesa la sala. No rebuznan. Alguien ha querido darle a esta escena un sentido, figurado, y ellos lo representan: siete burros en el interior del Palacio de los Papas de Aviñón. La única analogía que se me ocurre es la de siete papas silenciosos en un establo sin heno escenificando con sus pies calzados esa misma pregunta sin respuesta.

## Jardín

El templo es antiquísimo. El jardín, que no es jardín, lleva aquí ya quinientos años. Las rocas son montañas; los arbustos, lejanos bosques. Si no lo crees, mejor que no vayas a verlo. Yo estuve en este lugar hace muchos años y no ha cambiado ni una sola guija de la grava. La grava es agua, veo su movimiento y su brillo. En el centro, una isla, una tortuga hembra de piedra. No hay engaño más sutil. La isla más pequeña que nada junto a la tortuga es la cría de esta. Observo las olas de grava rastrillada. Avanzan hacia la otra isla, más extensa, con nombre de ave, grulla. Aquí las cosas representan otras cosas y se representan a sí mismas. Una grulla es una grulla. Si no eres capaz de ver sus alas, es que no te enteras de nada.

La tortuga busca el fondo del mar, el abismo del mal en el que puedes ahogarte. La grulla quiere abandonar el mundo. ¿Y tú quién quieres ser? Fíjate en el barco que navega por esas olas de piedra. La vida transcurre en una única dirección. El agua, que lo sabe todo, corre por el otro jardín, ha reconciliado a la tortuga y la grulla, corre como el río que va a dar al mar en que desemboca la vida, liberado de cualquier tensión. La guerra de la vida. Si no eres capaz de ver más que piedra, no verás la cascada, ni el río, la isla o el mar. Otro lo intentó con el pan y el vino. Sentado en la galería de madera escucho el rumor de las olas. Ahí abajo seguro que vive un Poseidón de piedra que administra su destino en un libro de agua. El mundo como quimera.

No recuerdo cuándo estuve aquí por última vez. El tiempo entre entonces y el presente se ha volatizado como la vida. El monje, a la salida del jardín, también ha envejecido. Al igual que entonces, quiere saber de dónde soy. Mientras firma mi libro, el hombre tararea en voz baja el *Wilhelmus*, el himno nacional de Holanda. La repetición de la melodía hace que, durante un segundo, el tiempo semeje una eternidad.



## Poseidón XIII

¿Cuánto tiempo serías capaz de contemplar una piedra? Cézanne se pasaba horas observando una manzana. Hay objetos que requieren una gran atención si uno quiere captar su esencia.

Una manzana para un pintor, una piedra para el poeta. La piedra está aquí a mi lado, sobre la mesa en la que escribo. Se diría que es gris, pero ¿es eso cierto? De forma irregularmente ovalada, pesará como mínimo un kilo. La encontré un día en la playa, la metí en una cesta y cargué con ella un buen rato. Desde entonces la guardo en la terraza de mi casa de la isla, encima de un asador.

Seguro que la conoces, mi isla. Ulises recaló en ella, naturalmente, y sé que tú siempre le seguías, aunque solo fuera para hacerle la vida imposible.

¿Por qué te escribo estas cosas? Porque la piedra que está aquí a mi lado es el único objeto tangible que poseo de ti. No hay fecha que identifique el origen de los mitos, por lo que ignoro tu edad.

Ahora bien, suponiendo que hayas sido tú el creador de esa piedra, calculo que tendrás como mínimo 350 millones de años, ya que la piedra procede del Devónico, el cuarto periodo geológico del Paleozoico. La acaricio un momento, es tan antigua que su aura de inmortalidad infunde respeto. Pongo mi mano con cuidado sobre la piedra. ¿Qué siento? Frío y tiempo. Ahora la sostengo con mis dos manos, la levanto ligeramente y siento su peso. Gris he dicho que era pero, cuanto más la miro, más dudo de su color. Recuerda el blanco de los hábitos que lucen los monjes de Zurbarán. Cuando miras los hábitos de cerca, el blanco deja de serlo y se traslucen toda clase de matices: gris, azul y dorado. Lo mismo le sucede a mi piedra. La atraviesan finos ríos de color blanco y marrón rojizo, arroyos, riachuelos con sus ramificaciones. Y penumbras cual nubes de un blanco sucio.

Pero lo más extraño de todo es esa ancha línea, de un tono blanco amarillento como el de un guijarro, que divide mi piedra en dos. Lo curioso es que, cuando miro el reverso de

la piedra, no acaban de unirse del todo los dos extremos de la línea, como si se hubiera producido algún error en el instante de su creación. Sí, tú fuiste el creador de esa piedra, cuando en tiempos remotos, en el Devónico, hiciste temblar la tierra. ¿No te llamaban el Agitador de la tierra? Y eso no es todo. Por si fuera poco, te pusiste a cocinar, como si tuvieras celos de Hefesto, cuyo nombre en esa otra lengua, Vulcano, no es casual. Después de agitar y mezclar toda esa masa de piedras, doblándolas y plisándolas en formas a veces casi femeninas, se formaron tus paredes de roca en un instante de un calor inimaginable, un paisaje recién creado que nadie pudo ver, pues no existía todavía la especie humana. A propósito, ¿cómo era ser un dios sin hombres? ¿Tiene eso sentido? ¿Te aburrías? Comoquiera que sea, en tu otra condición, la de dios del mar, te dedicaste a erosionar tu propia obra de arte con sal y tormentas y nunca más has dejado de hacerlo. ¿Y qué sucedió entonces? Se fueron desprendiendo trozos de la pared de roca, unos tras otros. La prueba está en una playa que hay aquí. El acceso a ella es complicado. Hay que abrirse paso entre cardos y arbustos espinosos, pero vale la pena. Tu obra en ese lugar es verdaderamente extraña: un mar de piedras pulidas con el paso de los siglos. Piedras redondas, lisas, jaspeadas con otras de colores más claros, pizarra, guijarros. El hierro oxidado les confiere un tono rojo sangre. Sobre esas piedras uno no puede caminar ni tumbarse. Hay que ir saltando de piedra en piedra y procurar mantener el equilibrio. ¿Me has visto hacer eso, Poseidón? Una criatura mortal en una de tus playas, un hombre que baila sobre tu obra de arte intentando no caerse, que se inclina y toma en sus manos una piedra entre todas las demás y se la lleva a casa para pensar en ti, en ti y en el destino de los dioses y de los hombres, y, más adelante, en el silencio de su casa, vuelve a cogerla y, al tacto de ese frío petrificado, siente como si sostuviera en sus manos el mismo tiempo.

## Chica

Última noche en Nagasaki. Ese mismo día he visitado Deshima, una pequeña isla de apenas doscientos metros que yace en la bahía como un abanico de piedra. Hace un par de siglos residían en esa isla los holandeses de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, los únicos occidentales a quienes les estaba permitido poner un pie en el país, de modo que la isla constituía la única conexión de Japón con el exterior. En la ciudad solo podían entrar con el permiso de las autoridades japonesas mientras que el acceso al resto de Japón estaba prohibido, una curiosa forma de cautiverio. Donde antaño el mar bañaba el muelle se extiende hoy una nueva barriada. En las láminas antiguas se ve otra cosa. En estas una nave holandesa enjarcada del siglo XVII está anclada en el puerto, pues tampoco entonces podían atracar en el muelle. Los cargueros iban y venían del muelle a la nave para trasladar la mercancía de esa primera multinacional procedente de Ámsterdam o Batavia o de los puertos africanos de en medio. La llegada de esa única nave era en Deshima el acontecimiento del año.

Que el espacio no es tiempo ya lo sabía yo, pero en un lugar como este uno se confunde. Tiempo y espacio se entremezclan cuando en la vieja factoría ojeo libros con palabras en mi lengua de entonces y veo largos listados de nombres neerlandeses. Las personas a las que designan esos nombres eran de mi ciudad. La travesía en barco tardaba meses o años, el tiempo estaba hecho de otra materia, era resistente, dilatado, espeso, era más corto y todo duraba más. El pasado de esos hombres y de sus naves me envuelve. No regreso al presente hasta que entro en el museo de la bomba atómica. También en este lugar el tiempo necesita afirmar algo. Un reloj ultrajado se ha detenido en el momento en que estalla la bomba, las once y dos minutos de la mañana. Contra un muro de piedra, la sombra de lo que fue un cuerpo, un espíritu abrasado. Los supervivientes son más fantasmales incluso que los cadáveres calcinados. Más adelante paseo por el muelle, al otro lado del agua se elevan las oscuras colinas, las mismas que

aparecen en las láminas de entonces. El reclamo ronco de un pontón tardío, mis propios pasos retumbando sobre la madera del embarcadero y de repente un fuerte oleaje producido por un barco invisible. Entonces la oigo. Al principio el sonido es muy flojo, aún no sé de dónde viene. Luego un poco más fuerte y entonces consigo localizarla. Una chica sentada con su guitarra sobre un bordillo de piedra, más abajo, junto a una especie de dique, las piernas colgando sobre el agua. Está sola, su voz es aguda y fina. Entona una canción en su lengua que resuena por toda la bahía y, cuando ya me he alejado un buen trecho, la sigo oyendo, una mujer cantándole al mar. Seguro que el dios también la ha oído, no puede ser de otra manera.

## Luna de sangre

Luna de sangre, luna de cazador, estos son los nombres que recibe la luna esta noche. La anunciada luna llena de este día de octubre ha llegado a tiempo a la cita. Ahora sí que es un verdadero cuerpo celeste, grande y redondo, que pende sobre el horizonte justo enfrente del sol poniente. Durante varios minutos parece como si no fuera a moverse nunca más. Planeta y estrella. El uno parece haber maquillado al otro con un minio suave en consonancia con el ambiente del atardecer. Tengo vistas a un paisaje mediterráneo. En breve caerá la noche, la lechuza ulula por aquí cerca y a lo lejos, junto al mar, cantan los alcaravanes. Hasta aquí todo está en orden, todo tiene un sentido: la higuera, el olivo silvestre, la quietud, yo, mi jardín, mi isla, mi mundo, mi universo. En el periódico español de hoy aparece un artículo sobre los nuevos premios Nobel concedidos a los cazadores de las supernovas: Perlmutter, Schmidt, Riess.

El articulista sabe bien a qué lector se dirige, un lector que después de leer se pone a mirar el cielo con inseguridad para comprobar si sus afirmaciones son ciertas, si el universo realmente se expande a pesar de que todo respira quietud esa tarde. Será porque el autor del artículo emplea la palabra «noten», que significa «nueces» y forma parte de mi apellido (Nooteboom en neerlandés quiere decir «nogal»). En cualquier caso sí que comprendo la comparación con que ilustra su explicación. En un horno, la masa de un pan de nueces se expande, pero las nueces no. Las galaxias son las nueces, el espacio entre ellas se dilata. Si observas el universo desde cualquier galaxia, continúa el autor del artículo, siempre tendrás la impresión de estar quieto, mientras que todos los demás se alejan de ti, más velozmente cuanto más lejos estén. Pero esa velocidad es ficticia, las nueces galácticas no se mueven de su sitio, es la masa que las rodea la que se *hincha*. Consulto en el diccionario las acepciones de «hinchar(se)»: llenar una cosa; aumentar el agua de un río; inflamarse una parte del cuerpo; envanecerse. A continuación el autor del artículo retorna a su primera comparación, el pan de nueces. Que el pan se expanda es

más fácil de entender que si lo hiciera el universo. Esto último lo entendemos gracias a la teoría de la gravitación de Einstein. Lo de «entendemos» dudo que me incluya a mí, pero sigo escuchando. Entre tanto ha caído la noche en mi universo envanecido, y aquí estoy yo tan tranquilo, como un niño escuchando un cuento. El pan se expande en el espacio en el que se encuentra, pero el universo no. Espacio y tiempo, la voz del autor se torna mágica ahora, son propiedades intrínsecas del universo y nacieron con él. Siento como si me tomaran de la mano. El maestro avanza un paso y afirma que una supernova es una estrella que explota, su luminosidad es tan intensa que es capaz de competir con una galaxia entera. Las supernovas que más luz emiten poseen masas tan grandes como la del sol, pero antes de explotar son tan pequeñas como la tierra. Se apodan *SN Ia* y su densidad es tal que, según el autor, si uno dijera «póngame un litro de futura *SN Ia*», le darían una botella de dos toneladas de masa. Los alcaravanes han empezado a cantar, sé que están cerca del mar, aunque nunca los he visto. En inglés se llaman *curlew*, pero alcaraván se aviene más al sonido alargado y suplicante de su canto. También la lechuza, que oigo cerca, pertenece a los servicios secretos. Se enfunda un uniforme oscuro y se torna invisible.

Sigo pensando en la energía del vacío, que el vacío no es lo mismo que la nada, que lo único que sería capaz de acelerar la expansión del universo es la energía oscura, palabra mágica en sí, una energía que forma parte del vacío y que sería lo que quedaría si pudiéramos sustraer del universo toda la materia y la radiación que contiene. Que el vacío sea distinto de la nada cobra sentido, aunque no sabría cómo demostrarlo, ahora que veo a los murciélagos revolotear por sus caprichosas e intrincadas rutas saliendo y entrando de la escasa luz como partículas elementales. Pero que ese mismo vacío «pueda ejercer sobre sí mismo un efecto gravitacional repulsivo que acelere el universo» es algo que a mí ya no me alcanza. La voz sigue hablando de la energía del vacío que aporta un 75 % de la densidad del universo. El resto es materia, la materia habitual de la que estamos hechos nosotros y las estrellas, pero en ese momento la luna ya ha asomado por encima de los olivos silvestres, el rojo hace ya rato que se ha tornado ocre y el ocre, plata: la voz del articulista desaparece en la distancia, a mi alrededor todo son susurros, la lechuza ha capturado su primera víctima, el chillido del ratón de campo es signo del dolor con el que una materia se transforma en otra. A continuación asciende una ligera bruma y cubre con un velo todos los misterios.



## Poseidón XIV

No, no fue un sueño. Fue un estado de duermevela, uno de esos momentos, entre la vigilia y el sueño, en que uno ve cosas que no existen. Te vi bailar, pero no estabas solo. Erais tres. Y como los tres portabais un tridente, parecíais unos trillizos ejecutando una danza de brujas. Solo después de miraros un rato, os reconocí: a uno por sus patas de macho cabrío; a otro por el punto sobre la frente, la larga melena enmarañada y el círculo de fuego a su alrededor; y a ti por la barba que se agitaba furiosa. El diablo estaba representado como en las imágenes medievales, cuando, en el juicio final, empuja con su tridente los vulnerables cuerpos desnudos de los pecadores al fuego del infierno, una mueca malvada en el rostro, los ojos de color de azufre. Bailaba en un estado de éxtasis, dando grandes brincos, se oía el olor a fuego. Shiva aparecía en su calidad de destructor, en esa extraña postura lateral, la pierna izquierda levantada hacia la derecha y doblada por encima de la otra, el demonio a sus pies, el aura sagrada de llamas alrededor de la cabeza. Su tridente no se parece al tuyo. Las puntas del suyo terminan en unas curvaturas extrañas, excesivamente estilizadas, que seguro que causan unas heridas terribles, de las que se infectan y supuran. Y tú. Tu aspecto era como el que me había imaginado siempre que tenías cuando te enfadabas: la boca abierta, agitando los brazos en el aire como aspas de molino, saltando simultáneamente con los dos pies, la tierra temblando. Tu furia debió de sentirse en el mundo entero. Sin duda en algún lugar se estaba produciendo un maremoto y la gente moría ahogada.

La luz era de cobre, y aunque yo no oía ninguna música, aquello seguro que era un pandemonio de sonidos que chocaban. Los tres os retirabais para luego volver a arremeter, y en cierto momento vuestros tridentes se enredaron, y por un instante me dio la impresión de que os abalanzabais uno sobre otro, pero no fue así. Estallaron unas sonoras carcajadas y desaparecisteis en el horizonte, bailando. Cuando me desperté, la mañana era cenicienta, la atmósfera perfecta para la ocasión.



## Hombre

En una habitación de hotel extraña, al otro lado del mundo, pienso en él y no sé por qué. Ignoro los caminos de mi cerebro. La cuestión es que de pronto me he acordado de él: el hombre en su silla, el hombre delante de su casa, el hombre en la acera. Yo le llamo el hombre vacío, aunque no tengo derecho a ponerle ese nombre, porque no le conozco. Entre mi pueblo y la ciudad portuaria se extiende a ambos lados de la carretera una barriada de casas blancas de una sola planta de altura. En verano, cuando estoy en la isla, suelo cruzar esa zona un par de veces por semana cuando voy al mercado. En la rotonda que hay cerca de las casas empiezo ya a mirar para ver si le veo. Ese hombre forma parte del orden del universo. Si él no está, algo falla en el mundo. Pero siempre está. Sentado en una silla de jardín barata de brazos de hojalata, la lona desteñida. El hombre siempre lleva gafas de sol, aunque no haya sol. Sentado en su silla mira, o no mira, los coches que pasan por la carretera. Siempre está solo. Nunca lee, ni un libro ni un periódico, nada. El tráfico es intenso. El hombre se pasa ahí todas las horas del día inhalando el humo de los coches. Siempre, a la hora que sea, me lo encuentro en esa misma posición. ¿Qué pasará por su mente? Tal vez nada, y eso quizá sea el mayor misterio. Yo quisiera que él pensara algo, pero no alcanzo a imaginarme ninguno de sus pensamientos. Un filósofo sin escuela ni escritura, poseído por un pensamiento eterno y obstinado. Un poeta que escribe mentalmente sobre un hombre que nunca escribirá. Llegará el día en que alguien lo alzaré de esa silla y lo depositará en un ataúd. Anochece aquí donde estoy ahora. Al otro lado del mundo ya es de día, la hora en que el hombre está sentado en su silla. Pero aquí no hay nadie a quien pueda preguntarle si es así.

## Superficie del agua

La barca es pequeña, en realidad es una especie de cuba. Dos criaturas tenuemente dibujadas vuelan por el aire sobre las olas azules en movimiento. En la barca hay tres hombres. El de atrás rema con un solo remo. Un cuarto hombre está en el agua. No parece que nade, solo mueve las piernas para mantenerse a flote, pues mantiene ambas manos tendidas hacia el quinto hombre que está de pie en el agua sin hundirse. Los primeros cuatro hombres miran como uno miraría a una persona que camina sobre el agua. Pupilas negras mirando de soslayo en unos ojos llenos de asombro y respeto. Junto al hombre que está en el agua figura su nombre: Pedro. Al quinto hombre lo envuelve una aureola dorada sobre la cual aparecen sus iniciales en griego. De todo cuanto Poseidón ha visto desde el fondo del mar, lo más raro habrá sido las dos plantas de pie del hijo del otro dios en el lado equivocado de la superficie del agua. Los cinco hombres mantienen la boca cerrada, como si no hubiera nada que decir. El único sonido, si lo hubo, debió de ser el de las olas y el de esos pasos sobre el agua resplandeciente.

## Verde

Cuanto más vemos, más sabemos. Y cuanto más sabemos, mayor es el misterio. Si del terreno de la ciencia saltamos al terreno de los mitos y luego regresamos a la ciencia para verla con el arsenal que nos proporciona la mitología, las cosas se nos presentan de un modo natural con el color de las fábulas.

Entonces, de repente, el telescopio Hubble se convierte en el cíclope con el ojo más grande del mundo, cuya mirada alcanza más allá de las Pléyades y de la Vía Láctea y llega hasta los territorios mágicos donde se sigue preparando el alimento del universo. Se necesita una multitud de ceros para hablar de esas cosas. Las distancias en el tiempo y el espacio anulan la imaginación hasta que de improviso aparece un detalle que te llama la atención. La fotografía que he visto en el periódico es negra como el carbón. En la parte superior se ve una turbulencia católica en espiral: un núcleo de un blanco incandescente rodeado de un púrpura cardenalicio y un morado obispo. Y, al otro lado, en la parte inferior de la imagen, un archipiélago verdoso, las Molucas o un Giacometti fragmentado, llámalo como quieras. Es el verde lo que inspira la fábula. El verde es un color humano, evoca la primavera, no inspira temor. El Vaticano en la parte superior tiene como santuario interior un quásar refulgente, pero dado que este se extinguió hará unos 200.000 años (¿años?, ¿qué categoría es esta?) no podemos ya reconocerlo. Todo cuanto sabemos de la galaxia IC 2947 –a la que yo llamo Vaticano por su apariencia litúrgica– es que sigue incandescente y eso puede ser muy intenso, como sabe cualquiera que haya estado enamorado. Aquí la intensidad es desde luego potente. La nube de gas que emana del Vaticano ha atrapado la última luz sagrada de la central ardiente y ha adoptado la forma de unas islas flotantes o de una mujer atávica sin brazos, igual de verde, que yace con las piernas abiertas sobre la sábana negra de la noche cósmica. El verdor de la nube se debe a la gran cantidad de oxígeno que contiene, aunque eso no quiero saberlo. Existe una distancia de 44.000 a 136.000 años luz entre la galaxia IC 2947 y su nube de gas

verde. Esta, tal vez como testigo de un choque entre dos galaxias, se enrosca enamorada, aunque no siempre visible, alrededor de la galaxia. Habría que contratar a un Ovidio para describir una historia de amor como esta, un Poeta del Universo al servicio del gobierno mundial. Fue Hanny van Arkel, profesora de biología en Heerlen y colaboradora en el proyecto *amateur* Galaxy Zoo, quien descubrió en 2007 esa nube de gas de color verde tropical. Esa imagen que ella vio recibe ahora el nombre de *Hanny's Voorwerp* (el objeto de Hanny), el poema más corto jamás escrito en lengua neerlandesa y probablemente el que más tiempo sobreviva.

## Poseidón XV

La muerte también puede ser muy pequeña, tanto como el ala de un pájaro. La idea me surgió después de releer el episodio del combate entre Eneas y Aquiles que describe Homero, una historia tremenda de destrucción en la que tú desempeñas un papel que ya de niño me parecía execrable. Aquiles queriendo matar a Eneas, tú impidiéndolo. Tu actuación carece de mérito, eres un dios, siempre llevas contigo tu varita mágica. En esa ocasión te saliste con la tuya mediante el recurso de la neblina. Es curioso que en cualquier época siempre exista un tiempo pretérito en que la gente era más fuerte. Eneas arroja su potente lanza, pero el escudo de Aquiles, forjado por Hefesto, la detiene. Aquiles, profiriendo un tremendo grito, arremete con su espada contra Eneas, quien, viéndose desarmado, toma entre sus manos una roca «que la gente de hoy ya no sería capaz de levantar», y entonces te presentas tú, el divino aguafiestas, con una espesa neblina. Esta impide que Aquiles vea a su adversario, aunque, de haber podido verlo, habría sido en vano, pues con un movimiento velocísimo arrancaste la espada de Aquiles del escudo de Eneas y volviste a depositarla a los pies de Aquiles, que se quedó confuso envuelto por la neblina. Entonces arrojaste a Eneas por los aires haciéndole volar por encima del encarnizado campo de batalla, un revoltijo de caballería e infantería, gritos, sangre y muertos. Se produce entonces una perfecta simultaneidad temporal en la narración, pues, durante esos segundos, tú hablas con Hera y Atenea y oyes que las dos diosas consideran que los troyanos no deben ser salvados jamás de la destrucción, ni siquiera más adelante, cuando los griegos prendan fuego a su ciudad. Tú no escuchas, crees que tu hermano Zeus no quiere que maten a Eneas, puesto que su misión es salvar de la destrucción la casa de Dárdano. Le adviertes a Eneas de que en adelante eluda cualquier confrontación con Aquiles porque será vencido sin remedio, y luego regresas a donde está Aquiles y disipas la neblina. El truco de magia ha funcionado, el adversario ha desaparecido, salvado por un dios: un intervencionismo intolerable. Dirás que Hefesto

también tuvo su parte en el combate al forjar un escudo impenetrable, pero un escudo es un escudo y la neblina es la neblina, y para matar es indispensable la vista. La frustración del héroe se descarga en una cruenta batalla a orillas del Escamandro, el río que es también un dios. La sangre tiñe el agua de rojo, hay cuerpos descuartizados diseminados por todas partes, los caídos flotan en el río tan saturado de muerte que las anguilas se dan un banquete con los riñones y la grasa de los cuerpos, hasta que el río, ya ahíto, le suplica ayuda a Apolo. Aquiles oye la súplica y de un salto se planta en medio del río que furioso arroja hacia las orillas los muertos que le asfixian, pero el agua se mueve y agita con tal furor que se traga también al héroe y este está a punto de ahogarse. Un hombre luchando contra un río, un mortal enfrentado a un muro de agua negra, un héroe huyendo de la corriente del río que le persigue y que le embiste con una nueva oleada cada vez que se detiene un instante, hasta que también él invoca la ayuda de los dioses y tú acudes acompañado de Atenea y le tomas de la mano. He intentado imaginarme la escena, el agitado río, los muertos, tú y los otros dioses interviniendo una y otra vez en el combate. Hera y su hijo Hefesto acudiendo en auxilio de Aquiles y prendiendo fuego al río hasta que el agua divina suplica clemencia. En vano. El agua divina se funde como la grasa de un puerco bien alimentado cuando se aviva el fuego bajo la olla. Se funde y emite un vapor tan denso como la neblina que cegó a Aquiles. Esa es la escena: el fondo embarrado del río sembrado de muertos, el hedor a muerte y descomposición, el color de la sangre y de las entrañas, gemidos y lamentos, buitres y ratas.

Pero ahora los dioses también han empezado a pelearse entre ellos. Tú insultas a Apolo, que no se deja provocar. Hera se enfrenta a Artemisa. Atenea busca el consuelo de Zeus. Y entre tanto, Aquiles continúa sembrando cadáveres por todo el paraje, hasta que, por segunda vez en ese interminable día, vuelve a ser engañado por un dios, pues Apolo se presenta con la identidad de su último adversario y mediante ese ardid consigue que el héroe se aleje de los troyanos a los que hubiera querido seguir matando. No queda sino el campo de batalla bajo el crepúsculo. Reina el silencio, el silencio en el que he leído esas palabras transmitidas por miles de bocas como un eterno eco de voces, hasta que un hombre transformó su sonido en escritura ya para siempre indeleble. Palabras de traición y de destino. ¿Y mi ala de pájaro?

La encontré en el sendero de mi jardín. Un paisaje que reconocerías seguro: pinos y olivos silvestres, piedras y una tierra seca. Y sobre esa tierra, la pequeña ala, azul. La descubrí por su color, un azul muy brillante, de un pájaro que no conozco. No encontré

su cuerpo, solamente el ala adherida a un huesecito que aún tenía un poco de carne que las hormigas devoraban, una capa de pequeñas corazas en movimiento. El ala yacía en el sendero casi como una flor, pero significaba muerte, al igual que los cuerpos en el campo de batalla. Unas veinte plumas finas en tres tonos de azul, ya en estado de descomposición, plegadas en un ángulo en forma de V, memoria de una batalla. Muerte grande, muerte pequeña. Como si algo me incitara a retornar a las palabras que acababa de leer.

## Bal des Ambassadeurs

Buenos Aires, 1938. Casi todos los hombres visten trajes blancos. Algunas mujeres, no todas, aparecen tocadas con amplios sombreros. Aún falta un año para que estalle la guerra; los futuros enemigos comparten el mismo espacio. El otro continente, el de la amenaza, se encuentra a la distancia de una travesía en barco. En primer plano, un hombre solo sentado a una mesa. Sus pensamientos son invisibles. Los otros se han puesto en pie para bailar, pero también la música es inaudible. Un hombre lleva una corona de cartón. En la mesa contigua otro hombre, el cabello reluciente de brillantina, pica algo de la bandeja que le tiende un sirviente. El hombre de al lado se inclina para escuchar mejor a la mujer de manos largas y finas que está enfrente de él y a quien no logra entender bien debido a la música que acompaña al baile al parecer lento. Tampoco yo entiendo lo que dice. Podría inventármelo, ese es mi oficio al fin y al cabo, pero es mejor así. Yo los veo desde arriba: un remolino detenido, conversaciones evaporadas y disueltas en la tensa atmósfera, al igual que el color de las flores, también desteñido. Cuerpos que ocupan los cementerios de cinco continentes. Haciendo un esfuerzo de concentración, oigo fragmentos de palabras y frases: Masaryk, Rijnland, Múnich, pero estas desaparecen enseguida o se ocultan detrás de otras palabras más inocentes: *foxtrot*, mañana, champán, recepción. Las bocas abiertas o entreabiertas, frases políglotas congeladas al mismo tiempo que su significado, y entre pasos de baile y trajes de noche, entre flirteos y espionaje, entre hombres y mujeres, la música y el misterio del tiempo.

## Circe

Campaña de 1829. Un ejército se desplaza de Moscú a Arzrum. Carreteras embarradas en mal estado, lodazales, despedida de Europa. El joven general que sigue las tropas en una calesa se llama Alexandr Pushkin. El viaje es cada vez más duro y su carruaje queda atrapado en el barro en más de una ocasión. A veces no logran avanzar más que cincuenta millas rusas en veinticuatro horas. El joven poeta anota todo cuanto ven sus ojos. Los bosques desaparecen, la hierba se torna más gruesa y dura y las colinas se transforman en una llanura que se pierde en la infinitud. Manadas de caballos salvajes; el vacío oceánico de Asia; los habitantes de esa tierra con sus kubitkas montadas en las paradas de descanso a lo largo de la infinita carretera. Son los calmucos. Sus kubitkas consisten en una estructura en cruz recubierta de tela blanca. El poeta se apea de su carruaje y entra en una de esas tiendas de campaña. Es por la mañana temprano, la familia calmuca está desayunando. En el centro de la kubitka hay un fuego con una olla en la que hierve algo. El humo de la lumbre sale al exterior por un agujero hecho en la tienda. Pushkin ve a una chica o una mujer joven cosiendo mientras fuma una pipa. Se sienta a su lado. Es una mujer hermosa. Le pregunta su nombre y ella le contesta, pero a nosotros, los lectores, su nombre nos está vedado. La respuesta de la chica aparece representada en el texto con tres estrellitas. Pushkin se guarda para sí el nombre de la joven, una forma de hurto. ¿Qué edad tienes? Dieciocho. ¿Qué estás cosiendo? Un pantalón. ¿Para quién? Para mí. La chica le entrega su pipa y se pone a comer. Toma un té con manteca de vaca y sal. Cuando le ofrece una taza, él no quiere rechazarla y toma un sorbo conteniendo la respiración. Es lo más repugnante que ha oído jamás. Le pide algo para quitarse el mal sabor y ella le tiende un pedazo de carne seca de yegua. Después de comerse la carne, el poeta se marcha enseguida. Intimidado por el arte de seducción calmuco, huye de esa Circe. Así, en efecto, se refiere a ella en sus memorias: Circe. Al menos le pone un nombre. ¿Y luego qué? La lectura de este episodio es para

mí un instante en el tiempo, pero para la chica fue una experiencia, ese caballero de uniforme que se apeó de la calesa y entró en su tienda, una experiencia extinguida, borrada. ¿Por qué los pensamientos no se plasman en materia para que podamos localizarlos en algún lugar? La oscura materia de la historia de la especie humana está compuesta de esos instantes; de pensamientos, invisibles e inaudibles, que en algún momento y en algún lugar fueron concebidos y que acumulándose muy lentamente en el tiempo se manifiestan en una arruga, una ojeada, una postura, una voz, pues nada de lo que desaparece se pierde del todo: un cúmulo pesado de pensamientos y experiencias irre recuperables que se transmiten en silencio pero de los que no queda prueba alguna. Cinco años después de narrar ese episodio, Pushkin pierde la vida en un duelo. De la joven no sabemos más que lo que él escribió, que era una mujer hermosa, una chica, una pipa, una tienda, las tres estrellas de su nombre ya para siempre perdido.

## Puerto

Mi isla está en el mar mediterráneo, entre España e Italia. Un pastor de Cerdeña, un porquerizo de Ítaca, un pescador de Corfú, todos ellos reconocerían mi isla: el rumor de las olas, los cardos intocables, el ocre del líquen tiñendo las rocas corroídas, el sabor de los higos, las imprevisibles tormentas, la antigüedad de las historias que el viento ha transportado de costa a costa, los peces y las conchas de formas idénticas y nombres diferentes. Mientras escribo, miro un mapa de 1786 dibujado con trazo finísimo. Por aquel entonces los ingleses acababan de ser expulsados de la isla pero habían dejado atrás sus fortificaciones. En el mapa aparece el puerto más grande de la isla: una garganta larga y profunda repleta de cifras, profundidades y amarraderos, un lugar estratégico en un mar que era el centro del mundo, territorio conquistado y a la vez campo de batalla. Todo el mundo recaló en esta isla: fenicios, íberos, romanos, árabes, judíos. Quienesquiera que fuesen los nuevos pobladores, invariablemente se encontraban con las construcciones de otros pueblos que habitaron la isla antes de que Homero registrara por primera vez los nombres de dioses y héroes. No se conserva ningún documento escrito de esos pueblos, pero sí sus edificaciones hechas con lo que más abunda en esta tierra: piedra. Al mirar por la ventana, veo los muros que rodean mi finca, unos muros de varios siglos de antigüedad contruidos con piedras sueltas, de color gris claro, encajadas sin cemento. De apariencia irregular, los muros se componen de pedruscos de diversos tamaños que los constructores encastraron como si de arcilla blanda se tratara y que en algún momento extrajeron con violencia de la tierra sobre la que se levanta mi casa. Miles de millones de piedras habrán sido desenterradas por aquí, pues no hay terreno en esta isla que no esté cercado por un muro similar. Son como el eco tardío de las edificaciones prehistóricas en cuyo interior aquellos pueblos desconocidos vivieron sus misteriosas vidas: casas comunales, cámaras sepulcrales, una suerte de templos contruidos con enormes bloques de piedra que nadie sabe cómo fueron izados.

Ignoramos qué dioses eran objeto de culto en aquellos templos, pero las dimensiones de las piedras hacen sospechar que esas gentes conocían los principios matemáticos y hacían un uso consciente de la medida y la armonía. No se sabe a ciencia cierta si esos monumentos megalíticos poseían también una función astrológica, pero si alguna vez te has acercado por la noche a uno de estos *talayots* o *taules* bajo el denso libro abierto del cielo no te queda la menor duda de que así fue. Más adelante llegaron a la isla las basílicas paleocristianas, los templos, las mezquitas, las sinagogas. Un paisaje de recuerdos, un bastión de incalculable antigüedad que había que defender contra enemigos foráneos y piratas, una costa salpicada de torres vigía circulares que, en caso de peligro o cuando se avistaban naves desconocidas en el horizonte, se comunicaban entre sí con señales de humo durante el día y con fuego por la noche. Cuando pienso en mi isla, pienso en una poderosa nave de piedra, pero cuando observo ese mapa antiguo, en el que aparece el mayor puerto natural del mar mediterráneo, la isla me evoca más bien un monstruo prehistórico con un cuerno en la frente y otro en la parte posterior de la cabeza, capaz de atacar también por la espalda. Hace ya tantos años que voy a esa isla que conozco cada metro de sus cuernos y sé cuál es su aspecto real, una tierra árida y seca en una costa escarpada. La boca del monstruo es estrecha, lo que obliga a las embarcaciones grandes a maniobrar con precaución. A ambos lados se alzan las fortificaciones de españoles e ingleses con sus cañones ya impotentes. En el puerto leo los nombres de los islotes: la isla del Rey, la isla de la Cuarentena, la bahía de los Griegos, y luego, más allá, la cala de San Esteban, la curva de Binissaida, la isla del Aire. En el mapa aparecen tiendas de campaña y campamentos, regimientos de catalanes y dragones, compañías militares y monasterios, huertas y cuestas, los antiguos caminos por los que todavía hoy transito entre colinas dibujadas con la pluma más fina. Todo aquí habla de batallas, asedios, derrotas, muerte. Voces y susurros en todas las lenguas que aquí se han hablado, amortiguados siempre por el rumor del mar por cuyas aguas los enemigos llegaban y partían o llegaban y se quedaban...; la historia de una isla.

## Poseidón XVI

Los hombres nos hemos apropiado de algunos de tus dones: somos capaces de volar, oímos las voces de los muertos, nos comunicamos con gente que está al otro lado del mundo, vemos los palacios de nuestros enemigos desde el cielo y transmitimos esas imágenes a nuestros aliados, examinamos el interior del cerebro y vemos dónde reside la memoria..., cosas todas ellas que vosotros habríais calificado de milagro. Sabemos qué ácidos son responsables de nuestras percepciones y que el miedo es una reacción sensitiva tanto del cuerpo como de la mente, dado que la mente emplea el cuerpo como teatro. Y lo curioso es que todo lo que sabemos vale también para ti. Al fin y al cabo eres un dios con apariencia de hombre, por lo que no hay nada humano que te sea ajeno, excepto la enfermedad y la muerte. Hemos recurrido a tu idioma para dar nombre a todas esas cosas: caos, física, termodinámica, psique, neuronas. Leyes que vosotros aún no conocíais pero de cuya existencia en ocasiones ya sospechabais. ¿Recuerdas las ofrendas que te hacían antaño? Las agradecías, eso sí. Quisiste salvarle la vida a Eneas porque te sentías halagado por sus generosas ofrendas. Por ese motivo acudiste en su auxilio cuando Aquiles estuvo a punto de matarlo y discutiste con Apolo. ¿Te acuerdas de esa historia? ¿Recuerdas las ofrendas? El exquisito olor a carne de buey asada. El olor de la madera cuando se le prende fuego. Tu mar bañando una ancha playa, las hogueras, los bueyes girando lentamente sobre su eje al calor de las brasas, el placer de la espera estimulado por el aroma de la carne. Ese aire que penetra por la boca y asciende a la nariz donde las minúsculas partículas de los gases que emanan del asado encuentran su camino hacia los 10 millones de receptores albergados en el interior de la nariz, en una superficie del tamaño de la huella de un dedo pulgar. Sí, tú también posees eso, aunque no seas consciente de ello. Se produce entonces un impulso de energía iónica que viaja por el edificio ebúrneo del cráneo y visita el cerebro. El tuyo también. ¿Sabías todo eso? Probablemente no. Tampoco Platón, Gorgias, Virgilio o Erasmo conocían esas cosas y

no se lamentaron. Lucrecio tuvo sus sospechas, sí, pero, al igual que tú, no pudo conocer las vías exactas de la conexión cerebro-cuerpo. Pero una vez que somos conscientes de ese matrimonio secreto que existe de modo permanente en nuestro interior y pensamos en los nervios y su melodía en voltajes, en todo el sistema eléctrico del cuerpo, en las fórmulas mágicas con las que estamos creados, en el alma hecha de carne y que perece con la carne, esa paradoja de nuestra extraña existencia, entonces, incluso como dios, uno no puede dejar de asombrarse.

El asombro, un don. Tal vez el don del que habéis nacido vosotros.

La verdad, como ya he dicho, no sé si quieres oír todo esto.

*P. S.* No puedo evitarlo. Te preguntarás, tal vez, cómo alcanza mi cerebro esa energía iónica. No sé qué opinión te merece todo eso. No a todo el mundo le apetece adentrarse en su propio cuerpo y menos aún perderse en el laberinto del cerebro. Yo sí he visto cómo llega esa energía a mi cerebro. Sí, los seres humanos somos capaces hasta de eso. Criaturas mortales, percederas pero poderosas. La partícula olfativa viaja a través de un axón. Probablemente reconozcas esa palabra, procede de tu idioma y significa eje. Un eje fibroso en el extremo de una neurona, como compuesto de filamentos, que conduce impulsos eléctricos. Los axones pueden llegar a medir más de un metro. No quisiera aburrirte con ese tipo de datos, pero quiero que sepas que se trata de paisajes interiores de extraordinaria belleza. Si aumentas la imagen de una neurona (los hombres somos capaces de todo o de casi todo, incluso de aquello que antes solo vosotros erais capaces de hacer: reducir o aumentar las cosas), verás un brumoso paisaje otoñal de líneas irregulares, ramas de árboles en la niebla y, si te fijas bien, me verás caminar, sin paraguas, aunque es probable que llueva. Mi tamaño natural ha sido aumentado cuarenta veces, mi altura es de 688 metros. Si me cruzara con Polifemo, sería capaz de acabar con él, por muy cien veces hijo tuyo que sea. Aunque tal vez me convenga lo contrario, que me reduzcan cuarenta veces para que quepa en el paisaje que se extiende en el interior de mi cabeza.

## Hipopótamo

Un día cualquiera, una ciudad cualquiera. Con ello quiero decir que igual podría haber sido otro día y yo otra persona, en otra ciudad. Pero estamos en el presente y en este lugar, al otro lado del mundo. Es agosto e invierno. El café se llama Hipopótamo y en el centro de la sala, encima de un armario, hay un pequeño hipopótamo de piedra, blanco y reluciente, del tamaño de un perro robusto. El local es como los que había antaño en Europa, un lugar para la lectura, para el pensamiento y la imaginación, donde unos hombres conversan y fundan una revista. Fuera hace un día gris. Al fondo del café un hombre escribe sentado a una mesa: ese hombre soy yo. Por la calle pasa el autobús 29, como en cualquier otra ciudad. Aquí el autobús es de color morado. En la esquina de enfrente hay otro café. No sé por qué no me he sentado ahí. El otro café es un reflejo de este. Quién sabe, a lo mejor estoy también sentado en el café de enfrente. Miro por la ventana y veo un parque, una estatua heroica, árboles altos que aquí no pierden sus hojas en invierno. Los camareros llevan largos mandiles negros, como si estuvieran de luto. En el café hay diez hombres y tres mujeres. En la pared cuelga un espejo torcido, lo que me permite ver otra dimensión del mundo exterior, una superficie inclinada. Las letras del periódico que está encima de la mesa hablan de la danza de brujas que es la bolsa. La calle está empedrada con pequeños adoquines. Entre estos se entrevén unos raíles de tranvía recubiertos de asfalto. El tranvía debió de girar aquí mismo, ahora los raíles acaban en la nada. Y sin embargo yo oigo el sonido del inexistente tranvía tomando la curva, un sonido en sepia, como en las antiguas fotografías. Un hombre con una barba corta entra en el café. Quién sabe, puede que haya cometido un asesinato hace tan solo una hora. Otros tres hombres se ponen en pie y él los abraza uno a uno. No sé por qué yo interpreto eso como una buena señal. La mujer de azul recibe una llamada telefónica, con la mano se cubre un lado de la boca para evitar que la escuchen. Yo siempre me encuentro en otro lugar. Los dos jóvenes detrás de mí que estaban jugando a las cartas

salen del café. Cuando salgo yo y vuelvo la cabeza para mirar mi silla vacía, me pregunto si realmente he estado ahí sentado.

## Hesíodo

El poeta que era campesino, pastor, se lo creyó de verdad. ¿Qué día fue aquel que tan distinto resultaría de los demás? Reconozco la imagen de haberla visto en España, donde aún es posible ver a pastores apacentando sus ovejas. El hombre y su rebaño de ovejas suben una suave pendiente, el hombre a un lado con su cayado, las ovejas con la cabeza gacha mascando la hierba amarillenta. A medida que avanzan lentamente, el campo cambia de tono, se hace visible la tierra roja. El óxido es ahora el color de fondo. El color de las ovejas y los corderos se ilumina sobre la pendiente, el ojo del pastor sigue al perro que traza amplios círculos alrededor de ellos. Eso es lo que conocen: un movimiento en el vasto paisaje que imita la eternidad, los días como una repetición de sí mismos, ovejas, pastor, perros, el alimento que nunca llega a su fin y que cambia de lugar con infinita lentitud, el espacio como un reloj cuya única manecilla es el aquí por donde pasa el rebaño. Y entonces, de improviso, sucede. El pastor que era poeta lo ha descrito en un alfabeto que yo aún soy capaz de leer. Se le presentaron las musas, aquí, al pie del monte Helicón, mientras apacentaba sus ovejas, eso es lo que escribe. Esas mujeres, hijas de un dios, son las propietarias de este gran monte sagrado. El poeta conoce bien a esas sagradas criaturas intangibles que bailan sobre sus suaves pies alrededor del altar de Zeus y de la fuente de color morado oscuro. Las musas poseen el privilegio de poder acercarse a lo más sagrado. Son nueve. Rodean al poeta en el campo, sus voces no son de este mundo. Cantan a Zeus, que es su padre, a Artemisa, a Poseidón, a la aurora, al sol, a la luna, al mar que el poeta nunca ha visto, a la noche oscura que él conoce más que nadie cuando duerme junto a su rebaño y escucha los sonidos siempre misteriosos de la vida invisible que lo envuelve. A un lado del campo se alza un laurel. Ligeras criaturas ingravidas, las musas bailan en círculo alrededor del poeta mientras se acercan al árbol. Cortan una rama del laurel, se la tienden al poeta, y en ese mismo instante, con la rama aún olorosa en las manos, este siente cómo gracias al aliento de las musas nace un poema

que él pronunciará, un poema sobre los dioses sempiternos y esas mujeres que le acompañan y a las que siempre evoca al principio y final de sus composiciones. Este es el poema que ahora estoy leyendo mientras cae la tarde y se acerca la noche. El mar está inquieto, la cala vacía, las rocas sobre las que estoy sentado aún conservan el calor del sol, el paisaje que se extiende frente a mí es el paisaje del poeta, el mismo mar que a esta hora adquiere el mismo tono morado oscuro de entonces. Leo los versos en la lengua que una vez aprendí, hace más de sesenta años. Aún soy capaz de reconocer ciertas palabras y expresiones. Casi tres mil años tiene el poema y sin embargo todo lo que describe es reconocible en este lugar: la noche que cae lentamente, el movimiento y el rumor del agua que se adentra en la embocadura de la cala, las olas como un recital sin fin, pausado y rítmico, de rimas claras y oscuras que acompañan los versos. Será tal vez porque no hay nadie aquí por lo que siento que este lugar exhala un ambiente sagrado, como si por un instante hubiera desaparecido el tiempo que media entre el pasado y el presente y todo se hubiera tornado real: el pastor convertido en poeta, la rama de laurel recién cortada, el baile de las mujeres formando un círculo a su alrededor, el libro que escribiré, las batallas de los dioses, sus amores complicados y sus brutales secretos, las palabras que leo hasta que la oscuridad las borra y que conservo para la luz del día en que serán reescritas de nuevo para quien las lea.

## Poseidón XVII

Todos los mares te pertenecen, según tengo entendido, aunque este mar de aquí no sé si lo reconocerías. El agua tiene aspecto de plomo fundido, es peligrosa. Quiere moverse, pero apenas puede. El calor es asfixiante, literalmente. He cruzado la carretera en dirección al monumento: una bandada de pájaros que se dispone a ascender al cielo en línea recta. Lo rodean unos arbustos duros y resecos de hojas grandes. Arranco una de las hojas para guardarla. Del monumento se han desprendido un par de piedras. Todo es decadente en este lugar.

El poema en español inscrito en una placa de mármol sujeta a la columna del monumento es apenas legible. Los versos describen un instante, el vuelo en picado de un alcatraz que se arroja al mar, rompe el cristal del espejo y asoma de nuevo a la superficie con un pez en el pico. Muerte al atardecer. Mi mirada se aparta del poema y se posa en el mar, y veo lo mismo que acabo de leer, un arma alada que cae del cielo, surca el aire con un silbido, atraviesa la superficie de tus aguas y regresa con la ofrenda, por un instante iluminada de blanco. ¿Has visto la escena? ¿Acaso eres capaz de verlo todo, como ese dios nuestro omnividente? Este no es el mar de Ítaca. No, por este mar se transportó el oro de los dioses indígenas hacia otro continente para financiar una guerra que también tenía que ver con dios, con el nuestro, el único, el dios precedido del artículo. Vosotros, dioses, sois una especie exigente, cambiáis continuamente de identidad, nunca os dais por satisfechos con lo que obtenéis, os destruís y sucedéis los unos a los otros, adictos como sois a las plegarias de los hombres. La hoja que he arrancado está aquí a mi lado, es dura, verde y redonda, con los nervios del color de la sangre. Yo no hablo el idioma de la hoja pero sé lo que dice.

## Quilotoa

El olvido es el hermano ausente de la memoria, una pareja mal avenida que rige caprichosamente sobre lo que uno cree que le pertenece. La memoria es al fin y al cabo algo que coleccionamos y archivamos, y, en cuanto se pierde, es como si nos hubieran robado una parte de nuestro interior. Puede que sea por el frío o por la altura del paisaje montañoso de riscos pelados por lo que de repente me viene a la memoria una historia que en cierta ocasión, hace una vida, almacené en el palacio de mi memoria (San Agustín) y que nunca volví a encontrar. La historia tiene que ver con Teseo, y la razón por la que pienso ahora en él, a casi cuatro mil metros de altura, es este angosto sendero que recorre el borde afilado y dentado del enorme cráter del Quilotoa. Me he pasado aquí la última hora, fascinado con esa laguna de abajo que, según los indígenas locales, no tiene fondo. Observo la superficie inmóvil de metal azul y me creo todos los mitos. Teseo acordó con su mejor amigo, Pirítoo, que raptarían a la más bella de las mujeres, Helena, y que después liberarían de la oscuridad de los infiernos a Perséfone, hija de Hades, el dios del inframundo. Los dos amigos sellaron un pacto sagrado, y, para que quedara escrito, grabaron su juramento en el borde del cráter de un volcán. Y ese es el mito que ahora me evoca el volcán que estoy viendo en esa solitaria región de Ecuador a la que Humboldt bautizó como la Avenida de los Volcanes. El borde del cráter es larguísimo, jamás he visto uno igual. Se necesitarían seis horas para recorrerlo entero. Humboldt probablemente estuvo en el mismo lugar en el que me encuentro ahora. El espectáculo no habrá cambiado mucho desde entonces.

El camino hacia aquí atraviesa paisajes bucólicos salpicados de casas humildes al pie de montes curtidors. En las laderas de los montes hay terrazas en las que todavía se construyen viviendas con gran dificultad. Sorprenden las extrañas colinas con la cima achatada en las que se extienden campos de trigo. Dios sabrá cómo llega la gente hasta ahí. Cerca del cráter hay una última casa en la que sirven café. Una mujer indígena, una

estufa de hierro, madera, ceniza, calor por fin, una caldera de cobre, silencio. Fuera un viento gélido, un burro, un par de hombres y el cráter. Me he puesto a caminar sin rumbo. Veo que hay caminos que bajan pero yo quiero permanecer en la cima de la colina y observar, entre el carrizo y los altramuces, la ladera del monte implacablemente escarpada. La negra piedra volcánica de la pared del cráter se alza en vertical en la laguna donde es imposible que vivan peces, y se me ocurre que en el fondo de esas aguas debe de encontrarse el inframundo al que descendió Teseo con su amigo. Hades los recibió con amabilidad, pues en el reino de los muertos todo el mundo es bienvenido. El dios del inframundo, hermano de Poseidón, ofreció a los dos jóvenes unas sillas de piedra y, cuando estos se sentaron, se quedaron atrapados en sus asientos. No lograban ponerse de pie y enseguida les invadió una somnolencia como si hubiesen bebido del agua del Leteo. Los dos perdieron la memoria. Sus vidas se borraron, el sonido de sus voces desapareció, todo cuanto habían querido hacer dejó de existir. Ese es el reino de los muertos, la eterna oscuridad en la que todo queda relegado al olvido. Heracles acudió a socorrer a Teseo. Perítoos permaneció en el Hades, sepultado en el olvido. Este último detalle me impresionó mucho cuando me lo contaron en clase en mi época de estudiante en el seminario. El profesor de griego era un monje a quien llamábamos Pa, no recuerdo por qué, tal vez por ser la abreviatura de Padre. El hombre tenía dificultades con el habla, las palabras le salían de la boca aspiradas, como suspiros invertidos. Aspiraba aire al hablar, como si esa extraña coma invertida, llamada espíritu, que precede a los vocablos griegos y que indica aspiración, formara parte de su alma. El poder de las historias, de los recuerdos. Arrebatarse ese poder al olvido: al marcharme vuelvo la cabeza y miro el borde del cráter para ver si todavía existe el pacto que sellaron los dos amigos, pero lo único que veo es una ligera neblina que poco a poco va cubriendo todo el paisaje y empieza a ocultar a las minúsculas figuras que ahí, junto al agua de la laguna, marcan el compás del mundo con el ritmo de sus cuerpos.

## Tormenta

Una vez al año en mi isla estalla la gran tormenta. Indefectiblemente le acompaña un corte de luz. De repente nos convertimos en criaturas vulnerables y por la noche iluminamos las estancias con velas cuya forma impotente de fuego es incapaz de competir con la intensa luz blanca del exterior. Todo tiembla. Fue en un instante como ese cuando alguien se inventó un dios a orillas de este mar y le puso el sobrenombre de Agitador de la tierra. El Agitador actúa como el batería enloquecido de una banda de rock que en su embriaguez lo apaga todo: el televisor, la radio, el frigorífico, el ordenador. La vida cotidiana queda anulada y de repente se vuelve irrisoria. Ahora gobiernan otros maestros, con mayúscula: Lluvia, Viento, Rayo. Ellos son los soberanos que la naturaleza siempre tiene a mano para enseñarnos, con acciones violentas, quién es el que manda aquí. La lluvia lanza sus navajas con fuerza, el agua corre agitada por los desagües, el viento propina fuertes latigazos a las palmeras y los olivos silvestres. La lluvia, el viento y el agua se vuelven instrumentos cuyo sonido es un estruendo frenético. Las formas cotidianas se desencajan, se desintegran, se deshacen. Los rumores se tornan gritos de auxilio. Lo peor es cuando el rayo coincide con la violencia arcaica del trueno. En el cielo aparece entonces un texto codificado de caracteres góticos y rúnicos en movimiento. Si fuéramos capaces de descifrar esos signos, nos hablarían de impotencia y de terror animal, de peligro. Es la propia electricidad la que trata de transmitirnos un mensaje acerca de nuestras limitaciones, la que escribe nuestro destino en un blanco glacial y nos condena a leer con miedo, conscientes de nuestra dependencia más absoluta. Cuando la tormenta ha amainado, tomo el coche y, atravesando grandes charcos, me acerco a la costa, donde el oleaje azota las rocas. El lejano escritor todavía no ha concluido su obra. Ahí en lo alto, donde están las otras islas invisibles, aparecen sus últimos mensajes: que la tormenta no ha acabado todavía, que esta vez nos permite marcharnos pero que regresará sin falta. Un maestro desalmado y arrogante que sabe dónde vivimos.



## Zoológico

Conocemos bien el amor imposible entre personas. Entre animales, en cambio, imperan otras leyes y su amor nos resulta un misterio, aunque solo sea por el hecho de que ellos no escriben sobre sus sentimientos amorosos. Ha caído la tarde en esta ciudad en la que a los animales no les va mucho mejor que a las personas. Todo está medio en ruinas, las aceras levantadas, y hay basura por todas partes que nada más ser recogida vuelve a acumularse. A los animales ese panorama parece dejarles indiferentes. Tienen las jaulas viejas, los barrotes oxidados; las rocas artificiales están sucias y descascarilladas, el agua turbia y lóbrega. El oso polar resulta sorprendentemente blanco en medio de ese decorado caótico, aunque yo sé que su pelaje no es blanco sino transparente para poder captar mejor el escaso sol del norte. El cóndor pende bajo su cielo de barrotes como un harapo deshilachado y se niega a abrir sus poderosas alas. Los leones blancos, arrimados los unos a los otros, nos miran sin vernos. Águilas, leones, tigres, me paseo entre emblemas vivos. Veo el hipopótamo del café de ayer como una edición cien veces mayor de sí mismo, un superviviente. Estos animales no pueden seguir viviendo, es una misión imposible. Sus enormes cuerpos son más frágiles que el de un gorrión, ya no pertenecen a este lugar. Siempre que el mundo se me hace demasiado abrumador, siento la necesidad de reencontrarme con los animales. La indiscreción de las personas contrasta con la circunspección de los animales. Intenta mirar cinco minutos a los ojos de una lechuza y empezarás a dudar de quién eres. Mis coetáneos efímeros fotografían con sus móviles la eterna ronda del tigre y yo sé que el misterio de las enervantes vueltas del animal no será visible luego en casa. Por los senderos del parque merodean unos roedores rollizos cuyo nombre desconozco, una especie de marmotas gigantes que rebuscan, con el semblante tenso y un aire de distinción, entre los guijarros o la hierba. ¿Por qué se me habrá ocurrido visitar el zoológico? El león está tumbado en su lecho de césped. Ha dejado de pertenecer a este mundo y duerme en su propio

escudo de armas. Una garza blanca posada sobre una palmera, el fragmento de una historia que ignoro. Me gustaría pasearme por aquí de noche, cuando los animales duermen o no duermen. ¿Qué verían entonces el oso hormiguero, el perezoso, el mono? Verían a una persona sola, caminado detrás de sus barrotes: el mundo al revés. Donde el sendero se dobla hay una pequeña jaula que contiene un paisaje montañoso artificial. Tardo un poco en descubrir al ocupante, el gato negro. Nos miramos a los ojos. Es un gato vulgar y corriente, le dice un visitante a su hija. El rótulo sobre los barrotes advierte que, si uno se fija, distinguirá el trazado del pelaje debajo del negro. Yo no veo nada. Gato montés. Se parece a todos los gatos negros que conozco, pero este me mordería si tratara de acariciarlo. Sus ojos verdosos se enganchan a los míos. El gato sabe que me gustaría colocar una silla delante de su jaula y observarlo durante horas. Una voz mecánica planea por encima de las jaulas anunciando el cierre del zoológico. Me dirijo hacia donde creo que está la salida y a lo lejos descubro las altas cabezas de dos jirafas. Si comparamos la cabeza, boca, piernas, orejas, ojos y manos de los humanos con los hocicos, garras, colmillos y fauces de los animales, nos damos cuenta de que estos poseen un sistema idéntico al nuestro para agarrar, mirar, escuchar o comer, y se nos hace cada vez más obvio lo que nos une y nos diferencia. Tal vez sea esta la razón por la que estoy aquí, por esa proximidad y distancia entre lo animal y lo humano. Si me pusiera a cuatro patas, si mis brazos fueran más largos que mis piernas, si me quitara la ropa y mi piel se cubriera de un brillante pelaje corto con extraños trazados que nadie ha dibujado, si me estiraran el cuello infinitamente hasta que sobresaliera por encima de la multitud, como esas dos jirafas, y pasara por ahí como un barco por el mar, es obvio que ya no podría escribir. Pero a lo mejor sentiría lo que siente esa pequeña cabeza de la jirafa, una maravillosa sensación, como de eterna y calma perplejidad, ante esa extraña agitación de abajo. Y es entonces cuando mis ojos captan la escena: la imagen del amor imposible. Detrás de la valla de madera que separa las jirafas de las cebras, una cebra lame la madera. Una de las jirafas inclina su extraordinario cuello por encima de la valla y busca ahí abajo a la cebra. A continuación la jirafa y la cebra se acarician y empiezan a besarse o algo parecido. Los diseños de sus cuerpos no encajan y sin embargo se acoplan. Amor. La cebra lame el largo cuello de la jirafa, la jirafa restriega su cara contra la mejilla rayada de la cebra. Luego la jirafa se suelta, se aleja unos pasos por la arena color desierto de su territorio y regresa. La cebra se ha quedado esperando, inmóvil. En cuanto la cabeza de la jirafa vuelve a asomar en las alturas, la cebra levanta su cabeza y

las caricias se reanudan, sus bocas se rozan. Yo me quedo ahí parado hasta el último aviso de la megafonía y pienso ya en la próxima vez. En las ciudades desconocidas uno necesita tener puntos de referencia.

## Poseidón XVIII

Intento imaginarme la escena. Has visto a Álope, hija de Cerción, rey de Arcadia. Rubia, ojos azules, Álope baila en el prado como un ciervo. La historia se repite: los reyes, sus hijas, la inocencia de las muchachas y tu incontenible lascivia. Las relaciones de parentesco entre vosotros los dioses eran muy complicadas, no sé cómo os aclarabais, la verdad. Cerción era hijo de Hefesto, y este a su vez era hijo de tu hermano, nacido tras una noche de boda que duró cuatrocientos años. Nada resulta lo suficientemente extenso o descabellado en vuestra eterna danza de apareamiento. Te gusta Álope, la deseas, la consigues, nace un hijo, uno de tus innumerables vástagos, divinos o no. Gran parte de la humanidad desciende de vosotros. Cerción nada sabe de ese hijo. Por temor a su padre, Álope entrega su hijo a una nodriza con la instrucción de abandonarlo en el monte. El niño será encontrado, como es lógico, de lo contrario no habría historia. Higino, autor de este relato, dominaba su oficio. Una yegua amamanta al niño, un pastor lo descubre y se lo lleva al establo envuelto en su regia túnica, pues podría tratarse del hijo de un rey, nunca se sabe. Además, los pastores conocen bien las convenciones literarias. Otro pastor se ofrece a criar al niño, siempre que le entreguen el brocado de oro, pues hay que poder probar la descendencia regia de la criatura. Los dos pastores discuten y comparecen ante Cerción, a quien le toca mediar en la disputa, pues en aquellos tiempos los reyes no estaban tan ocupados como hoy. Cerción reconoce el tejido regio, pues también los reyes son expertos en convenciones literarias. La nodriza confiesa, Cerción encarcela a su hija Álope y de nuevo ordena abandonar al niño. ¿Has pensado alguna vez en los estragos que has causado? ¿En esas historias tremebundas que siempre concluyen con una metamorfosis y en las que la naturaleza te hace el trabajo sucio? La yegua amamanta al niño otra vez. Un segundo pastor lo encuentra de nuevo y le pone un nombre, Hipotoonte. Este es pues hijo tuyo. Tuyo y de Álope, que entre tanto ha muerto en prisión sin que nunca le tendieras tu mano divina. Ni siquiera se le ofició un

funeral decente. La enterraron en un lugar del camino que va de Eleusis a Megara, donde Cerción organizaba sus cruentos combates. Entonces, por fin, decides intervenir ofreciendo una gratificación divina: transformas el cuerpo de Álope que tanto habías deseado en una fuente. Flaco premio para los servicios prestados, ¿o acaso crees que a alguien le gusta ser una fuente? A veces me resulta difícil comprender esas historias que se cuentan de ti. No tienen que ver con tu estatua de mármol que se erige junto al Arsenal de Venecia, ni con esa poderosa efigie con el tridente tal como te representan los grandes maestros de la pintura, ni con la furia huracanada con la que perseguiste a Ulises durante años y con la que asolas las costas del mundo entero, como hoy mismo. Cuando pienso en ti acompañado de todas esas ninfas y nereidas, me viene a la mente aquel frívolo autorretrato de Kees van Dongen en el que se representa a sí mismo tal como se imagina: un polinesio joven y lascivo, cargado de collares, un extraño peregrino con conchas de Santiago alrededor de la estrecha cintura, un habitante de Oceanía con la piel de color oliva. Eso sí, siempre en busca de hijas de reyes, que, después de abusar de ellas, abandona en algún lugar del camino en forma de fuente. Sí, ya sé que me conviene ir con precaución la próxima vez que me bañe en el mar, pero es que alguien tenía que salir en defensa de Álope. Y ella apareció ante mí.

## Vidas

¿Cuándo existe una persona? Esa pregunta no vale para los dioses, claro está, pues, como afirma Hesíodo con rotundidad, la vida de los dioses es eterna. No, esta vez nos referimos a las personas, a los mortales, esas criaturas perecedoras que viven más que las flores o los insectos pero menos que ciertas tortugas. La mayoría de personas ha existido porque ha vivido. Es decir, han existido para sí mismas o para su entorno, pero, una vez desaparecidas o fallecidas las personas de su entorno, por lo general ya nadie se acuerda de ellas. De momento no voy a entrar a valorar si eso importa o no. Recordemos a los sacerdotes de la antigüedad clásica, los prisioneros de los aztecas, los funcionarios egipcios, los cazadores austriacos del siglo XV, los misioneros de las colonias españolas, las víctimas de los terremotos, los soldados en la guerra de los bóers, miles de millones de personas de las que sabemos que han existido como especie, pero cuya existencia como personas ignoramos. ¿Importa eso? ¿Afecta eso en algo al valor de sus vidas? ¿Fueron sus vidas menos plenas porque nosotros las ignoremos, porque no conozcamos sus nombres ni sepamos dónde yacen enterradas? Para esas personas solo existió su propia vida comprendida entre el nacimiento y la muerte, una existencia de felicidad o desventuras, azarosa o monótona, una vida que rozó los acontecimientos históricos o participó directamente en ellos. Puede que sus nombres no figuren en el libro de la Historia, que de todos modos se lee cada vez menos, y yo me pregunto de nuevo: ¿importa eso? ¿Importa que esas personas no hayan creado nada, no hayan escrito ningún libro o no hayan cometido un vil asesinato? No. Y, sin embargo, de ser eso cierto, ¿por qué me acuerdo hoy de una duquesa con joroba que era una gran bailarina? ¿De un marqués que era un sinvergüenza sin par? ¿De un pérfido duque que en el Pont Royal, mientras se dirigía a una fiesta un martes de Carnaval, perdió el habla y murió al cabo de un rato en su retrete, con la cara deformada por una mueca espantosa? ¿Cómo es posible esto? Es de noche, ya tarde. He abierto uno de los numerosos volúmenes de las

*Memorias* del duque de Saint-Simon por una página cualquiera y he ido a parar a un año cualquiera, en este caso 1710: la vida en la corte de Luis XIV, la política internacional, las intrigas cortesanas, asuntos de poder y posición social. Chismorreos relatados con la pluma inmisericorde del duque, que en un par de líneas es capaz de hacer un retrato despiadado de las personas, rescatándolas así de la oscuridad del olvido e infundiéndoles vida. Tres personas que murieron sucesivamente en poco tiempo y que él recuerda con unos cuantos trazos de su pluma. La duquesa de Foix, «la mujer jorobada más hermosa que uno pueda imaginarse»; el marqués de Courcillon, «un hombre sin igual, que soltaba bromas mordaces mientras le amputaban la pierna en la batalla de Malplaquet»; el duque Monsieur le Duc, «bastante más bajito que la mayoría de hombres, con exceso de grasa sin ser gordo, el rostro horrendo y la cabeza extraordinariamente grande, la piel amarillenta, una permanente expresión de contrariedad en el semblante y siempre tan grosero y arrogante que era difícil acostumbrarse a él. Con todo, era un hombre cultivado y tenía sentido del humor, y, cuando quería, podía ser afable, incluso afectuoso, aunque eso era muy excepcional». Escucho el sonido de una pluma deslizándose con ímpetu sobre una hoja de papel. Personas retratadas y esbozadas con palabras. Durante un breve instante, estoy en 1710 y los he visto a los tres, que de pronto se han convertido en coetáneos míos: la duquesa de la joroba, el marqués de la pierna amputada y el duque con la mueca de la muerte repentina en el rostro.

## El toro

Noventa personas medio desnudas, los cuerpos pintados de rojo. Juntas constituyen la forma de un toro. Yacen sobre un suelo de piedra clara en Cali, Colombia. Representan las patas, el lomo, el gran cuerpo, la cabeza y los cuernos de un toro, rojo de sangre. Los dos cuerpos más alejados son los cuernos. Ignoro cuánto tiempo estuvieron esas noventa personas tendidas en el suelo. En la foto eso no se aprecia. Algunos tienen las piernas abiertas, otros sostienen la cabeza en los brazos; los que constituyen las patas del animal yacen con la cabeza en dirección al vientre y los que forman el vientre yacen con la cabeza en dirección a los pies de quienes forman el lomo. Muy cómodo no debió de ser. Es como si el destino les hubiera concedido una disposición muy particular, con lo que la imagen que crean nada tiene que ver con la iconografía de la violencia diaria que aparece en las portadas de los periódicos, como las matanzas afganas o las consecuencias de las bombas suicidas paquistanís. Noventa personas representan aquí la forma atávica de un animal muerto. Sus cuerpos están dispuestos en un orden. Yo me los creo, sus noventa cuerpos se han convertido en un animal muerto. Ahí donde más o menos deberían ir las vértebras de la nuca, unos papeles de colores algo frívolos colocados entre dos brazos representan las banderillas, esos arpones engalanados y traicioneros que el matador clava volando en el cerviguillo del toro para estimularle. Las banderillas han de estar muy bien clavadas pues con su baile acompañan los furiosos saltos del animal. En el instante en que fue tomada la foto debió de reinar una gran calma, un toro muerto no se mueve. Vuelvo a mirar la potente cabeza del animal y sus cuernos. No es fácil representar con el cuerpo humano el cuerno encorvado de un toro. Intento imaginarme qué sucedería si ese toro articulara sus noventa cuerpos para ponerse en pie y qué aspecto tendría el nuevo Teseo que volviera a matarlo.



## Poseidón XIX

Nada. No sucede absolutamente nada. Me he escapado de una película con un final previsible y mi universo ha adoptado el aspecto de un café en Buenos Aires. El menú está escrito con tiza en una pizarra, pero yo no tengo hambre. En la calle el tráfico es intenso, buses y taxis circulan por la avenida del Libertador. Fuera todo es normal. Son las siete y cincuenta y siete minutos de la tarde. Aquí es invierno y por lo tanto ha caído ya la noche. Veo las luces de un tren y luego las de un gran avión que despegaba. La mujer sentada a la mesa contigua lee *La Nación* y a continuación el *Clarín*. En la pantalla del televisor, reflejada en el espejo que cuelga en una pared, aparece uno de esos matrimonios de conveniencia, un hombre y una mujer que en la vida real no tienen nada que ver el uno con el otro pero que forman una pareja estable en la pantalla para informarnos a diario de las noticias del mundo: batallas, muertos, ministros, manifestaciones, vehículos incendiados, fútbol, el efectismo de las bolsas que no hay quien siga. Las manos de la pareja se mueven, mas sus voces son inaudibles. Miro la gran manecilla blanca del reloj y observo el fino segundero avanzando al ritmo del corazón con pequeños brincos contenidos. Ayer me llegó la noticia de la muerte de un amigo. Imagino su cuerpo yaciendo en esos momentos en alguna funeraria al otro lado del mundo. Dado que siempre fue un hombre de buenos modales, ha muerto sentado ante su pequeño escritorio en la planta baja de su antigua casa en Ámsterdam. Si la muerte le hubiera sorprendido en el piso de arriba, habrían tenido que bajar su cuerpo por las escaleras. El volumen de su cuerpo contrastaba con su afición a los más frágiles objetos de vidrio antiguo. A veces tengo la impresión de que estoy destinado a vivir una vida larga precisamente para eso, para honrar la memoria de mis amigos muertos. Se ha escrito de mí que viajo constantemente para escapar de la muerte. Se equivocan. Uno no puede escapar de la muerte, ni de la propia ni de la de los amigos, esté donde esté. Los únicos inmortales son los dioses, aunque tengo mis dudas. No me gusta decirte estas

cosas, aunque en realidad poco importa, porque de todos modos no me respondes nunca, lo que por otro lado es una de tus mejores cualidades. La mujer que estaba leyendo la prensa se ha marchado. Ahora que ella no está, veo frente a mí a una chica pelirroja que lee un libro. Tú habrías deseado a una mujer como ella y seguro que la habrías conseguido, como conseguiste a Álope y a todas las demás, aunque fuera transformándote en un semental, como hiciste con Deméter. La chica lleva el cabello recogido en una trenza y levantado como una especie de torre, una arquitectura efímera que le confiere un aire de sacerdotisa. Como está sentada debajo del espejo, veo la frágil torre de su cabello por partida doble. Estoy seguro de que la habrías poseído para después transformarla en una fuente o en una estrella. Tiene las manos finas, como Álope. No me preguntes cómo lo sé. Dejo a la chica sola con las palabras de su escritor mientras la transformo en palabras que ella jamás leerá. ¿Fue amor lo que sentiste por Álope? ¿O fue una violación perpetrada mediante lisonjas, ese perverso privilegio de los dioses? Autobús 92, autobús 101, el negro y naranja de los radiotaxis bajo el gélido neón de las luces del exterior, imágenes bélicas, fragmentos de música y las voces despreocupadas de la gente, un hombre de negro con una bolsa de plástico blanca, el séptimo avión que despega, un amigo muerto muy lejos de aquí. No, no sucede nada.

## Hermanas

Sucede cada otoño. Unas lombrices negras aparecen en las blancas paredes de mi casa cual signos gráficos oblongos sobre una hoja de papel vacía. Como vienen solas, no hay manera de que formen palabras o frases. Cada una de ellas constituye una única grafía alargada de carne que desesperadamente intenta significar algo. Carne es un eufemismo, debe de ser algo así aunque no lo parezca. Su carne es dura al tacto, similar al de un material sintético, como si hubieran sido creadas en una fábrica. No está claro que gusten a los pájaros, porque si así fuera seguro que no se expondrían tan abiertamente. Sujeto a una de las lombrices entre el pulgar y el índice. El animalito, macho o hembra, hace esfuerzos por enrollarse, pero su cuerpo parece demasiado rígido para ello. Cada día me encuentro a unas cuantas. Su triste escritura expresa un anhelo de muerte, y, sin embargo, por mucho que las examine, no logro descubrir en ellas ninguna forma de pena. No sé dónde pasan el resto del año ni si alguna vez fueron jugosas o grasientas, un bocado apetecible para los mirlos que también han partido ya. Quién sabe. Para mí las lombrices pertenecen al mismo ámbito de los caracoles, que aparecen en cuanto ha llovido, y de la mariposa Vulcana, con su oscuro brillo rojinegro, que cada año se posa sobre el mismo tallo de mi aeonio para recordarme la naturaleza efímera de mi existencia. «Cada mundo posee su propio orden, leyes, productos», escribió Charles Bonnet en 1764, y a continuación señala: «Es probable que existan mundos que, comparados con el nuestro, sean tan imperfectos que solo habiten en ellos criaturas de la primera y segunda categoría. Por el contrario, hay mundos tan perfectos que solo son habitados por criaturas de la clase alta. En un mundo así, las rocas están organizadas, las plantas tienen emociones, los animales extraen conclusiones lógicas y los hombres son ángeles».

Este tipo de asuntos interesaban mucho en el siglo XVIII. Kant nunca se atrevió a defender la existencia de criaturas racionales en otras partes del universo, pero estaba convencido de que la vida y el pensamiento no se limitaban a la tierra y que una criatura

tan menesterosa como el ser humano no podía ser la mejor creación de la naturaleza. Joseph Addison fue más lejos. Él concibe al ser humano como un nexo entre el mundo espiritual y animal y sostiene lo siguiente: «El hombre, que por un lado está cerca de los ángeles y arcángeles, cree que su padre es una criatura infinitamente perfecta y que sus hermanos son los espíritus más elevados. Y, sin embargo, por otro lado, es capaz de llamar Padre a lo más inmundo y considerar a una lombriz como su hermana». Por eso siempre tomo a mis hermanas entre los dedos con mucho cuidado cuando vienen por aquí a anunciarme el otoño. Sostengo un instante sus tristes cuerpecillos en forma de letra y los deposito con ternura entre los arbustos para ofrecerlos a las hormigas siempre voraces. Descansad en paz. Al final siempre hay alguien que nos quiere.

## Ballena

Una ballena pesa treinta toneladas. Es una nave de respetables dimensiones, una nave de carne, y la carne es mortal. ¿De qué mueren las ballenas? De extenuación en sus largos desplazamientos oceánicos, de vejez, de hambre. ¿Qué sucede cuando muere una ballena? La gran nave se hunde hasta el fondo del mar, a veces a una profundidad de miles de metros. Y entonces comienza el gran banquete funerario, que puede durar cientos de años. A él asisten miles de convidados de diversa procedencia y posición social. Lo que tienen en común todos ellos es el hambre. Y es que en el fondo del mar el alimento escasea. Minúsculas partículas orgánicas se desprenden de la superficie invisible que la ballena ha abandonado. No hay más alimento que este, de ahí que su presencia cause un gran revuelo. Los comensales, que por regla general se ignoran entre sí, dedican a veces un siglo entero a la creación conjunta de una desconcertante obra de arte funeraria, una colección dispersa de enormes huesos, el esqueleto abandonado de un gigante acuático que alguna vez alcanzó treinta metros de longitud, el recuerdo de un banquete que los asistentes al funeral, que son a la vez los sepultureros y el cementerio, disfrutaban silenciosamente en el frío y la profundidad del mar. Al término de la fiesta, al cabo de muchos años, han muerto también los propios convidados. No todos ellos tienen una vida igual de larga ni a todos les sirve el mismo alimento. Contemplar ese espectáculo debe de ser impresionante. El inmenso cadáver desciende lentamente hacia la oscuridad cada vez más densa mecido por el movimiento del mar. Se agita como si fuera un objeto diminuto en una coreografía de muerte, de gravitación y corrientes, hasta que al fin alcanza el fondo del mar. La campanilla que anuncia la comida consiste en un olor pestilente, una ola de agua putrefacta que se dispersa en todas las direcciones. Los primeros convidados en llegar son los tiburones y anguilas que se alimentan de cadáveres junto con casi cuarenta especies diferentes de moluscos, peces, crustáceos y otras criaturas acorazadas armadas de garras y ganchos. Todos los que sean capaces de resistir

la profundidad del mar se presentan al banquete y devoran la grasa de la ballena y la blanda carne putrefacta hasta hartarse. Ese primer plato dura meses, y cuando se trata de una ballena azul adulta, hasta puede durar diez años. El tiempo no importa en el fondo del mar. Tampoco importan los modales. Los comensales *rabelaisianos* se manchan, se atragantan, vomitan, defecan. Los restos de la comida caen entre las sillas donde un nuevo grupo de convidados espera el siguiente plato: gusanos, caracoles, crustáceos se alimentan hasta la saciedad de la riqueza orgánica de la carne pútrida, del lodo y las bacterias. Han recorrido decenas de kilómetros para llegar hasta aquí. De nuevo, el tiempo no importa, de modo que las criaturas se aparean y reproducen debajo de su comida. Una nueva generación de crías flota de nuevo en el agua en busca del próximo cadáver. Al fin y al cabo se mueren casi setenta mil ballenas al año y todas las criaturas del fondo del mar conocen la ruta de esos grandes navíos vivos y saben que son mortales. Todo es cuestión de espera y supervivencia y eso lo saben también los gusanos devoradores de huesos que han pasado tiempo esperando la carcasa. La paciencia lo es todo. Esos gusanos segregan una gran cantidad de baba, ávidos de los huesos de ballena y del aceite milagroso que estos contienen. Son como pequeñas palmeritas de color rojo encendido y poseen un sistema de raíces verdosas con las que son capaces de perforar los huesos de las ballenas. Incluso llevan consigo un cultivo de bacterias que disuelve el aceite milagroso, lo que los convierte en el primer animal capaz de consumir en el fondo del mar los grasientos huesos de ballena y extraer de ellos el alimento sobrante (60 % de grasa, por eso las ballenas nadan con gran destreza) que contienen en su interior. ¿Ha terminado el banquete? No, aún queda el postre, y para ello aparecen las bacterias, las primeras capaces de absorber oxígeno. Y cuando el oxígeno se ha terminado, lo cual sucede enseguida, se presentan otras bacterias capaces de absorber el sulfato. Estas transforman el sulfato del agua de mar en sulfuro nutritivo, lo cual es a su vez un festín para otra especie de convidados. Pequeños mejillones y grandes almejas se presentan para disfrutar de su parte de la bacanal transformada entonces en una lección perfecta de química: otras cuatrocientas especies de animales siguen viviendo durante años en el interior de la carcasa de la ballena o a su alrededor. Quien mata a una ballena y se la lleva a casa rompe la armonía de la cadena alimentaria. La imagen que me queda de esa sagrada comunión es un velo de bacterias, blanco como la nieve, cubriendo la dramática escultura de unos huesos quebrados. Una última cena, que no parece tener fin, un banquete ritual celebrado entre las ruinas de una catedral derrumbada. De ser cierto lo

que afirma Kafka, el administrador divino con su tridente lleva la cuenta de todo lo que sucede en el mar. No es de extrañar que nunca asome a la superficie.

## Azul

En 1963 Brigitte Bardot todavía conserva su belleza. Luce una piel sensual y su rostro no es capaz de expresar desprecio. Jack Palance posee un coche deportivo que, para un magnate del cine, es demasiado pequeño y demasiado rojo, y Michel Piccoli no acaba de comprender por qué su amada le desprecia, mientras intenta ostensiblemente vender su talento a Palance, un vulgar productor de cine. Fritz Lang interviene en la película como contrapeso intelectual y, con su sensibilidad alemana para la retórica, recita un pasaje del canto XXVI del *Infierno*, en el que Ulises aparece representado como una llama. Piccoli da muestras de buen juicio al reconocer que la cita procede de los versos de Dante, pero cabe la duda de si va a ser capaz de escribir para Fritz Lang el guion de la película, que se titula *La Odisea*. Este es el tema de la película (*Le Mépris, El desprecio*) que ahora, en 2012, estamos viendo demasiado tarde. Piccoli, muy joven todavía, es ligero de cascos y además lleva durante toda la película un sombrero negro que no le será útil hasta que Bardot y Palance hayan sufrido un accidente con el cochecito rojo y pierdan la vida arrollados por un enorme camión cisterna. Ulises, el héroe de la película de Lang, que nunca será concluida, se pasea por ahí en un curioso traje de teatro y algunos figurantes que representan el coro deambulan entre pilares de mármol con túnicas que desde el siglo XVIII se atribuyen a los griegos. Los tres protagonistas se mueven incómodamente en un drama que en ningún momento logra transmitir la fuerza de lo ineludible ni recrear el aroma de lo real en la antigüedad. Lo único real que se nos muestra es una imagen clásica de Atenas y un poderoso Poseidón contra el fondo de su mar azul. El lugar de acción es la villa futurista de Curzio Malaparte en Capri. Y casi medio siglo después de que se rodara esa película yo estoy mirando esa casa porque en un texto de Anne Carson leí que Poseidón lleva el epíteto de *kuanochaites*, «el del cabello azul oscuro», y porque alguien me dijo que el color azul acompaña también al dios en esta película. Era verdad y no lo era. Cuando se muestra al dios en todo su poder

como el enemigo esculpido de Ulises, no son sus cabellos sino sus labios y globos oculares los que aparecen coloreados con un azul luminiscente, venenoso y penetrante, el color del mar tal como debió de verlo Tiberio aquí en Capri, ese azul del epíteto que acompaña al nombre del dios de mar como una sombra homérica que va donde él va, el apodo como perro eterno, hasta el final.

## Poseidón XX

¿Cuándo fue? ¿El año pasado o el anterior? Estaba yo en Venecia, frente al Arsenal, contemplando tu estatua. Suelen representarte un poco de lado, con la espalda ligeramente vuelta hacia el espectador, como si quisieras eludir una conversación. Con ese aspecto, si hubieras sido un hombre vivo, ¿habría osado yo acercarme a ti si me hubiera cruzado contigo por la calle? ¿Se le ocurriría a alguien abordar a un hombre medio desnudo, con un tridente sobre el hombro, frente a una puerta clasicista? ¿Y en qué lengua me habría dirigido a ti? ¿En italiano renacentista? ¿En griego homérico? Aquella tarde yo había leído algo a propósito de lo divino en un libro sobre Platón. En él se decía que los griegos, en los momentos de máxima intensidad emocional causados por una terrible tragedia o por un estado de exaltada euforia, cuando la vida entera se representa súbitamente con una luz cegadora apenas soportable, experimentan una visión de lo divino, de ese poder supremo que escapa a todo raciocinio, al que denominan «el dios» o «un dios», en singular. No ese dios nuestro, sin artículo que le preceda. Cuando se trata del amor, es Afrodita. Si se relaciona con la batalla y la guerra, Ares. Ese dios interviene en sus vidas y es una vía de acceso a lo inefable. Sin el dios o la diosa, todo sería demasiado abrumador y excesivo. En mi vida no hay dioses, yo solo te escribo a ti, quizá por eso me hago todas esas preguntas. En mis viajes me he encontrado con numerosas formas de lo divino: los dioses de los mayas, de los aztecas, de los dogones, de los hindúes. He visto dioses con mil brazos, con la cabeza de caballo, dioses que bailan, que vuelan, con formas zoomórficas, y te he visto a ti con tu tridente. Ciertos dioses inspiran, aún hoy, temor y adoración; otros yacen en libros y museos, se conservan por su belleza pero han perdido poder, como ya indiqué anteriormente. ¿Cuándo empezó vuestro problema? ¿Con Sócrates? ¿No fue él quien, a pesar de creer en la inmortalidad del alma, inició el proceso de desmitificación del mundo con sus constantes reflexiones en voz alta? ¿O fue Jenófanes quien empezó? ¿No fue este quien

menoscabó la esencia misma de lo divino cuando reprochó a Hesíodo y Homero el haber atribuido a los dioses toda clase de infames cualidades humanas, como el adulterio, la envidia o la traición? ¿Te has parado alguna vez a pensar en estas cosas? Por decirlo de otro modo, ¿has leído alguna vez algo sobre tu desaparición provocada por la ciencia? ¿O sobre la filosofía que niega tu existencia mediante el razonamiento lógico? Viéndolo así, resulta una paradoja el que yo te esté escribiendo una carta. Pero, dado que en la carta sí que existes, permíteme que te siga interrogando. ¿Leíste algo sobre el dios que os sustituyó? Me refiero a nuestro Dios único, que sin embargo no era lo suficientemente Único y que se convirtió en trino mediante una peculiar maniobra que permitió que el Uno se encarnara en hombre durante 33 años conservando al mismo tiempo su condición de dios. Según Suso, un místico medieval, es imposible formular este misterio con palabras, aunque él lo intenta recurriendo a las palabras de San Agustín, según el cual el Padre poseía ya en su interior el origen de la divinidad del Hijo y del Espíritu. Santo Tomás de Aquino desarrolla una teoría aún más enigmática. Para él, Dios se contempla a sí mismo desde su conocimiento iluminado retroalimentándose con su esencia divina, lo cual supone un giro casi narcisista. Para expresar este misterio, la lengua se deforma, se pliega y extiende para configurar una proposición que no admite prueba y que naturalmente no puede sustentarse en ninguna fórmula matemática. ¿Reconoces tú algunas de estas ideas? Al fin y al cabo tú también poseíste un cuerpo de hombre, si bien inmortal, a diferencia del otro dios a quien mataron y que murió en la cruz. Eso a ti no puede sucederte. Sé que no contestarás mis cartas, pero, de ser cierto que eres inmortal, es posible que todavía existas en algún lugar, abandonado, olvidado. Alguna vez me ha sucedido, mientras estaba en alguna gran ciudad de este mundo agitado, lejos del mar que abraza mi isla, que, al ver a un vagabundo bajo un puente con su enmarañada barba gris asomando por debajo de un cartón, he pensado, aun pecando de blasfemo, que tú eras ese hombre. Pero tampoco entonces me he atrevido a abordarte con todas estas preguntas.

## Guerra

2011. Una mujer en Holanda recibe una carta del comandante de la Marina. En ella se le comunica que han sido hallados los restos del *KXVI* que en 1941 fue alcanzado en Borneo por un torpedo japonés. Su padre, Wim Blom, fue uno de los oficiales a bordo de la nave. Al fin la mujer sabe con certeza cómo murió su padre. Se llama Katja Boonstra y es miembro de la junta directiva del *Comité de familiares de los fallecidos en submarinos 1940-1945*. Esa guerra no concluirá hasta que haya dejado de existir la última persona que la vivió. La mujer le comenta la noticia a una amiga cuyo padre perdió la vida en esa misma nave. La amiga cuenta que leyó la carta en voz alta a la fotografía de su padre. Veo la escena: una mujer mayor, en una silenciosa sala de estar holandesa, leyéndole una carta al retrato en blanco y negro de un muerto ataviado con el uniforme de la marina. El mundo como una infinita sucesión de visiones.

1935. Una nave alargada y estrecha, a todas luces un submarino, se encuentra anclada en aguas tranquilas, cerca del muelle. Se ve que es el trópico por los árboles que asoman detrás de los edificios del puerto y por los uniformes blancos de la tripulación apostada en la cubierta, oficiales y marineros. Es la llegada del *KXVI* de su Majestad a las Indias Neerlandesas. Seis años después, la nave recibirá la orden de dar caza, frente a la costa de Borneo, a los cruceros y cazas japoneses que tratan de conquistar los campos de petróleo de Borneo. Junto con el *KXIV* y el *KXV* vigilan de cerca las naves enemigas que navegan en convoy con diez buques de carga. El conflicto estalla en Nochebuena. El *KXVI* sigue al cazasubmarinos *Sagiri* y lo hunde. Luego persigue al *Murakamo*, que logra escapar. Al día siguiente, Navidad de 1941, un submarino japonés, el *I66*, descubre un sumergible holandés navegando por encima de él y abre fuego. El *KXVI* se hunde, nadie se salva. Al cabo de muy poco tiempo, el *I66* sufre el mismo destino y es hundido por un submarino inglés. El capitán de esa nave se llama William King.

Un barco holandés torpedea un barco japonés. Un barco japonés destruye un barco

holandés y es hundido por un barco inglés. Guerra.

2011. Un pescador en Borneo informa a unos buceadores australianos de que ha localizado los restos del submarino a sesenta millas de la costa. Inician la búsqueda y encuentran el *KXVI* a cuarenta metros de profundidad.

2003. Un japonés deposita un ramo de flores en el monumento de la Fuerza de Submarinos en el puerto militar holandés de Den Helder. El hombre era hijo de un tripulante del *I66* y quiere manifestar su arrepentimiento por lo que su padre se vio obligado a hacer en la guerra. Esa noticia llega a oídos de Katja Boonstra. Ella invita a cenar al japonés y más tarde viajan los dos a Inglaterra, a la finca de William King, el comandante británico del barco que torpedeó al *I66*, y ahí plantan un árbol. Le echo otro vistazo a la fotografía de 1935, la estrecha nave, los hombres en fila vestidos de blanco. Uno de esos hombres es Wim Blom, pero la distancia en que fue tomada la foto no permite a su hija reconocerle entre el resto de las sombras blancas. Y el mar no tiene ojos ni puede ver nada. Solo la imaginación es capaz de ver. Dos naves a una gran profundidad, el objeto metálico, oblongo y letal, que abandona una nave y penetra la otra. El lento camino hacia el fondo del mar, el lento balanceo, la muerte.

## Ratón

El toro lleva sus armas siempre consigo. Se las reconoce por ser afiladas y simétricas. Si el enemigo se sitúa dentro de esa simetría, poco puede sucederle. Pero la paradoja de la lidia de toros consiste en hacer justamente lo contrario. El toro debe poder alcanzarte y tú has de esquivarlo con habilidad. Es un baile con la muerte, en el que casi siempre gana el bailarín. Con la mayor elegancia, debes adentrarte una y otra vez en el territorio de la muerte, aunque el que debe morir de verdad es el toro, no tú. A veces las cosas suceden de otra manera. En España se celebran todavía toda suerte de fiestas populares brutales. Pueblos enteros se echan literalmente a la calle para retar a unos toros y corren delante de ellos desafiando el peligro oscuro. Un animal de esos pesa cientos de kilos y, aunque suelen tener los cuernos afeitados, poseen una fuerza formidable. La fiesta consiste en medirse con el atavismo en forma de toro que bufa, imitar la lucha con el mito. Se trata de ritos medievales que suelen acabar en la más absoluta extenuación. Se producen escenas atroces, borracheras, sangre, polvo o barro, el individuo desafiando el destino, las multitudes disfrutando de la excitación y de los gritos. El derecho del más fuerte lo posee precisamente el otro, el animal, el emblema del mito que de repente surge de los textos antiguos como realidad y se transforma a su vez en mito, el Minotauro que exige sacrificios. Eso sucedió este año y el mito ya tiene un nombre: Ratón. Un nombre que designa su contrario, una negación para aplacar el peligro. No se les debería poner un nombre a los animales, se llaman lo que son.

Si fuera realmente un ratón, ese Ratón no habría podido matar a una persona, pero, al ser toro, sí. Por esta razón se le puso el nombre de otro animal muy inferior a él en la jerarquía emblemática, pues en los escudos de armas no aparecen ratones. Este Ratón en cambio es capaz de correr, de perseguir a los hombres que corren delante de él bailando y haciendo cabriolas mientras golpean su inmenso cuerpo. Quinientos kilos, una mancha blanca triangular en la cabeza entre los dos cuernos, dos muertos a su nombre. Ahora el

Ratón está muy solicitado, su precio se ha quintuplicado. La muerte le acompaña mientras corre.

## Posidonia

¿Son las algas también un *memento mori*? Una de las playas en la costa norte de esta isla se llama Cala des Tamarells. Se llega a ella desde un pequeño pueblo de pescadores. Es un buen paseo. Primero hay que recorrer una playa larga, que separa el mar de una laguna de agua dulce llamada la Albufera des Grau, un paraíso para las aves acuáticas. En cuanto llegan las lluvias de otoño, sube el nivel del agua. Allí donde el agua dulce desemboca en el mar, un angosto puente de madera cruza una especie de arroyo que, pasado el verano, se ensancha cada vez más. El camino que lleva a la playa tiene muchas cuestas. Nada más subir la primera desde la playa, se ve a izquierda y derecha la típica vegetación mediterránea: romero silvestre, brezo, *socarell*, *bruc*, barrón y mi favorita, la *euphorbia*, que ahora, en septiembre, echa sus primeras hojitas verdes en el extremo de sus tallos enhiestos de color marrón. Una vez arriba, el paisaje cambia de forma espectacular. El camino ya no se ve. Has dejado muy atrás el sendero entre las rocas, el pueblo y la cala con todos sus barcos y barquitas ancladas. A lo lejos, sobre una alta colina pedregosa, avistas la ruina de la torre vigía. Ese tipo de torres rodean toda la isla, como un círculo. Antaño estaban habitadas.

A mí me gusta esa torre. De ella no quedan más que ruinas y de sus muros se han desprendido grandes bloques cuadrados de piedra. Es la única torre de la isla que no ha sido restaurada. El viento del norte carcome sus piedras, cuyo color se confunde con el de la colina. No necesitaron buscar las piedras muy lejos para construir una torre en ese lugar tan apartado. Su aislamiento ha condicionado tal vez su destino. Está demasiado apartada como para que lleguen a ella obreros, materiales y máquinas. En sus muelas huecas anidan un par de cernícalos. A veces, cuando estoy por ahí cerca, los oigo chillar, con sus voces altas y agudas. Al pie de la colina se extiende una pequeña playa que nadie limpia. Está poblada de algas muertas expulsadas por el mar que se han ido acumulando sobre la arena hasta formar unos enormes almohadones y colchones de plantas muertas,

un lecho de amor para gigantes. Gaviotas, halcones, algas, de vez en cuando una barca de pescadores que hace amago de acercarse a la costa y luego vuelve a alejarse. Enfrente, una pequeña isla deshabitada. El mar, cuando se embravece, y sucede con frecuencia, arroja altos muros de espuma contra las rocas. Esos son los instantes en los que me gustaría sumergirme en el agua para ver la posidonia, esas praderas de algas largas, verdes y flexibles de nombre exuberante, por entre las que nado los días en los que el mar está en calma. Sus largos y estrechos tallos, de un verde luminoso, bailan lentamente al ritmo del agua. Son plantas acuáticas en el sentido más literal del término, la hierba de Poseidón, *Posidonia oceanica*. Se les llama algas pero de hecho no son sino plantas con raíces, hojas y tallo, que sirven de alimento y protección a los peces y los pequeños crustáceos y que pierden sus hojas cuando llegan las tormentas de invierno. La marea las arroja a la playa donde se amontonan en capas y las largas hojas adquieren entonces un tono marrón. Por debajo de ese color de madera húmeda se trasluce un resplandor plateado, una capa de lenta descomposición que protege la costa, un grandioso lecho de millones de hojas. Cuando caminas sobre ellas percibes su suave elasticidad. Ese verdor que se agita en el fondo del mar ha perdido su brillo, es el testimonio del paso de la vida y de la muerte, pero, cuando el viento levanta las algas y las impulsa hacia la cuesta de arena al fondo de la playa, se lleva consigo material orgánico del que se benefician las plantas que crecen en la tierra y en la colina. Y debajo del agua el proceso de descomposición continúa de manera frívola, pues los rizomas de las hojas de la posidonia están llenos de tejidos procedentes de hojas muertas y podridas, tejidos que, arrancados del fondo del mar y arrojados a la costa, son esculpidos por las olas que azotan la playa hasta adquirir la forma de unas bolas vellosas de color marrón, ovaladas o redondas, que los isleños denominan pedos de monja, *pets de monja*.

En esta carta no se dice nada que el dios no supiera ya, aunque es posible que eso de los pedos de monja le haga reír, pues un pedo en las manos es algo que nadie ha experimentado, ni tan siquiera los dioses. El mar del dios es un artista capaz de crear tejido nuevo del tejido muerto, un tejido de color camello, de tacto velludo, repleto de minúsculas fibras refulgentes que alguna vez bailaron en los jardines del dios al ritmo de su música eterna.

## Poseidón XXI

¿Leen los dioses? Mi pregunta no pretende ser impertinente, solo que de repente caí en la cuenta de que no recordaba ninguna imagen de un dios leyendo. No es que eso quiera decir gran cosa, la verdad, pues mi memoria está cada vez peor. La pregunta se me ocurrió en dos ocasiones muy distintas. La primera fue cuando leí a un físico moderno refiriéndose al pensamiento de Tales de Mileto, para quien el agua era el principio material de todas las cosas. Luego vinieron todos los demás, todos aquellos extraordinarios pensadores de la antigüedad en busca de la sustancia de la cual todas las demás cosas serían una forma perecedera. Anaximandro, discípulo de Tales, a diferencia de su maestro, llegó a la conclusión de que esa sustancia no podía ser el agua ni ninguna otra cosa, sino un principio indeterminado sin edad, infinito y eterno, un principio que todo el universo conocido contenía en su interior, una gran cadena de ser y devenir, una lucha permanente marcada por la ganancia y la pérdida, los triunfos y las derrotas; una guerra, declarada una y otra vez, del calor contra el frío, de la sequía contra la humedad, del fuego contra el agua, siempre con una reconciliación final en el tiempo, mundos que aparecen y desaparecen en una sucesión infinita. Y vosotros, dioses, ¿leísteis algo sobre eso? ¿Pensabais en esas cosas? ¿O acaso vivíais cómodamente reclusos en vuestros propios mitos, arropados por la adoración de los mortales y sus ofrendas, seguros de vuestros asuntos? Aquellos hombres de Mileto o Sicilia tenían afán de conocimiento. Empédocles con sus cuatro elementos, Heráclito con el cambio como principio imperecedero. Ellos eran incapaces de probar sus pensamientos y teorías, vivían de las suposiciones y de la intuición: la Nada, el Fuego, el bello orden del cosmos, los átomos eternos e indestructibles de Demócrito y Leucipo. Seguro que todas esas cosas os interesaron, ¿verdad? ¿O acaso sentisteis ya entonces aversión hacia la duda, hacia esa constante interrogación propia de los hombres mortales capaces de inventar en cierto momento algo que supusiera vuestro fin?

¿Y la segunda ocasión? Esa fue de un orden y magnitud muy distintos. En las páginas finales de mi Hesíodo figuran los *Testimonia*, testimonios escritos sobre el poeta griego por personajes coetáneos y posteriores. Pero, antes de entrar en eso, ¿qué opinión te mereció a ti Hesíodo? ¿Leíste su obra? ¿Leíste a Homero? A la mayoría de los hombres les gusta leer lo que se ha escrito sobre ellos. ¿Os sucede lo mismo a vosotros los dioses? Quintiliano es comedido. Opina que mi querido Hesíodo solo está inspirado de vez en cuando y que cita demasiados nombres, pero que aun así destaca sobre los mediocres. Parco en su juicio, un crítico genuino. Puede que tampoco leyeras a Aristóteles, ni tan siquiera sus referencias al néctar y la ambrosía, alimento de dioses, vuestro pan de cada día. De haberlo leído, ¿cuál habría sido tu respuesta? «Porque si los dioses toman (*thigganousin*) néctar y ambrosía por placer, no serán estos los alimentos que les permitan existir; pues, tratándose de la existencia, ¿cómo iban a ser inmortales si necesitaban alimentarse? Aunque en realidad no merece la pena analizar en serio todas esas fantasías mitológicas». Un maestro severo, Aristóteles.

No, lo que me suscitó la pregunta fue una imagen terrible de un orden muy distinto. Procede de un libro de Diógenes Laercio, *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*. En esta obra, Jerónimo de Rodas cuenta que Pitágoras, mientras descendía al Hades, vio el alma de Hesíodo gritando amarrada a una columna de bronce y el alma de Homero colgando de un árbol rodeada de serpientes, condenados ambos al sufrimiento por todo lo que habían dicho sobre los dioses. Ese episodio podría ser la prueba de que vosotros los dioses leísteis tanto a Hesíodo como a Homero y que contratasteis los servicios de tu hermano Hades para someterlos a ese brutal castigo. Es la censura llevada al límite. Y eso que sabemos que todo cuanto se dice de vuestras vidas licenciosas es cierto. No son vidas de santos. Adulterio, venganza, lascivia, traición en los campos de batalla, semivioliciones, parricidio. Tal vez tu inmortalidad se deba a eso, a las obras de los grandes poetas, gracias a las cuales seguimos sabiendo de ti.

## Antiguo

¿Conoces este fósil viviente? La pregunta figura junto a la imagen de un gran pez en un cartel que veo al salir de la estación de metro Jardín Botánico. No, yo no conozco ese pez. El cartel es grande, el pez también. Su boca parece ligeramente inclinada hacia arriba; el ojo izquierdo, de un negro brillante, te mira como espíandote. Si el pez fuera capaz de hablar, proferiría una amenaza. Según el cartel, lleva 23 millones de años nadando en las aguas del planeta, lo cual también suena a amenaza. Observo la fotografía. A la cabeza con el ojo que espía le sigue el enorme cuerpo. Más tarde me entero de que ese animal puede alcanzar una longitud de cuatro metros y medio y un peso de doscientos kilos. Es el pirarucú, *Arapaima gigas*. Hábitat: aquí, en el río Amazonas. Hoy en día tenemos el privilegio de poder ver mundos que antes eran inaccesibles para nosotros. El acuario de Medellín está cerca del jardín botánico. Es un día entre semana y está tranquilo. Doblemente tranquilo, por la ausencia de visitantes y por el silencio de los peces en su mundo sin ruido. No sé si habrá una relación entre el silencio y el color, pero aquí la intensidad del color es inversamente proporcional al silencio que reina en el agua transparente detrás de las paredes de cristal. Cuesta imaginar que son seres vivos esas criaturas que flotan ahí silenciosamente en su elemento: peces amarillos, morados, rayados, peces cuchillo, pirañas, asesinos, monjes meditando, armas letales y pacifistas, medusas de gelatina transparente, anémonas con aspecto de intestinos con bultos que se agitan suavemente, dedos extendidos, futuros corales del color de la sangre. Camino junto a esa corte silenciosa que hace reverencias en dirección al lugar donde se supone que vive el pirarucú. Su casa, la mayor, la comparte con otro par de lentos inquilinos que no se le parecen. Hay un árbol de raíces aéreas, estamos aquí en el mundo artificial del gran pez. Desde abajo se divisa la superficie del agua, una membrana que se mueve misteriosamente y que más adelante veré desde arriba, pero ahora todavía no. ¿Qué significa que un pez tenga 23 millones de años? Mejor dicho, este pez no tiene

23 millones de años, y, sin embargo, ¿por qué le atribuyo esta edad? Los animales se repiten a sí mismos. Tres mil o treinta mil años antes de Cristo el pirarucú tenía exactamente el mismo aspecto. ¿Por qué tengo yo la impresión de que este pez, que nada aquí delante de mí de un lado a otro, es consciente de ello? Él es anterior a Keops, Gilgamesh, Homero, Poseidón, anterior a todo cuanto nosotros, los tardones, llamamos antiguo. El pirarucú procede de una mitología distinta. La tribu del Uaiá conoce su historia. Este pez fue un guerrero castigado por los dioses, al que encontraron fulminado por un rayo que le había atravesado el corazón. Mientras aún estaba con vida, lo arrojaron al fondo del río, donde se transformó en un pez con grandes escamas. El ojo fogoso me mira cada vez que pasa por delante de mí, pero ¿me estará viendo de verdad? O quizá no sea yo para él más que una sombra de un mundo inexistente y no merezca la pena su atención. Cuando estoy en la planta superior, veo el agua desde arriba y debajo la sombra oscura del pez moviéndose de un lado a otro. El árbol, cuyas raíces he visto antes abajo, asoma aquí muy por encima del agua. El verde de sus hojas me devuelve a mi propio mundo. La superficie del agua, esa delicadísima separación entre el mundo de abajo y el de arriba es aquí de otro orden, encierra el silencioso universo de abajo, destruye el misterio, prohíbe el paso con su lento movimiento, y yo me quedo excluido, no soy sino un ser humano, no pertenezco a ese mundo. Más adelante, en un lugar de la Amazonia brasileña, me comeré el pez. Lo sentiré como un sacrilegio. ¿Macho? ¿Hembra? Sé que la hembra pone sus huevos en un nido al fondo del gran río y se ocupa de que salgan las crías. En cuanto estas nacen encuentran alimento y protección en la cabeza del padre. ¿Por qué se parece eso a una extraña religión? Mientras salgo del acuario y me adentro en el jardín botánico, pienso en las preguntas que le voy a hacer al dios del mar en mi próxima carta. ¿Gobierna él también los ríos? ¿Ríos como este, del tamaño de un mar? ¿Conoce a los dioses que castigaron al pirarucú? Y la pregunta más difícil: ¿qué edad tiene el propio dios? Pero ya sé yo que no recibiré respuesta.

## Llama

Es uno de los momentos más extraños del *Infierno* de Dante, donde todo es ya de por sí extraño y aterrador. Dante reflexiona. Se pregunta si será verdad que «Si del sueño del alba las ficciones son verdad». La versión neerlandesa, que leo al lado del texto italiano, es una traducción literal y obsoleta de 1940, a veces defectuosa y torpe, y por ello mismo de una curiosa eficacia, como si el polvo de setenta años que cubre las palabras simbolizara la antigüedad del propio texto. Estamos en el canto XXVI del *Infierno*, el penal de los consejeros fraudulentos. Dante pasea en compañía de Virgilio, su maestro y consejero, y ambos meditan sobre lo prohibido a propósito de una fantasía, un relato apócrifo acerca del último viaje de Ulises narrado en su día por Plinio. Se trata de una terrible quimera, en la que Ulises se adentra más allá de las fronteras del mundo conocido y no regresa. Con ello quebranta un mandamiento de Dios.

En cierta ocasión me encontraba yo en el punto más extremo al oeste de la isla de El Hierro, la parte más occidental de las Islas Canarias. La naturaleza y la humanidad habían unido sus fuerzas en aquel lugar: una puesta de sol espectacular, una cruz en la última roca, y, sobre uno de los brazos de la cruz, un cuervo que, igual que yo, oteaba en silencio el infinito mar bañado en rojo: una advertencia. Para el hombre del medievo aquello constituía el límite, hasta al propio Dios le estaba vedado continuar. Aquel que se atreviera a ir más allá caería de la tierra y desaparecería en la nada.

Apenas un par de siglos después de Dante, Colón partió de ese mismo punto. Por aquel entonces la fe, que se había tornado superstición, podía atravesarse como se atraviesa el mar para arribar a un nuevo mundo, igual que la filosofía y la astronomía habían conquistado nuevos territorios aun a riesgo de recalar en las ciénagas de la herejía, con el castigo de la pira para Giordano Bruno y el silencio humillante para Galileo, que tuvo que tragarse su razón.

Ignoro si Colón leyó a Dante ni si llegó a conocer la imagen que del mundo tenían el

poeta y sus contemporáneos: la tierra, habitada en una cuarta parte, limitada al oriente por el Ganges, mientras que la parte meridional y la mitad del hemisferio norte no eran nada más que mar. En la imaginación del poeta, frente al Jerusalén celeste, en medio de esa inconmensurable masa de agua del hemisferio sur, se alzaba el empinado monte Purgatorio. Fue aquí, según relata Dante, donde Ulises perdió la vida, pues a los seres humanos no les estaba permitido ver ese monte. En cualquier caso, Dante no es el narrador de ese episodio, sino que lo pone en boca de Ulises en su eterna caja mágica de poeta. Dante camina ahora por las rocas acompañado de su maestro Virgilio: «Y al recorrer la solitaria vía / por el escollo de quebrado suelo», y ve en la octava Bolsa un mar de llamas: «en el valle do vendimia y ara, / con tantas llamas vi resplandeciendo / [...]; tal cada llama abajo circulaba / sin que quedase el hurto manifiesto, / pues cada una a un pecador robaba»<sup>2</sup>. Cuando se acercan al fuego, logran distinguir cada llama por separado. Una de ellas presenta una forma especial, y entonces el poeta le pregunta al otro poeta, que es su guía en el infierno: «quién va dentro del fuego en dos partido / por cima, que recuerda al de la pira / que a Eteocles y a su hermano ha consumido». Y su maestro Virgilio responde: «arde y suspira / Ulises, con Diomedes; juntamente / sufren, pues compartieron igual ira». Dante, que conocía a Homero, pues ya se había topado con él anteriormente durante ese negro viaje, aunque probablemente no lo leyó entero, quiere oír lo que tiene que contar esa llama en cuya cresta flamean dos lenguas de fuego como dos cuernos. Virgilio le aconseja que no hable con los héroes griegos, pues Ulises y Diomedes son hombres poderosos que podrían despreciar a Dante y su extraña lengua. Así que toma la palabra el maestro Virgilio y la llama le responde: «Y de la antigua llama el más saliente / de los cuernos torciöse murmurando / cual llama que del viento se resiente; / luego se fue la punta meneando / como si fuese lengua y así hablara / y echó fuera la voz». Al leer estas palabras, debes retroceder un paso e imaginar que presencias la escena como un tercer personaje, de lo contrario resulta difícil entender el texto. Dos hombres, en un sendero rocoso del infierno, hablan con una llama. Esta les cuenta que ella junto con unos pocos compañeros, ya viejos y lentos, navegan con una sola nave por entre las columnas de Hércules, pasan junto a Marruecos y ponen rumbo a la tierra que hay detrás del sol, donde está el mundo deshabitado.

Pagarán cara su osadía. Por un momento parece como si fueran a alcanzar su objetivo. Ya divisan las estrellas del otro Polo y el monte prohibido, brumoso en la

distancia, de una altura que Ulises jamás había visto. Pero entonces se levanta el torbellino que acabará con sus vidas:

Nuestra alegría se convierte en llanto,  
pues de la nueva tierra un viento nace  
que del leño sacude el primer canto;  
con las aguas tres veces girar le hace  
y a la cuarta la popa es elevada,  
se hunde la proa –que a otro así le place–  
y nos cubre por fin la mar airada.

En el italiano de Dante, «otro», el poder divino, no lleva mayúscula inicial. Está claro que esta vez no fue Poseidón quien, movido por su sed de venganza, quiso impedir que Ulises regresara a casa con Penélope, sino el Dios anterior y posterior, ese Dios que, según Dante, hizo que Ulises se ahogara solo en el mar de Poseidón. Y así, al darle a la historia ese final tan trágico, Dante se carga de paso la obra maestra de Homero.

## Poseidón XXII

El juego de acertijos no cesa. A veces entro en un estado de confusión en el que me da por practicar lo que denomino piruetas mentales, lo cual consiste en saltar continuamente de un pensamiento a otro. Un defecto mío. Es otoño y la higuera que tengo enfrente de mi estudio ha perdido sus hojas, excepto unas cuantas grandes en la base del tronco. Hoy no hace viento, así que cuando veo moverse las hojas sé que está ahí la tortuga, no la grande, sino la pequeña, que reconozco por sus marcas. Es una tortuga de casta noble, con blasón. Ella, que me conoce, ha concluido que soy un sujeto inofensivo, a pesar de que he traspasado su territorio ilegalmente. Nada más verla, me acerco a ella y empiezan mis piruetas mentales. Por un instante, la tortuga levanta hacia mí su cabeza de viejo filósofo, y, deslumbrada por el sol, intenta calcular mi tamaño. Al parecer no la he decepcionado. Conozco esa expresión de su cara, un gesto de satisfacción motivado por el hecho de que, una vez más, Aquiles no ha conseguido adelantarla. Y entonces, dando un salto mental, me encuentro con Aquiles y con él llego de nuevo a ti, claro está, y a tu comportamiento deshonoroso en el campo de batalla frente a Troya. Pero me quedo con Aquiles, y así llego hasta el rey de España, a quien acaban de operar del talón de Aquiles. Últimamente veo al viejo Borbón cojeando y la compasión que me suscita es literal, porque yo también padezco una dolencia en el talón de Aquiles, ahí donde Tetis sostuvo a su hijo mortal cuando lo sumergía en el agua con el propósito de hacerle invulnerable. También a mí me entra con frecuencia un fuerte dolor en esa zona. Ya ves, los dioses seguís siendo nuestra eterna referencia. Pero ahora es cuando de verdad empiezan mis piruetas mentales, porque de pronto pienso que, si vosotros formarais una iglesia, Aquiles sería uno de mis santos y también Ulises, Atenea, Afrodita, Orión y Prometeo. Te sorprenderá tal vez que no te haya incluido en esta lista cuando el destinatario de mi escritura eres tú y no los otros. Sí, a mí también me sorprende, a eso me refería cuando mencioné lo del juego de acertijos. La única explicación que se me ocurre es que

probablemente mi interés por ti esté relacionado con el mar, con ese gran respeto y poder de atracción que los océanos me suscitan desde aquella vez en que, de joven, crucé el océano en una pequeña embarcación rumbo a Sudamérica. Éramos una tripulación de catorce hombres. En un barco pequeño se percibe mejor la infinitud del mar, es como si una fuerza tirara de la embarcación. Cuando de noche estás solo en la cubierta y miras fijamente el movimiento de las olas, la existencia se torna una infinita pregunta sin respuesta. Algo así será. Más adelante visité tus templos vacíos en el cabo Sunión y en Segesta, Sicilia. Envoltorios clásicos de extraordinaria belleza, poderosas columnas dóricas con el cielo como techumbre, donde la imaginación transforma el susurro de los árboles en voces humanas que tal vez aún hablen de ti o tal vez no. Y aquí, donde me encuentro ahora, tengo el mar y con él te tengo a ti siempre a mi alrededor. ¿He logrado así estar más cerca de ti? Creo que no, porque sigo buscándote. Cuanto más leo sobre ti, más identidades adoptas, normalmente no muy amables. Te descubro luchando con Atenea y Hera o recurriendo a un *tsunami* cuando algo no te complace. Eres un maestro en catástrofes. ¿Acaso es ese tu poder de atracción? Tu fuerza la siento aquí cuando el mar se embravece y arroja metros de furiosa espuma contra las rocas. Y entonces, cuando veo a lo lejos un barco de vela haciendo grandes esfuerzos por arribar a puerto, me acuerdo del astuto Ulises, ese mortal que siempre te vence pese a todo tu poder divino. Solo por eso es Ulises uno de mis santos. ¿Le tienes envidia? Sí, lo sé, él mató a uno de tus numerosos hijos porque de lo contrario le habrían matado a él, pero ¿acaso tiene que ser eterna tu sed de venganza? Gracias a la descripción que Homero hizo de la escena, yo puedo asistir siempre que quiero a aquella reunión de los dioses en la que Atenea intercede por Ulises ante Zeus. Ulises sigue retenido en las oscuras cuevas de la ninfa Calipso y todavía no puede regresar a casa como todos los demás, porque la ninfa, hija de Atlas, le ha hechizado para que se olvide de la isla. Pero él no hace más que soñar con poder ver Ítaca de nuevo, aunque solo sea el humo de una hoguera, y no ansía más que la muerte si no puede regresar. Oigo la respuesta del padre Zeus, que no se ha olvidado del divino y mortal Ulises. Mas tú, Poseidón, no le concedes la liberación de la muerte sino que quieres obligarlo a seguir viajando y condenarlo al destierro eterno. Sabemos cómo acabó la historia, no conseguiste tu propósito. Pero el misterio de tu ira prevalece y regresa con cada tormenta de invierno. En el cabo Artemisio encontraron una estatua tuya de bronce, al parecer de tamaño natural. Tu cuerpo desnudo se representa frontalmente, pero das la impresión de estar de lado, con la cabeza vuelta hacia la

izquierda, y con la mirada sigues la dirección de tu brazo izquierdo extendido en un gesto casi de súplica, como si quisieras aplacar la furia del mar. Es una escultura de una inmensa fuerza. Sin embargo, tu mano derecha no está extendida como la izquierda, sino ligeramente elevada en el vacío, y los dedos hacen un gesto elegante, casi femenino. ¿Reside tu misterio en este gesto?

## Colegas

Una cabeza de vaca con forma de feto de un blanco rosado, sin ojos; los cuernos del mismo material terso, como de plástico. Donde debería de haber un ojo hay una sombra oscura y debajo de esta, donde imaginarías un hombro, un único ojo. Un traje de baile de mucho vuelo, también rosado, pende vaporoso sobre unas cuantas líneas gruesas que, cuando asoman por debajo de la falda transparente, resultan ser unos tentáculos. La criatura baila sola en el más severo salón de baile. El movimiento le otorga un aire de elegancia y de infinita ligereza. Las paredes del salón de baile son la negrura del fondo del mar y la luz que ilumina la oscuridad procede seguramente de la cámara que ha retratado al animal en su mundo sin luz. Un pulpo de extraordinaria belleza.

*Stauroteuthis syrtensis*. La criatura lo ignora, pero ese es su nombre. Vive bajo las olas, a dos kilómetros y medio de profundidad, donde no penetra la luz. Para desplazarse usa sus aletas que recuerdan las orejas de un elefante. O bien se contrae y expande bombeando agua con su traje de baile y se mueve así por el silencio omnipresente. Nosotros los hombres no guardamos parecido alguno con el pulpo, pero tenemos con él en común que existimos y que debemos alimentarnos. Ignoro cómo nos describiría él a nosotros.

Dos nalgas como la vejiga tensada de un puerco. En el centro una elegante vulva doble que no lo es, de piel azulada, y detrás de esta la sombra de un embrión rosado que tampoco lo es. Redondeces perfectas, por lo demás ningún punto de conexión entre las partes. *Chaetopterus pugaporcinus*, el gusano «trasero de puerco». También este se mueve por la oscuridad sin hacer ruido alguno. Se alimenta inflamando una bola de saliva que reúne partículas orgánicas sobre su superficie. Le echo otro vistazo a la perfecta redondez azulada de esos dos globos, el blanco vaho de los puntos fugaces, en el centro ese pliegue rosado maravillosamente simétrico de una mujer sin mujer. Aquí nada es lo que parece, pero también esta criatura se alimenta para vivir.

Una voracidad inimaginable en un pez de veinte centímetros que casi consiste solamente en una cabeza. Una bolsa azul arrugada y mal doblada, de un tejido de pésima confección, encima de la cual asoma la cabeza. Debajo de esta una protuberancia maligna, la boca abierta sobre el fondo de una negrura sin matices, los dientes blancos y afilados como puñales dirigidos hacia dentro, otro puñal con una punta luminosa entre los ojos azules luminiscentes. También esta criatura es una hembra. *Melanocetus johnsonii*. No le gusta el movimiento, así elude a los enemigos. Los pequeños machos espectrales se mantienen toda la vida al lado de las hembras y luego se disuelven gradualmente en el tejido de sus cuerpos femeninos hasta que no queda nada de ellos: una moralidad. El rape negro habita entre los cien y los cuatro mil metros de profundidad. Ahí abajo, según el biólogo Monod, hace frío, imperan la oscuridad y el hambre. Bocas, tentáculos, flechas en abanico, alas con dientes, membranas con ganchos de marfil, camufladas o transparentes. En el frío gélido espera, caza y se alimenta el pandemonio de El Bosco, la corte del dios del mar. Él no creó a esas criaturas pero seguro que las conoce a todas.

## Piedra

El poder de atracción que ejercen ciertos objetos, sobre todo cuando carecen de valor objetivo, resulta a veces inexplicable. Estamos hablando de algo que, para mayor comodidad, llamaré piedra, aunque no lo sea. Con todo, si yo le arrojara a alguien mi piedra, que no es una piedra, y le alcanzara, esa persona aseguraría que yo le he lanzado una piedra. Sucedió en Buenos Aires, en una tarde lluviosa. Me dijeron que no muy lejos del centro había un parque natural a orillas del Río de la Plata. En la entrada había un rótulo que advertía que el parque estaba cerrado, pero la puerta de entrada estaba entornada y yo entré. De pronto la ciudad había quedado muy lejos, yo caminaba por un terreno parecido a una laguna con plantas marrones que sobresalían del agua oscura. Durante un rato no vi a nadie, pero media hora después descubrí a un hombre con un chubasquero sentado en un banco debajo de un árbol. Le pregunté dónde estaba el río y me indicó el camino, un sendero ancho lleno de piedras del color del cieno. En cierta ocasión visité un cementerio en Montevideo al otro lado del río, que ahí es tan abierto y ancho que es imposible ver la otra orilla, y en aquel lugar estuve pensando en las personas que durante la dictadura fueron arrojadas desde los aviones. Nada de esa tragedia se apreciaba y sin embargo era una realidad presente. Ausencia, presencia. Puede que esta fuera la razón por la que quise ver el río, por su evocación del mar y de su gran vacío. La lluvia arreció, lo que hizo que el paseo tuviera algo de ejercicio espiritual, de sacrificio que era necesario realizar y que concluiría con una recompensa, con una imagen. Reinaba el silencio. El ritmo de mis pies, un reloj sin números. Vi pájaros marrones cuyo nombre desconocía, sobre mi cabeza viajaban nubes de color de cinc y plomo como si me acompañaran en el camino y juntos llegamos al río, que era tan ancho como había esperado y me hablaba de su origen. Encontré una pendiente sobre la que el agua había dejado de todo: ramas, tocones, un pez muerto, botellas de plástico vacías, piedras. Y entre todas esas cosas, mi piedra. La distinguí enseguida por el color

rojo, aunque el rojo no era su único color. En realidad era como la insignia de un regimiento desconocido hecha piedra: rojo, gris claro, rojo. La recogí, era ligera y pequeña en mi mano. Por un momento cesó la lluvia y entre las nubes asomó algo parecido a un agujero hecho de luz. La piedra brillaba un poco porque estaba húmeda. Entonces pude verla mejor y entender la forma que le había dado el río. Su rojo era el de la *terra-cotta*, «tierra cocida», el rojo de dos ladrillos unidos con cemento. En algún momento, la piedra que había sido un trozo de pared fue a parar al agua, luego se fue desgastando lentamente, y yo la escogí para que me acompañara en mi viaje. La tengo aquí ahora, en el lugar en que estoy escribiendo, en España. Inútil, insignificante, necesaria. Las piedras y las conchas me sirven para hacer míos los espacios. No sé decirlo de otra manera. Una habitación de hotel anónima se convierte en mi habitación gracias a una piedra o concha que he elegido para ese propósito. Se trata de un amuleto, un fetiche que debe cumplir dos condiciones: ser insignificante, carecer de valor y poseer una belleza imperceptible para los demás. Tomo la piedra en mi mano. La siento seca y fresca. Entre la piedra y yo existe una relación de fidelidad ejemplar. Cuando escribo siempre está a mi lado. Hoy salgo de viaje y, cuando regrese, dentro de un par de semanas, la piedra seguirá aquí. No sé si ella recordará la casa a la que perteneció. Todo lo que sé es que ella estaba ahí un día de mucha lluvia, roja y húmeda, en la orilla de un ancho río que se dirigía al mar.

## Poseidón XXIII

Esta será la última carta. El invierno ha llegado a mi isla. Cuando salgo de casa, siento el viento frío procedente del mar. Grandes flotas de nubes, oscuras como la noche, surcan el cielo. El viento agita los olivos silvestres que rodean mi casa. En la antigua lengua griega de *Rhodos*, esos árboles se llamaban *elaios* y servían para espantar a los malos espíritus. El burro de los vecinos recrimina al mundo con sus rebuznos. Es la hora de los búhos y de los alcaravanes, cuando todas las criaturas privadas de palabras quieren hablar. Estos últimos años he estado enfrascado en la ficción que tú eres, pues qué otra cosa sois los dioses sino un sueño, una ficción, la respuesta a las preguntas sin respuesta que nos constituyen. Os dotamos de atributos para poder reconoceros. Quisimos crearos a nuestra imagen y semejanza para poder formar parte de la ficción. Participamos en el juego, os hicimos ofrendas, os dirigimos súplicas. Incluso llegamos a preguntarnos si no éramos nosotros una ficción para vosotros, si no éramos vuestra sombra y reflejo en nuestro eterno juego de llegadas y despedidas, de prosperidad y destrucción, nosotros que, al igual que vosotros, no cambiamos nunca. No me importa si en algún momento te has reído de mí. Conozco mi sitio. Vosotros procedéis de una época anterior a la escritura, sois símbolos de una realidad anterior a la historia, cuando las mujeres aún tenían poder y elegían para su lecho a los reyes que, tras un fugaz año de servicio, eran liquidados, arrojados al mar desde las rocas o desmembrados. En vuestras historias se perciben los sonidos de fondo de las migraciones de los pueblos, de las luchas por la hegemonía entre territorios e islas, entre hombres y mujeres. Llegasteis de Oriente, mudando de aspecto una y otra vez, siempre a imagen y semejanza de los hombres que os precedían y que vosotros inventasteis para comprender el mundo, hasta que llegó el momento en que nosotros comprendimos que todo era un sueño, un poema que parecía referirse a vosotros pero que, en realidad, durante todo ese tiempo, solo se había referido a nosotros. Y cuando vosotros dejasteis de hablar, nosotros no cesamos de interrogaros.

Hallamos miles y miles de respuestas sobre las cosas más pequeñas y las más grandes, sobre lo visible y lo invisible. Dentro de poco seremos capaces de viajar a los planetas que llevan vuestros nombres, pues no hemos renunciado a buscar esa respuesta que todavía se nos escapa. A veces, en un arrebatado de nostalgia, aún contemplamos vuestras imágenes, que son la representación de nuestras ansias de poder e inmortalidad, de nuestra necesidad de protección en las grandes salas vacías sin suelo del universo. Tú nunca has respondido a mis cartas, ni falta que ha hecho. Cuando estoy frente al mar, te oigo hablar con tus mil voces. A veces gritas y estallas en una carcajada que se burla de todas mis preguntas. Algunas noches eres un espejo en el que se contemplan las estrellas y guardas un silencio absoluto. Siento entonces como si quisieras decirme algo, pero nunca lo haces. Sí, sé muy bien que estas cartas que he escrito no tienen destinatario. Pero ¿y si mañana me encontrara un tridente en las rocas?

*San Luis, julio de 2008-Hofgut Missen, 2 de junio de 2012*

## **Notas e imágenes**

# POSEIDON

am Viktualienmarkt



**Der Spezialist für  
Meeresfische und Meeresfrüchte  
Degustation  
Gaby & Pierre Mergen  
Westenriederstr. 13 · Telefon 089 / 29 92 96**

## POSEIDÓN I



2

*Los doce dioses olímpicos*, relieve de principios del siglo V. Según dicen, de Tarento.

## BODA CON UN SOMBRERO

*La Dépêche*, 25-VII-2008.

## ASEDIO

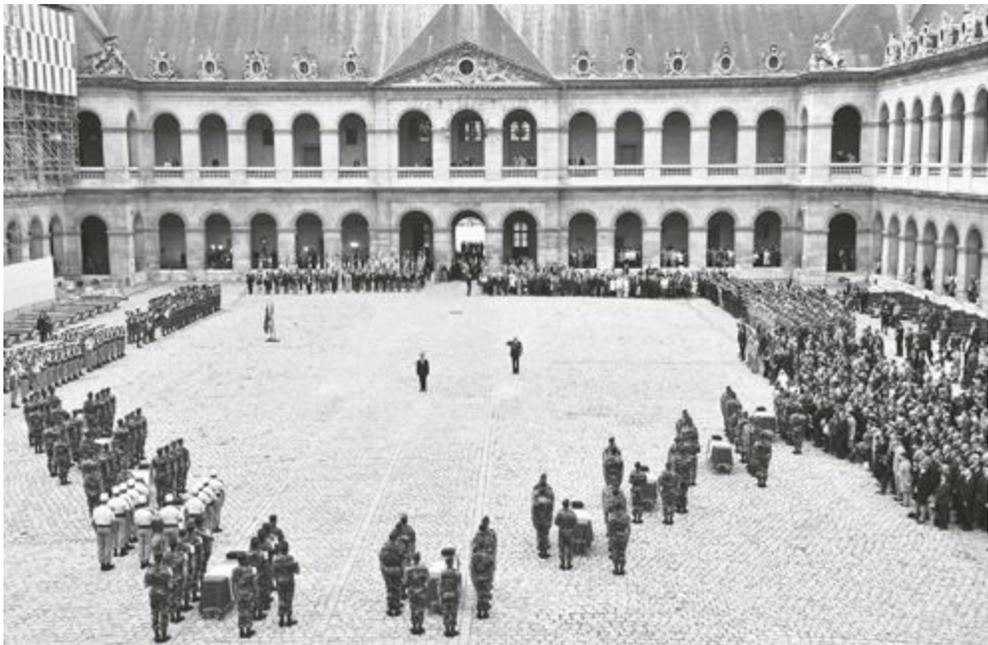
Pieter Snayers (1592-1667), pintor flamenco, discípulo de Sebastian Vrancx. Famoso por su maestría para pintar batallas con gran sentido del detalle, escenas bellísimas en las que además se respeta la topografía. En su repertorio se incluyen también dibujos de guerra más pequeños, pinturas de combates entre caballeros y escenas de caza.



3

Pieter Snayers, *Asedio de Aire-sur-la-Lys*, 1653, Museo Nacional del Prado, Madrid.

## INVALIDES



4

*Le Monde* transmitió *online* el 21-VIII-2008 las honras fúnebres por los soldados franceses caídos en Afganistán.

### POSEIDÓN III

Franz Kafka, «Poseidon», *Verzameld werk*, Em. Querido's Uitgeverij bv, Ámsterdam 1987 [«Poseidón», en *La muralla china*, Alianza Editorial, Madrid 1983].

### RÍO



5

### CHALLENGER



6



Lindau, Plaza del Mercado.

### POSEIDÓN IV

*Un punto solo m'è maggior letargo,  
che venticinque secoli allai impresa  
che fé Nettuno ammirar l'ombra d'Argo.*

Dante, *Divina Commedia: Paradiso*, canto XXXIII

[Un punto solo me es mayor letargo  
que veinticinco siglos a la ardida  
empresa, que admiró a Neptuno, de Argo.]

(trad. de Ángel Crespo)

### ASCLEPIAS

François-René de Chateaubriand, *Mémoires d'outre-tombe*, Classiques Garnier  
Multimédia, Classiques Garnier, París 1998 [*Memorias de ultratumba*, Acantilado,  
Barcelona 2004].

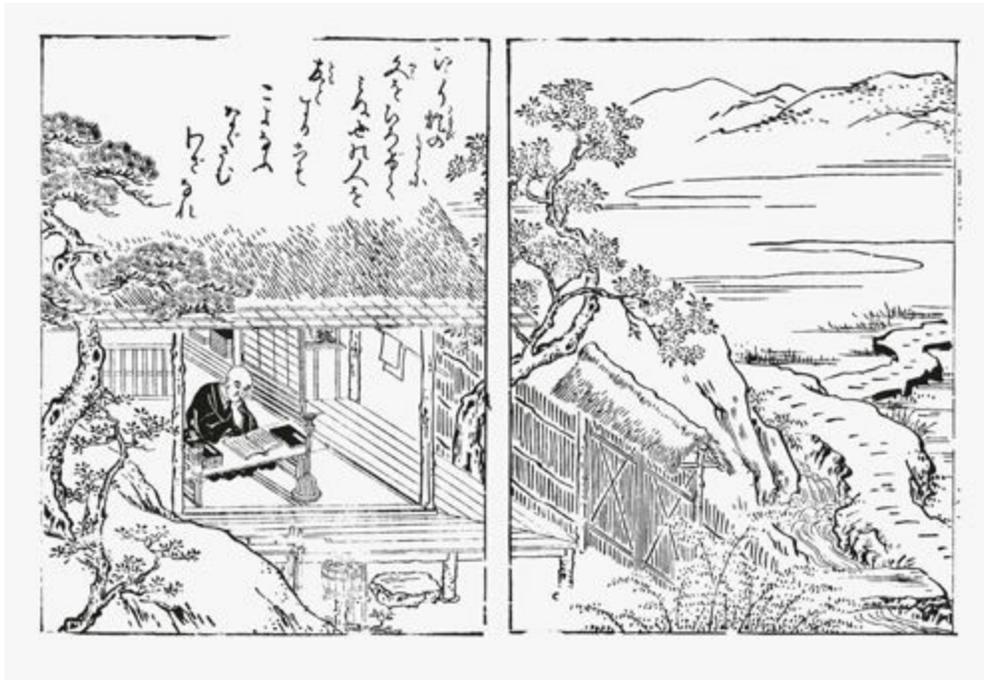
### CAMIÓN



8

El artículo se publicó en *The Times* el 31-VIII-2009. Más adelante, otros periódicos ofrecieron una versión distinta de la noticia, pero el misterio sigue sin resolverse.

## KENKŌ



9

Yoshida Kenkō (se cree que vivió aproximadamente entre 1283 y 1350). Debe de ser estupendo haber nacido y muerto aproximadamente en una fecha para flotar así un poco

en el tiempo). Kenkō fue cortesano, poeta y monje, una combinación irresistible. Renunció a su cargo en la corte de Kioto tras la muerte del emperador Go-Uda e ingresó en un monasterio budista. Eso en Japón era (y es) más normal que en nuestro mundo. La famosa *Historia de Genji*, del año 1000, está llena de hombres y mujeres de la aristocracia que se retiran a un monasterio, a veces mucho antes del final de sus vidas. La colección de ensayos de Kenkō, *Tsurezuregusa* (*Tsurezuregusa. Ocurrencias de un ocioso*) es un clásico de la literatura japonesa. El libro consta de 243 textos, normalmente breves o muy breves, y meditaciones sobre la brevedad de la vida, la muerte y el placer de la soledad.

El dibujo que aquí aparece es de Nishikawa Sukenobu (1671-1750), un maestro en los *ukiyo-e* («pinturas del mundo flotante»), xilografías coloreadas que desde el siglo XVII hasta el XX fueron muy populares en Japón y hoy siguen siendo un objeto codiciado para coleccionistas. Su especialidad eran las xilografías, retratos y pinturas de artistas y de mujeres de variada procedencia. El hecho no deja de ser asombroso: dos artistas colaborando por encima de un precipicio de varios siglos.

*Essays in Idleness. The Tsurezuregusa of Kenkō*, traducido por Donald Keene, Charles E. Tuttle Co. Publishers, Tokio 1981/1997 [*Tsurezuregusa. Ocurrencias de un ocioso*, Hiperión, Madrid 2009].

## POSEIDÓN VI

Hace unos años asistí en Carnegie Hall a un concierto de uno de mis compositores favoritos, Elliott Carter, quien entonces estaba a punto de cumplir los cien años y así lo hizo. Por lo que yo sé, Carter sigue componiendo y se le considera el más veterano entre los compositores americanos contemporáneos.

Inspirado por Igor Stravinski y Charles Ives, Carter vivió en 1950 un año entero en el desierto de Arizona para desprenderse allí del neoclasicismo y encontrar su propio lenguaje musical que, comparado con el de su obra anterior, era más brusco, más complejo y sin temor a las disonancias. Tenía casi noventa años cuando escribió su primera ópera, *What Next*.

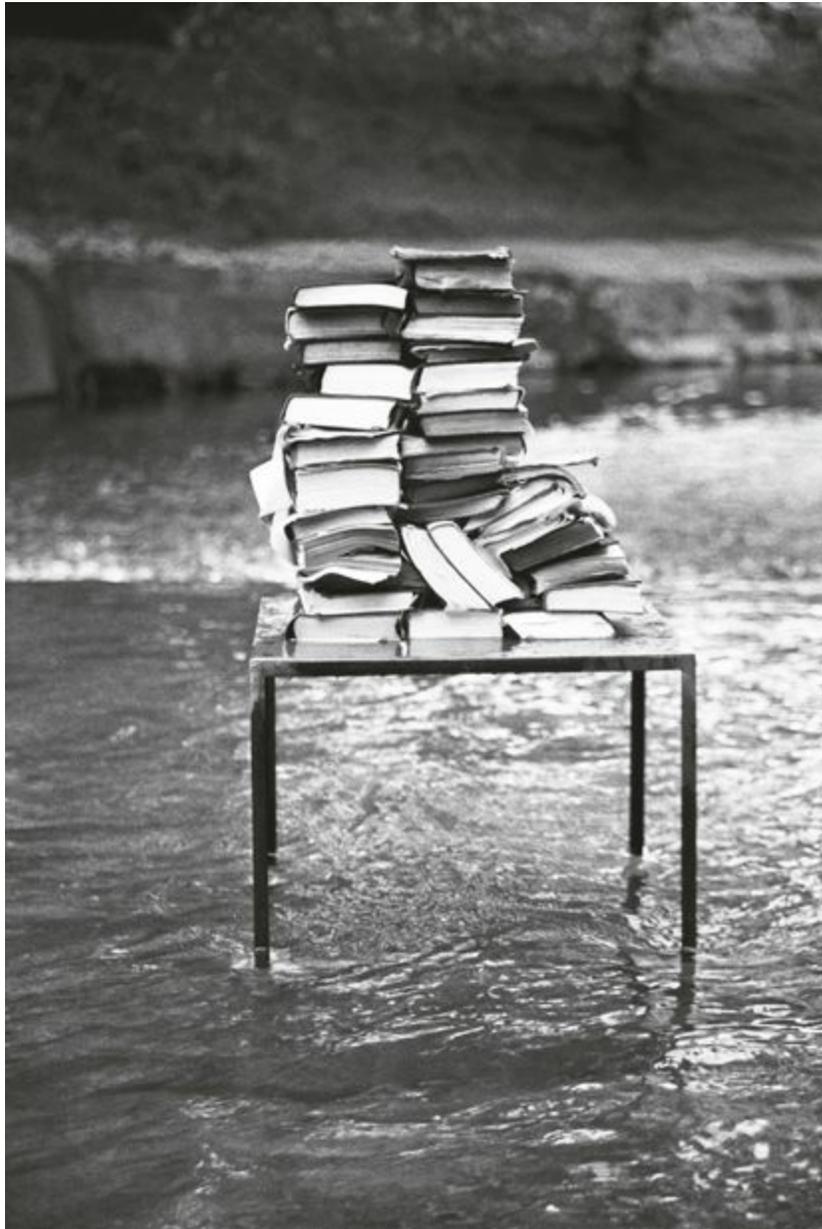
*Scrivo in Vento* (Escribo en el viento) es una composición para flauta. Dedicada al

flautista Robert Aitken, la pieza se interpretó por primera vez en Aviñón en 1991. El título procede de un poema de Petrarca que vivió largo tiempo en Aviñón y sus alrededores.

### INFANTICIDIO

Artículo en el *Schwäbische Zeitung* del 11-I-2011. El asesino es Miroslav Maletic, de veinticinco años, con antecedentes penales. «El niño de seis años seguramente tuvo que ver cómo su hermano era asesinado a golpes.»

### LIBROS



10

Fotografía de Max Mettler, publicada en *Roman Signer*, Bücher, Gebrüder König Postkartenverlag, Colonia 1984.

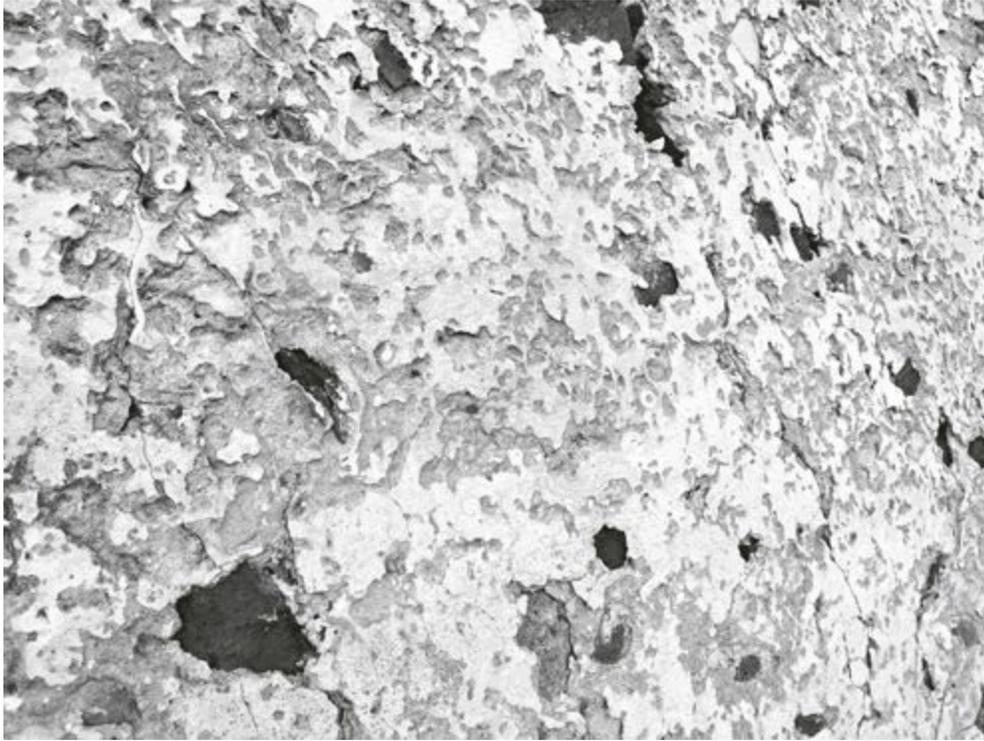
POSEIDÓN VII



11

Francisco de Goya, *Saturno devorando a un hijo*, 1820-1823, Museo Nacional del Prado, Madrid.

MURO



12

### MANCHA

La película de Ingmar Bergman se titula en neerlandés *De Avondmaalsgasten* (1963) [*Los comulgantes* o *Luz de invierno*. (N. de la T.)].

### POSEIDÓN VIII

También Pascal estaba familiarizado con la idea de Dios como esfera. Recomiendo a quien desee más información sobre esto que consulte a Borges, que trata el tema extensamente en su ensayo «La esfera de Pascal» [Jorge Luis Borges, *Otras inquisiciones*, Alianza Editorial, Madrid 1995].

## HÖLDERLIN



13

*Friedrich Hölderlin*, dibujo a lápiz de Rudolf Lohbauer y Johann Georg Schreiner, 1823, con una nota de Eduard Mörike.

Friedrich Hölderlin, *Der Sommer*, en *Friedrich Hölderlin, Sämtliche Werke in 6 Bänden*, Band 2, hrsg. von Friedrich Beißner, Cotta, Stuttgart 1953.

CUADRO



14

Peter Paul Rubens, *Neptuno y Anfítrite*, ca. 1615, Gemäldegalerie der Staatlichen Museen de Berlín.

El cuadro desapareció durante la Segunda Guerra Mundial.

Adriaen Brouwer (1605-1638), pintor flamenco, influido por Pieter Bruegel y Frans Hals, como se ve en la manera en que retrata una pelea en una taberna (Bruegel) y su increíble pericia técnica en el uso de la luz y los contrastes entre colores oscuros de tierra y toda clase de matices del gris (Frans Hals). Más adelante, en su breve vida, pintó paisajes de atardeceres iluminados por la vaga luz de la luna con criaturas humanas que parecen entregadas a una naturaleza hostil, a veces maligna. En realidad no es de extrañar que Brouwer fuera el pintor favorito de Beckett. Algunas de las obras de Beckett hubieran encajado perfectamente en uno de esos paisajes de Brouwer, unos paisajes que además podrían haber sido los de su propio país.

Erika Tophoven, *Becketts Berlin*, Nicolaische Verlagsbuchhandlung, Berlín 2005.



15

Adriaen Brouwer, *Paisaje con jugadores de pelota*, 1635-1637, Gemäldegalerie der Staatlichen Museen de Berlín.

### POSEIDÓN IX

Cicerón, *De natura deorum*, traducción al neerlandés (*De Goden*) de Vincent Hunink, Athenaeum-Polak&Van Gennepe, Ámsterdam 1993 [*Sobre la naturaleza de los dioses*, Gredos, Madrid 1999].

Platón, *Cratylus*, traducción al inglés de H. N. Fowler, Loeb Classical Library, Harvard University Press, Cambridge 1926, edición revisada de 1939; traducción al neerlandés de Mario Molegraaf en *Plato, Verzameld werk*, XIII, Bert Bakker, Ámsterdam 2005 [Platón, *Diálogos*, vol. II, *Crátilo*, Gredos, Madrid 2011].

### ORIÓN



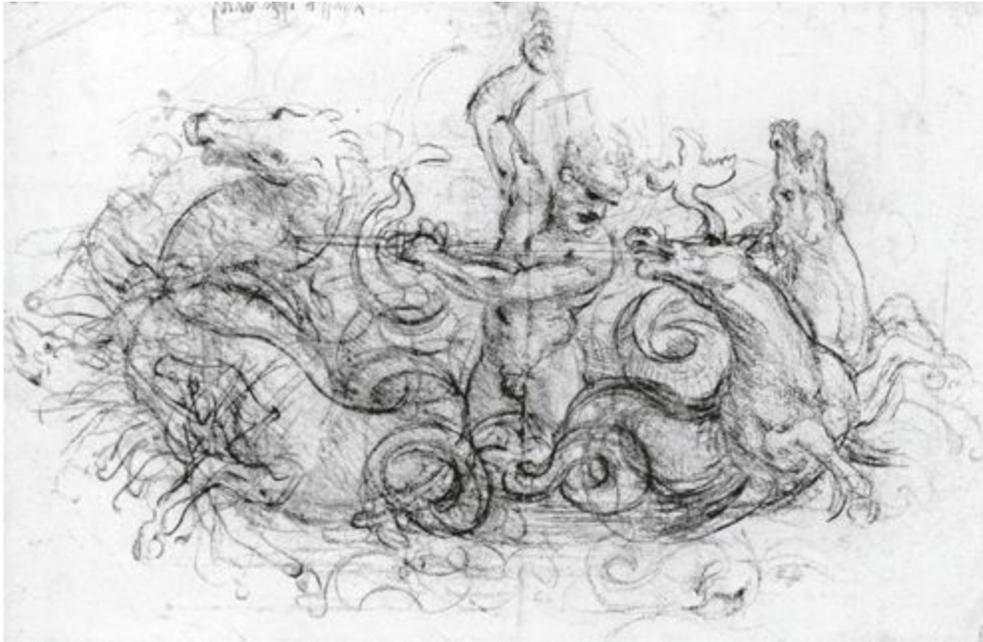
16

PASTORAL

167

Este texto fue escrito en Missen, en el sur profundo de Alemania, en medio de los bosques y prados del Allgäu, en un día de esos en que empieza el deshielo, la nieve se torna gris y se funde entregando la tierra de nuevo a la luz del sol y los pájaros.

## POSEIDÓN X



17

Leonardo da Vinci, *Neptuno*, ca. 1504, The Royal Collection, Inglaterra.

Más adelante descubrí que el Neptuno de Leonardo da Vinci no es un dibujo a lápiz sino a carboncillo negro.

Helen Scales, *Poseidon's Steed. The Story of Seahorses, from Myth to Reality*, Gotham Books, Penguin, Nueva York 2009.

## CONVERSACIÓN

Napoleón y Talleyrand hablando sobre Madame de Staël. Talleyrand le debió a De Staël su nombramiento como ministro de Asuntos Exteriores durante el Directorio. Que luego continuara en el cargo bajo Napoleón y más tarde también bajo Luis XVIII se lo debió más bien a su personalidad indestructible.

Franz Blei, *Talleyrand oder der Zynismus*, Rowohlt, Berlín 1932.

AGAVE



18

POSEIDÓN XI



19

*Sbarco dal Bucintoro del doge Sebastiano Ziano al Convento della Carità, miniatura italiana anónima, siglo XVI.*

## EL TESTIGO



20

Durante la primavera árabe en enero y febrero de 2011 también se llegó a saquear el

Museo Egipcio de El Cairo. *De Volkskrant*, 3-II-2011.

## POSEIDÓN XII

Esta carta me la inspiró un artículo de Patrick Leigh Fermor aparecido en *The Times Literary Supplement* el 14-X-1977 sobre la obra de Edmund Keeley: *Cavafy's Alexandria: Study of a Myth in Progress* (Harvard University Press, 1976). Decía lo siguiente: «El fin de Atenas en la batalla de Queronea solía ser la señal para los estudiantes de griego de guardar sus libros con una cita de Milton y un suspiro». Más adelante, en el mismo artículo, vincula la fatal caída de Atenas con otras batallas, pero Queronea me había llevado ya a Polibio, libro XVIII, capítulo 14, con su historia de Demóstenes y la traición y todo lo que ello significó en la obra de Kavafis.

Polibio (ca. 200-120 a. C.), historiador y filósofo griego, cuya fama se debe sobre todo a su obra más importante, las *Historias* [3 vols., Gredos, Madrid 1991, 2003], una descripción de la época entre la primera guerra púnica y la destrucción de Cartago y Corinto. En mi novela *El día de todas las almas* cito una frase de Polibio que encontré en algún lado. Eso me llevó a contactar con el doctor Wolther Kassies, filólogo en lenguas clásicas, el traductor al neerlandés de la obra de Polibio, lo cual tuvo para mí como consecuencia no solo una correspondencia interesantísima con el erudito, sino también un acercamiento a la obra del propio Polibio. Sus textos me parecían una especie de periódico de mármol: legaciones, asedios, negociaciones, guerra, todo cuanto ya conocemos, con una sola diferencia, el factor tiempo, porque las noticias que venían de territorios lejanos tardaban infinitamente en llegar a la capital o desde esta a los actores en el lugar de negociación, con todas las incertidumbres que eso implicaba. Y, sin embargo, a pesar de esos largos vacíos en la comunicación entre las partes, en esencia nada parece haber cambiado desde entonces y la lectura de Polibio sigue siendo fascinante.

*Polibio, Wereldgeschiedenis* I, II, traducido por Wolther Kassies, Athenaeum-Polak&Van Genneep, Ámsterdam 2007.

## SILLA

Aeropuerto de Gimpo, Seúl, Corea del Sur.

## BURROS



21

El placer de los nombres extraños y los sucesos inesperados. En septiembre de 2010 me encuentro en Seúl, en tránsito de Pekín a Kioto. Es una tarde de llovizna, y aunque creo que estoy buscando el anejo Gyeonghuigung del Seoul Museum of Art, todavía no sé que en realidad estoy de camino al Palacio de los Papas de Aviñón. Lo que sí sé es que se está celebrando una bienal de Media Art y que me apetece visitarla.

En la calle Seosomunro he salido del silencioso metro, he encontrado el camino al Saemunangil y me encuentro ahora en los edificios anejos del museo. Sin darme cuenta, me he metido en una sala grande y silenciosa presidida por unas cuantas pantallas y oigo los pasos de los burros sobre los suelos medievales de piedra del palacio de los papas franceses. Instantes como este, tan inesperados, son la sal de la vida. No hay muchos visitantes, sus pasos desaparecen bajo la carrera de los burros. Al cabo de un rato he olvidado la ambigüedad de la situación –un viaje dentro de un viaje– y más tarde leo una información sobre Douglas Gordon y sobre el cómo y el porqué de las imágenes que he visto. Gordon es un artista de Glasgow (1966) a quien le gusta «manipular la duración de ciertas escenas de películas conocidas con el objeto de poner boca arriba la estructura de la película». Manipular el tiempo, descubrir intrigas, eso siempre es bueno.

Pero yo veo otra cosa. Los burros constituían un tabú en la Edad Media, eran el símbolo de «la ignorancia, la pereza, la desmesura, mientras que en muchos relatos populares aparecen como animales graciosos y amables». Según el programa de la bienal, el artista pretendía mostrar la ambigüedad de los juicios sobre el bien y el mal. A mí no me suele importar mucho lo que se dice de las obras de arte ni la supuesta intención que hay detrás de las mismas. Yo, lejos de casa, vi corretear unos enterneadores burros en un palacio y eso me evadió por un momento de mi realidad, un sueño de tarde, y por ello una forma de trascendencia.

El título de la instalación de vídeo, *Travail with my Donkeys*, es naturalmente una alusión al libro de Robert Louis Stevenson sobre el viaje con su burro (en singular): *Travels with a Donkey in the Cevennes*.

## JARDÍN

Daituko-ji fue fundado en 1315 por Akamatsu Norimura para el famoso maestro zen Myōchō. Los edificios que se ven ahora datan de los siglos XVI y XVII. En el interior de ese gran complejo está el Ryogen-in, al que pertenece este jardín, un subtemplo. El complejo parece infinito, puedes deambular por ahí durante horas.

## POSEIDÓN XIII



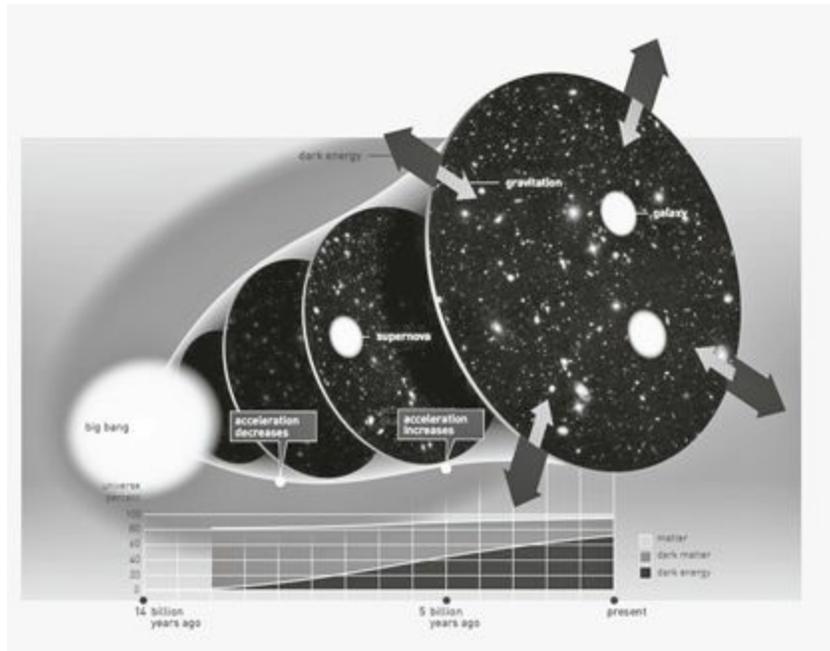
22

*Menorca: 40 Paisatges personals*, Pere Fraga y Francesc Xavier Roig (eds.) Institut d'Estudis Baleàrics, Mahón 2011, págs. 109-113.

Duncan Ackery, *Living in the Mediterranean*; «a small land mass of limestone and Devonian rock».

*Enciclopèdia de Menorca*, t. I, *Geografia física*, Obra Cultural Balear, Mahón 1981.

LUNA DE SANGRE



23

La palabra «luna de sangre» la encontré en el *Calendario de jardinería 2011*, el 12 de octubre, con el siguiente texto: «La luna llena, según el calendario lunar, es la luna de cazador o la luna de sangre. Tras completar la recogida de las últimas cosechas, se abría la temporada de caza y se sacrificaban los animales para las provisiones de invierno. La luna llena se comporta igual que la luna de cosecha al pender sobre el horizonte justo después de la puesta de sol».

Los datos de mi texto proceden de un artículo publicado en *El País* cuyo autor es Álvaro de Rújula: *Premios Nobel de Ciencias 2011, Con Galaxias a lo loco, La aceleración de la expansión del universo* (Madrid, 12-X-2011).

La idea de que las galaxias van a lo loco es bastante inquietante.

HOMBRE

Escrito en Kioto, otoño de 2010.

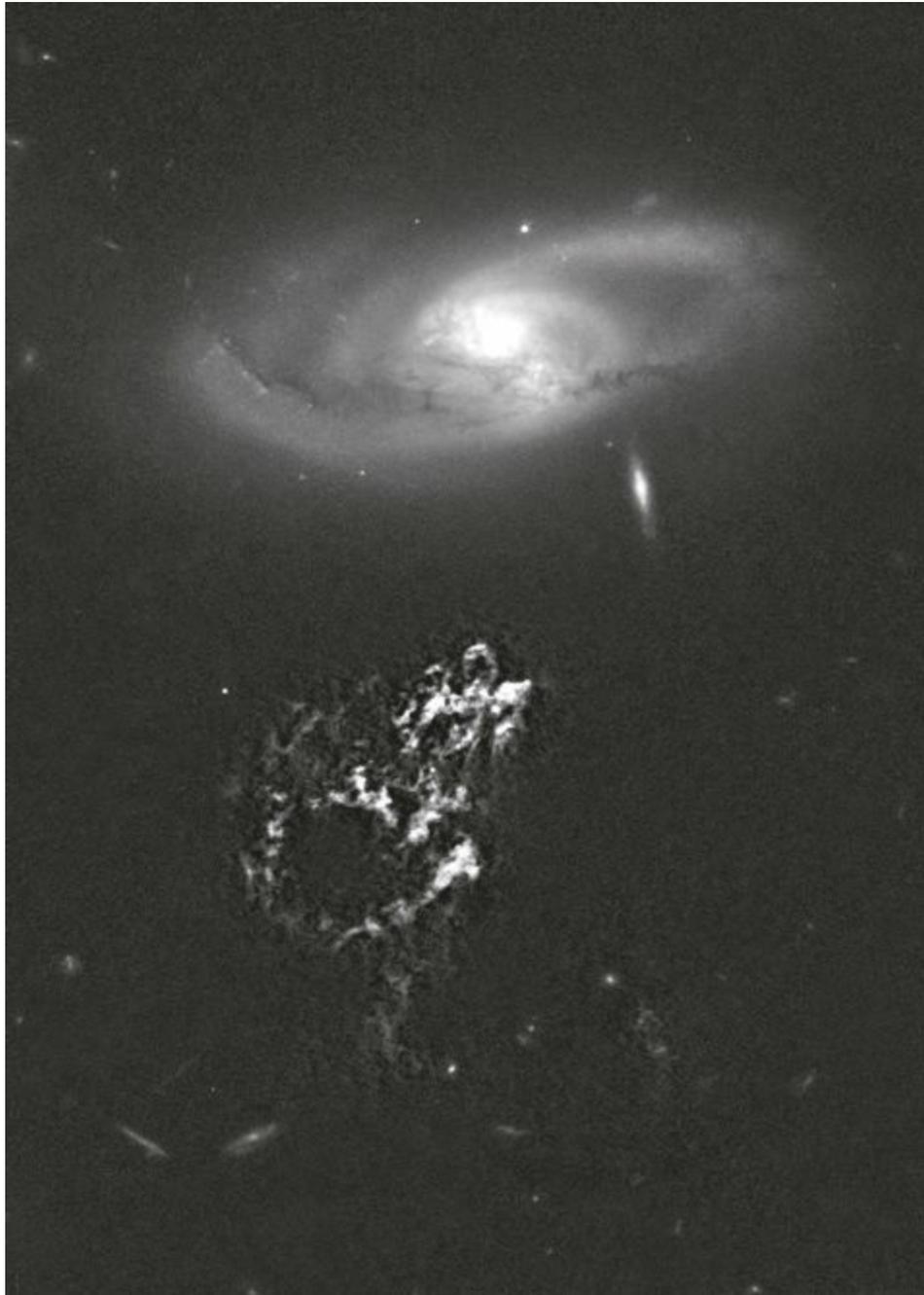
SUPERFICIE DEL AGUA



24

*La salvación de Pedro, Códice Egbert, ca. 980, Reichenau, Stadtbibliothek Trier.*

VERDE



25

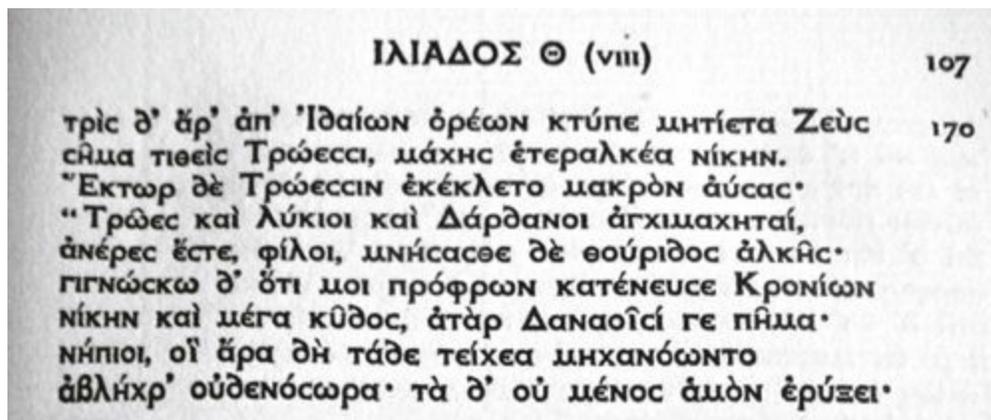
La noticia sobre el objeto de Hanny se publicó en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (n.º 9, enero de 2011). Curiosamente, en el artículo en alemán no se traduce la palabra objeto, que en neerlandés es *voorwerp* y de esta manera, según la receta mitológica, Hanny cambia de género. Es su *Gegenstand* (objeto en alemán) que en lo más profundo del universo proyecta la luz verde. Los días siguientes a la publicación de la noticia, el descubrimiento mereció un gran reconocimiento científico en todo el mundo, pero en Holanda se abrió el pozo negro de internet. La chusma que lo habita empezó a animarse

con el hecho de que fuera una mujer la que hubiese descubierto algo importante. Lo del «objeto» apelaba a una triste falta de imaginación: que si consoladores, juegos de palabras, infantilidades, en suma, una mirada en la sección del lodo contemporáneo.

## POSEIDÓN XV



26



27

Antigua edición de la *Iliada*, The Parnassus Library of Greek and Latin Texts, Macmillan and Co., Londres/Nueva York 1897.

Homero, *Iliada*, cantos XX y XXI.

### BAL DES AMBASSADEURS



28

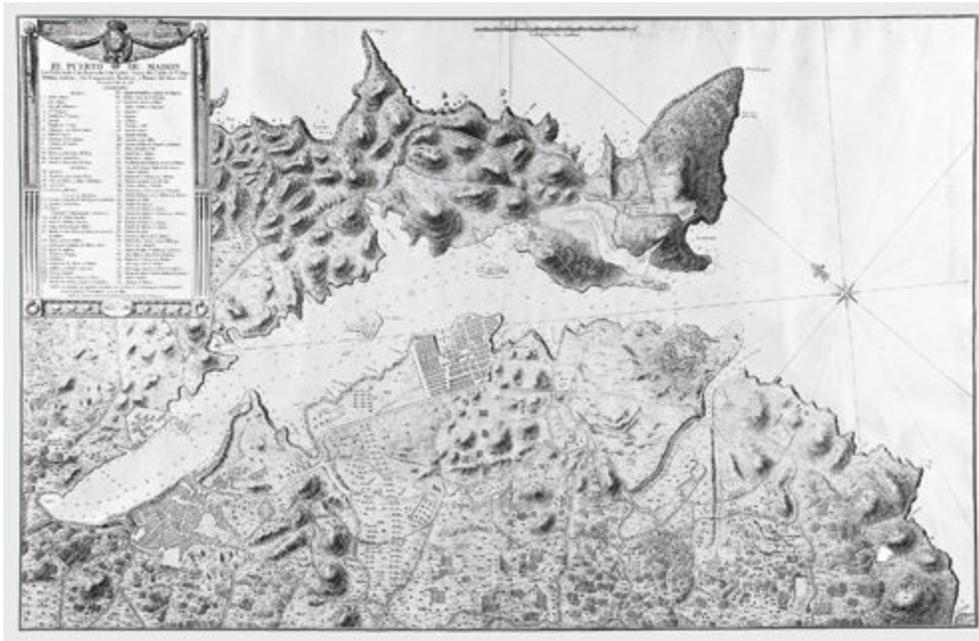
El mercadillo más bonito de Buenos Aires está en San Telmo. Ahí encontré no solo números antiguos de la famosa revista literaria *Sur*, sino también un número sorprendente de 1944, con traducciones de Borges (¡ya entonces!) de poemas de Wallace Stevens y e. e. cummings. Y también esta postal amarillenta de un baile de embajadores justo antes de estallar la guerra que separaría a todas esas señoras y caballeros entregados felizmente al baile de salón y los convertiría en bandos enemigos.

### CIRCE

La edición española del pequeño libro de Alexandr Pushkin, *El viaje a Arzrum durante la campaña de 1829* (Minúscula, Barcelona 2003) lo compré cuando visité la gran exposición del Hermitage en el Museo del Prado de Madrid en noviembre del 2011.

El título original reza: *Puteshestvie v Arzrum vo vremia pojoda 1829 goda*. La introducción y la traducción al español son de Selma Ancira. Un joven ruso cruza con su regimiento la infinitud eslava y lleva un diario. Escribe de tal manera que el lector de casi dos siglos después tiene la sensación de haberle acompañado en su viaje. Puede que este sea el misterio: que los escritores no puedan saber nunca los desvíos que tomarán sus palabras. Pushkin habrá imaginado muchas cosas pero nunca que otro escritor, dos siglos más tarde, encontraría su libro en español en una exposición en Madrid sobre la gloria de su imperio perdido.

## PUERTO

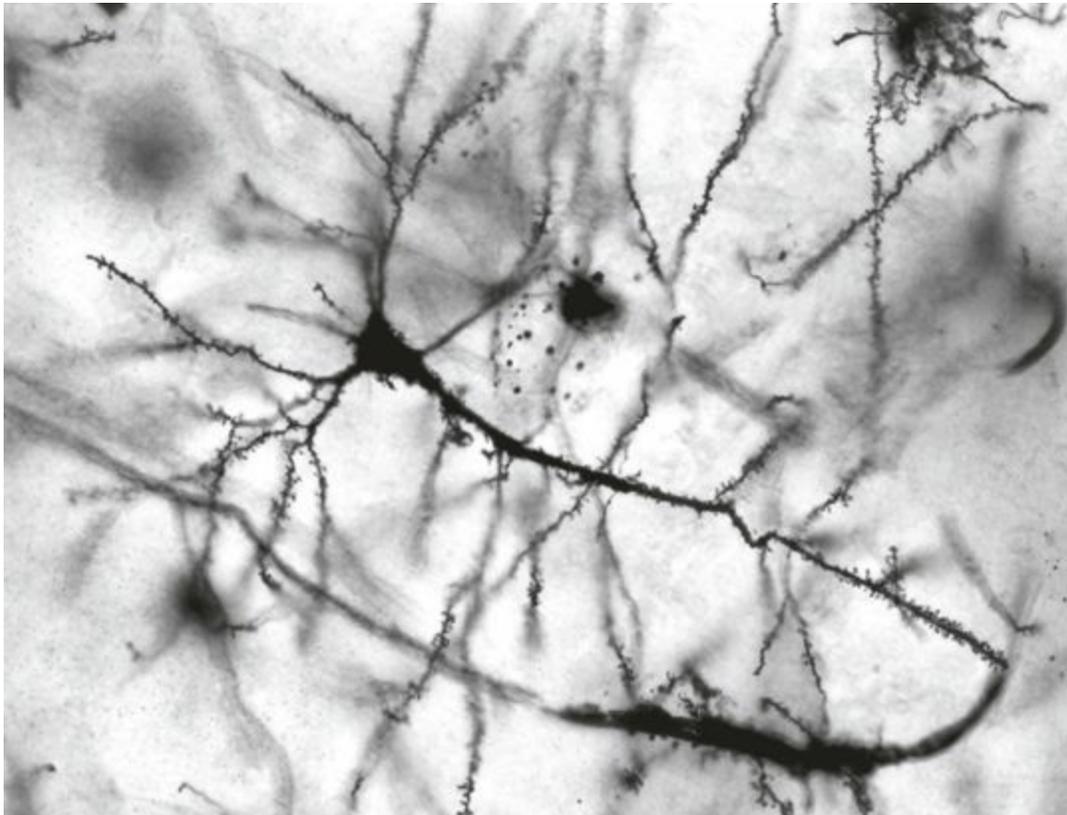


29

Se trata aquí de un mapa del puerto de Mahón, Menorca, acompañado de las siguientes palabras: *El puerto de Mahón y su costa, desde cala Murta hasta cala Rafalet, ruinas del castillo de San Felipe, baterías existentes y los campamentos, trincheras y baterías del último sitio*, grabado del año 1786 por Dn. Manuel Salvador Carmona, grabador de S. M. y del Rey de Francia y director de la Real Academia de San Fernando, escrito por Santo Drouët. Es fantástico poder ver un paisaje que conoces hasta la saciedad, completo con el castillo, la cala y el puerto, en un mapa antiguo. En los

lugares en los que ahora hay casas, se ven campos trazados con rayas con unos hombrecitos dibujados dedicados a hacer la guerra y sitiar la ciudad, trincheras, baterías y demás parafernalia.

## POSEIDÓN XVI



30

Detalles tomados de los capítulos «Whitman» y «Escoffier» del asombroso y fantástico libro de Jonah Lehrer, *Proust was a Neuroscientist*, Canongate, Edimburgo 2011. Stravinski, Cézanne, Woolf, George Eliot, todos ellos sufrían una forma excitante de clarividencia que Lehrer analiza en su condición de neurocirujano. Ver las cosas un poco antes que los demás, una predestinación con grandes consecuencias.

En el capítulo «Escoffier», Lehrer escribe el «eje» griego como *axon*. En mi diccionario homérico figura como *axoon* (sánscrito: *áksha*). Jacob Mehler, *Mehler woordenboek op de gedichten van Homèros*, Nijgh & Van Ditma nv Róterdam/La Haya 1947.

El resto de la información procede de Wikipedia, auxilio de los poetas en días de angustia.

## HIPOPÓTAMO



31

Café Hipopótamo, esquina Brasil/Defensa, San Telmo, Buenos Aires.

## HESÍODO

Hesíodo, *Theogony*, Glenn W. Most (ed.), The Loeb Classical Library, Harvard University Press, Cambridge/Londres 2006 [*Obras y fragmentos: Teogonía*, Gredos, Madrid 1997]

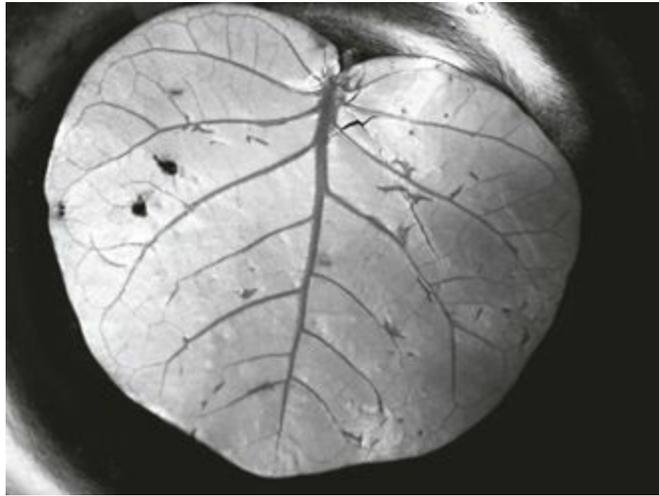
## POSEIDÓN XVII



32

Vienes del frío y la altura de Bogotá y bajas a la playa. Primero no dejan que el avión aterrice por culpa de una tormenta apocalíptica, luego el piloto decide lanzarse hacia abajo y de pronto te encuentras en el trópico. Algunas palabras consiguen fascinarte. Conocía la Cartagena de la costa árida del sudeste de España, pero ese seductor añadido «de Indias», eso fue lo que me atrajo. Tropical, antigua, colonial, un espejismo español en lontananza, 32 rodeada de bastiones que puedes cruzar a pie, una pequeña ciudad apresada dentro de sus murallas almenadas.

Fundada en 1533 por Pedro de Heredia, una de las primeras bases españolas en Sudamérica. Desde este lugar se transportaban por vía marítima el oro y las espléndidas obras de arte de oro de Zenú a España para ayudar en la financiación de la guerra de Felipe II contra los Países Bajos protestantes, oro perdido. El poema es del poeta colombiano Daniel Lemaitre Tono (1884- 1961).



33

## QUILOTOA



34

## ZOOLÓGICO

Jardín Zoológico, Plaza Italia, Buenos Aires.

## POSEIDÓN XVIII



35

Kees van Dongen, *Autorretrato como Neptuno*, 1922, Centro Pompidou, Museo Nacional de Arte Moderno, París.

VIDAS

*Mémoires du duc de Saint-Simon*, Pléiade, Gallimard, París 1983. Existe una versión más breve en tres tomos todavía notables, *Memoirs: Duc de Saint-Simon*, publicada y traducida por Lucy Norton, 1500 Books, Nueva York 2007 [*Memorias* (selección), Bruguera, Barcelona 1981]. El conde pertenece, junto con Chateaubriand, a los predecesores espirituales de Proust. Más de treinta años de la vida de la corte del Versalles de Luis XIV y Luis XV descritos día a día con una letra minúscula: intrigas, vilezas, privilegios, guerras. Una obsesión con los rangos y las posiciones sociales, una mirada increíblemente aguda. Las memorias siguen siendo una delicia para el lector de hoy. Nada le cura a uno tanto de su propia época como una luz despiadada proyectada sobre personas perfectamente reconocibles de otra época, ya extinguida, que se dirigían, de forma lenta pero segura, a la revolución que las anegaría con su furiosa marejada.

## TORO



36

La corrida de toros es también en Colombia un asunto letal y también allí hay gente que protesta contra ella. El reportaje apareció el 1-VII-2011 en *El Tiempo*, Bogotá, con una fotografía de Juan Pablo Rueda.

POSEIDÓN XIX



37

HERMANAS



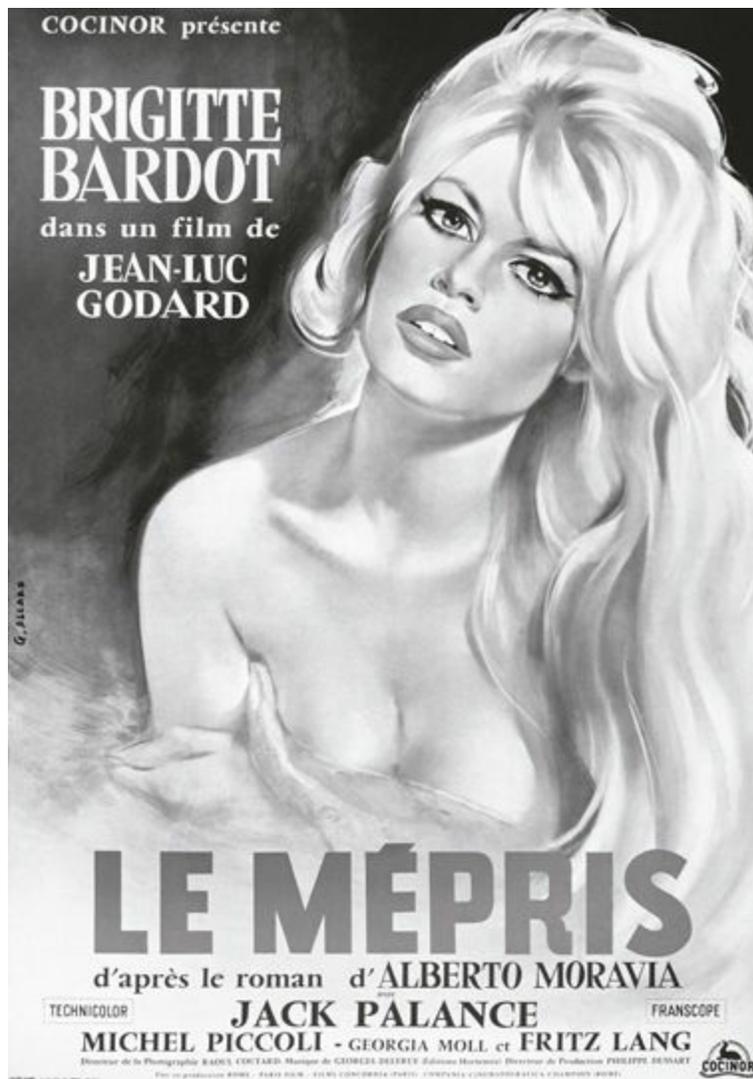
### 38

Para Charles Bonnet y Joseph Addison, ver Arthur O. Lovejoy, *The Great Chain of Being: A Study of the History of an Idea*, Harvard University Press, 1936 [*La gran cadena del ser. Historia de una idea*, Icaria, Barcelona 1983]. Debí de adquirir y leer este libro en cierta ocasión, porque resulta incuestionable que las anotaciones que llenan los márgenes son de mi puño y letra. ¿Dónde queda todo lo que leemos? Hace muchos años subrayé un montón de frases y puse signos de admiración. Algo de todo ese conocimiento perdido ha debido de colarse en mi interior, por lo que ahora retorna a mí como un vago recuerdo: las personas que Lovejoy cita, el poeta inglés Joseph Addison y el suizo Charles Bonnet, físico y filósofo, que fue uno de los primeros en desarrollar una teoría de la evolución y que también creía en una vida más allá de la muerte. Durante años ha dormitado el libro en mi casa española con la paciencia enconada con la que los libros desdeñados esperan su tiempo. ¿Acaso fueron las grafías de las lombrices sobre mis blancas paredes las que me indicaron el camino hacia el libro dormido en cuyas páginas alguien llama hermana a una lombriz? Los caminos secretos de la memoria son laberínticos e inescrutables.

## BALLENA

Los hechos mencionados proceden del capítulo «A Whale's End is the Beginning of Life at the Deep Seafloor», de Craig R. Smith, University of Hawaii, USA, en Claire Nouvian, *The Deep, The Extraordinary Creatures of the Abyss*, The University of Chicago Press, Chicago 2007.

## AZUL



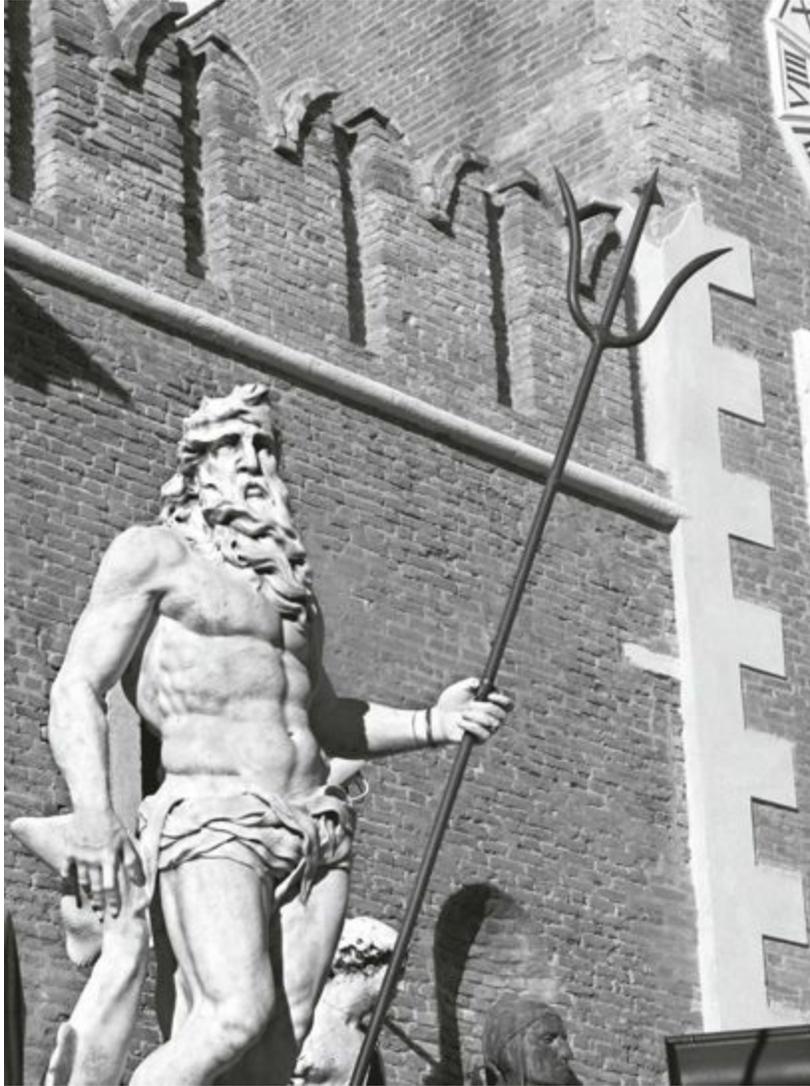
39

Anne Carson, profesora de literatura clásica y comparada, es una de las poetas más

interesantes de nuestro tiempo. En la introducción de su libro *Autobiography of Red*, escribe: «Cuando Homero se refiere a la sangre, la sangre es *negra* [...]. Poseidón siempre tiene *las cejas azules de Poseidón*». Y antes dice lo siguiente: «¿Qué es un adjetivo? Los sustantivos nombran el mundo. Los verbos activan a los sustantivos. Los adjetivos vienen de otra parte. La palabra “adjetivo” (*epitheton*, en griego) es en sí misma un adjetivo con múltiples significados: colocado encima, añadido, unido a, importado, extranjero. Los adjetivos parecen complementos inocentes, pero, atención. La misión del adjetivo es conceder un lugar propio a todo lo que es especial en este mundo».

Anne Carson, *Autobiography of Red. A novel in Verse*, First Vintage Contemporaries Edition, Vintage Book, Nueva York 1999 [*Autobiografía de Rojo*, Calamus, Barcelona 2009].

## POSEIDÓN XX



40

Heinrich Seuse es uno de los grandes místicos alemanes después del Maestro Eckhart. Vivió en el siglo XIV, es autor de una de las primeras autobiografías, y además escribió unas disertaciones teológicas en un alemán temprano maravilloso. Borges, que era un maestro en encontrar influencias de escritores en otros que no podían haberlos leído, tal vez hubiera visto en Heidegger un precursor de Seuse. Fíjate en la lengua que emplea: «Los maestros dicen que Dios no está en ninguna parte, que lo es todo en el universo. Así, pues, aguza el oído interior de tu alma y escucha bien. Los mismos maestros dicen también, en la ciencia de la Lógica, que se puede llegar al conocimiento de una cosa a través de su nombre. Un maestro dice que la palabra “Ser” fue el primer nombre de Dios. Así, pues, vuelve tus ojos hacia el Ser en su más esencial simplicidad al tiempo que dejas de lado las formas parciales de Ser esto o aquello. Toma únicamente el Ser en sí

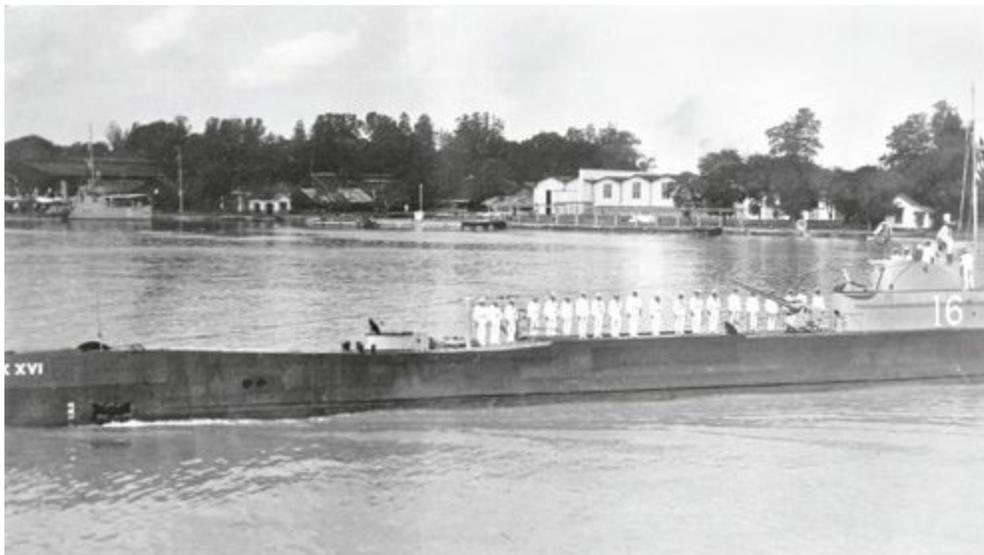
mismo, el ser sin mezclar con el No-Ser; pues del mismo modo en que el No-Ser niega todo Ser, también el Ser niega todo No-Ser. [...]

»Cómo pueden las tres personas de la Trinidad divina existir en una unidad del Ser es algo que nadie puede explicar con palabras. Pero en la medida en que se puede decir que el padre es origen de toda la divinidad del hijo y del Espíritu, tanto en la persona como en la esencia [...]. Esta idea oculta nos la revela la luz clara, el maestro Santo Tomás, cuando dice: lo que sucede a través de la emanación del corazón y la razón del padre es que Dios, en su conocimiento rebotante de luz, se mira a sí mismo en un reflejo de su divino Ser» [trad. del alemán de Isabel García Adánez].

De: Walther Tritsch, *Christliche Geisteswelt*, Band II, *Die Welt der Mystik*, Verlag Werner Dausien, Hanau 1986.

Klaus Held, *Treffpunkt Platon*, Reclam, Stuttgart 1990.

## GUERRA



41

Artículo aparecido en *De Volkskrant*, 25-X-2011: «He estado tanto tiempo esperando que llegara este momento». Entrevista a Katja Boonstra.

## RATÓN



42

Jaime Prats, *La extraña afición a los toros asesinos*, *El País*, Madrid, 21-VIII-2011.

## POSIDONIA



43

*Albufera (albuferra en menorquín)* es el nombre que reciben las lagunas litorales separadas del mar por una lengua de arenas.

Anthony Bonner, *Plants of the Balearic Islands*, Editorial Moll, Palma de Mallorca 2005.

*Camí de Cavalls Guidebook*, Fundació Desti, Menorca 2010.

## POSEIDÓN XXI

Werner Heisenberg, *Physics and Philosophy*, Harper & Row Publishers, Nueva York 1962/Pelican Books, Londres 1989.

*Die Vorsokratiker*, traducido y anotado por Jaap Mansveld, Reclam, Stuttgart 1983.

La cita de Aristóteles procede de los *Testimonia* incluidos al final de *Teogonía* de Hesíodo.

## ANTIGUO



44

Escrito en Medellín, Colombia, verano del 2011.

## LLAMA

Mejor no tener demasiados amigos eruditos, porque entonces te embargan las dudas, sobre todo cuando te encuentras en algún lugar donde es imposible consultarlo todo y los eruditos difieren de opinión. ¿No fue Plinio quien sostuvo que Ulises no regresó a casa después de su convivencia con Circe? Y sí, naturalmente, la idea de que Dante no había leído la *Odisea* era una *boutade*. Cuando uno de mis amigos leyó el texto, me dijo que en la Edad Media se especuló mucho sobre la idea de que Ulises hubiera partido de nuevo después de su regreso, especulaciones que tal vez, así me dijeron, habían surgido con motivo de una carta que Séneca escribió a Lucilio y que yo no logré encontrar. Otro amigo me remitió al pasaje de la *Odisea* en que Tiresias aconseja a Ulises volver a partir de su casa en cuanto hubiese llegado y adentrarse tierra adentro hasta que nadie supiera qué clase de objeto era el remo que le había acompañado durante su viaje. Adentrarse tierra adentro no es una travesía por el mar y desde luego no hacia el hemisferio sur. Así que ahora tampoco me atrevo a poner la mano en el fuego por Plinio, aunque se refiera con bastante frecuencia a Ulises. Sí encontré en la carta 53 de Séneca a Lucilio una referencia a que Ulises siempre se mareaba en el mar, lo cual es de por sí ya un hecho curioso para un eterno navegante como él, aunque seguramente lo que intentó Séneca con ello es conferir cierto relieve literario al mareo que él mismo padeció durante una travesía a Nápoles. Otra indicación la encontré en *Die Legitimität der Neuzeit*, de Hans Blumenberg, en un pasaje en el que se sugiere que Ulises, una vez en Ítaca, había vuelto a partir. En Dante no he logrado encontrar una referencia clara a ello, por mucho que he estudiado el texto, aunque Blumenberg tampoco lo dice literalmente, solo lo insinúa: «Aquí no nos encontramos con el héroe homérico que vence al peligro de las Sirenas, sino con el Ulises que inventa Dante, consecuentemente mucho más desarrollado por el desasosiego que le produce su curiosidad hacia el mundo, con el Ulises *que no regresa a Ítaca* [la cursiva es mía, C. N.], sino que emprende la última aventura de cruzar la frontera del mundo conocido, atraviesa las columnas de Hércules y, tras cinco meses de viaje por el Océano, naufraga al ver una misteriosa montaña. Virgilio y Dante se encuentran con el héroe de la antigüedad en el octavo Círculo del infierno, bajo las

titilantes lenguas de fuego de la Bolsa de los malos consejeros le oyen contar la historia de su último viaje» [trad. del alemán de Isabel García Adánez].

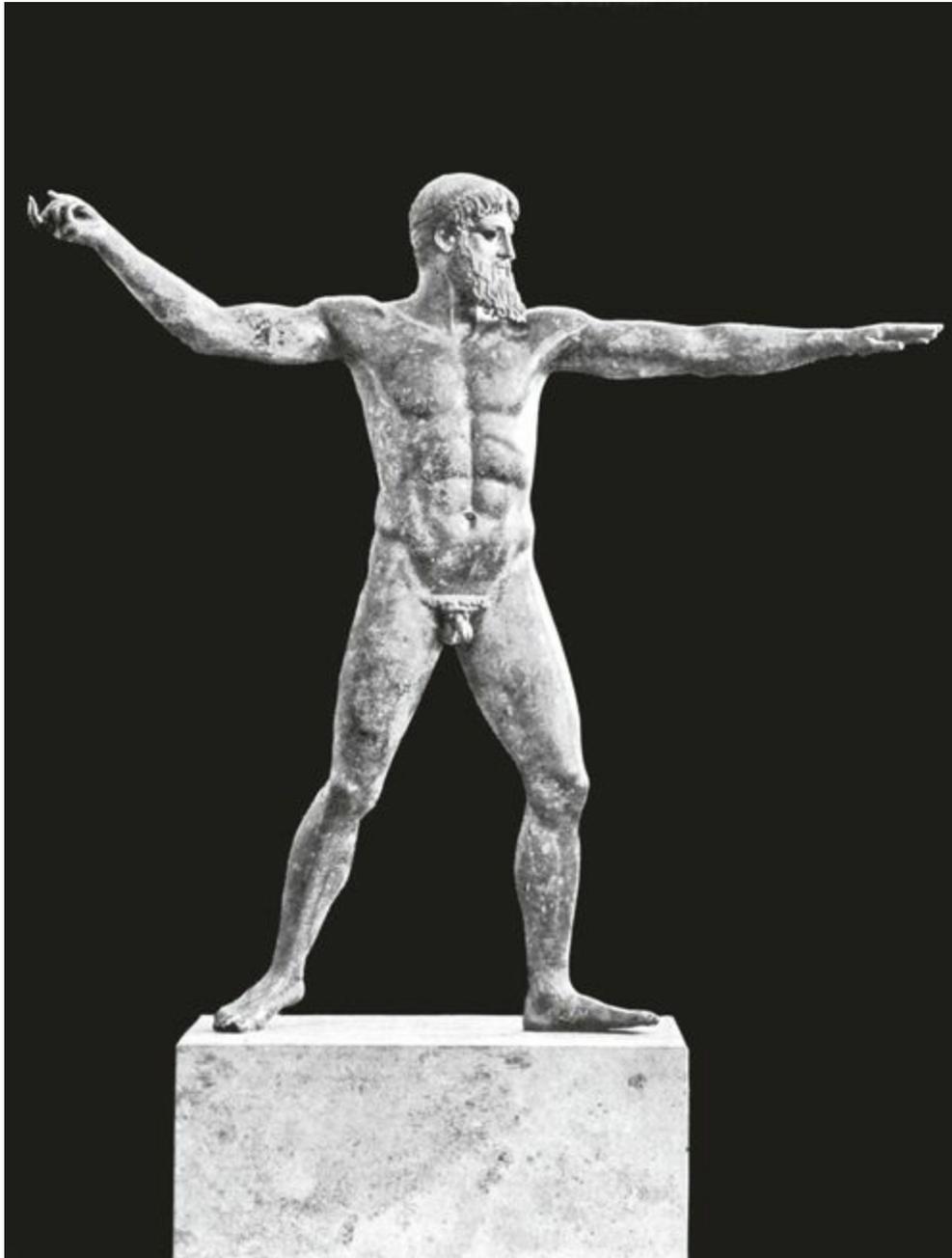
Lo llamativo en este texto es que aquí Ulises es condenado a morir ahogado por el pecado de la *curiositas* –tema de la obra de Blumenberg–, pero en el infierno por la traición del caballo de Troya.

Comoquiera que sea, de todo ello me ha quedado la lectura de Blumenberg, un par de hermosas cartas de amigos y la constatación de que no fue el dios pagano Poseidón quien destruyó a Ulises movido por su sed de venganza, sino que fue el dios de los cristianos quien le echó una manita a su colega marítimo.

Hans Blumenberg, *Die Legitimität der Neuzeit*, III: *Der prozess der theoretischen Neugierde*, Suhrkamp, Frankfurt/Main 1996.

Dante Alighieri, *Divina Commedia*, trad. al neerlandés de Frederica Bremer, H. D.Tjeenk Willink & Zoon nv, Haarlem 1941 [Dante Alighieri, *Divina Comedia*, trad. de Ángel Crespo, Planeta, Barcelona 1983].

## POSEIDÓN XXII



45

Poseidón del cabo Artemisio, norte de la isla de Eubea, *ca.* 460 a. C., 2,09 m.

En 1926 unos buceadores encontraron esta escultura en un barco hundido en el siglo I a. C. frente al cabo Artemisio.

Homero, *Odisea*, canto I.



46

Templo de Segesta.

COLEGAS



47

*Stauroteuthis syrtensis* Los datos proceden de un libro admirable de Claire Nouvian: *The Deep, The Extraordinary Creatures of the Abyss*, The University of Chicago Press, Chicago 2007.

PIEDRA



48

Las siguientes obras fueron de interés para las *Cartas a Poseidón*:

**Alexander, Caroline**, *The War That Killed Achilles*, Faber & Faber, Londres 2010.

**Held, Klaus**, *Treffpunkt Platon, Philosophischer Reiseführer durch die Länder des Mittelmeers*, Reclam, Stuttgart 1990.

**Ijsseling, Samuel**, *Apollo, Dionysos, Aphrodite en de anderen*, Boom, Ámsterdam 1994.

**Jacobs, Michael**, *Andes*, Granta Books, Londres 2010.

**Manguel, Alberto**, *Homer's The Iliad and The Odyssey*, Atlantic Books, Londres 2007 [*El legado de Homero*, Debate, Barcelona 2010].

**Seznec, Jean**, *Das Fortleben der antiken Götter*, Wilhelm Fink Verlag, Múnich 1990 [*Los dioses de la Antigüedad en la Edad Media y en el Renacimiento*, Taurus, Madrid 1983].

**Vernant, Jean-Pierre**, *Mythe et pensée chez les Grecs*, La Découverte/Brosché, París 1996 [*Mito y pensamiento en la Grecia antigua*, Ariel, Barcelona 1993].

Los otros libros que he consultado se mencionan en las notas.

La cita de **Wallace Stevens** procede de *Notes Toward a Supreme Fiction (Notas para una ficción suprema)* [*The death of one god is the death of all* («La muerte de un dios es la muerte de todos», trad. de Javier Marías)], PreTextos, Valencia 1996.

## Agradecimientos

Un libro que de pronto toma caprichosamente diferentes direcciones y visita tanto el fondo del mar como el mundo elevado de los dioses le plantea al escritor bastantes problemas inesperados. Por fortuna aparecen entonces amigos que saben las respuestas a preguntas difíciles y le ayudan con hechos y consejos en su exploración del mundo real y del mundo invisible. A algunos de ellos quisiera mencionar para mostrarles mi agradecimiento: Pedro Alejo Gómez, Helga van Beuningen, Robbert Dijkgraaf, Wolther Kassies, Antje Landshoff-Ellermann, Emilia Lodigiani, Alberto Manguel, Fik Meijer, David Rijser, Julius Roos, Hans Roters, Rüdiger Safranski y Peter Sloterdijk. De la editorial Suhrkamp, Julia Ketterer, Matthias Reiner y Katja Bohlmann por su trabajo con el texto y las imágenes, y, finalmente, Simone Sassen y Susanne Schaber, que han seguido el proyecto desde el principio hasta el final durante cuatro años.

C. N.

## Créditos de las ilustraciones

akg-images/Erich Lessing: **45**

Archivio Fotografico – Fondazione Musei Civici di Venezia 2012: **19**

bpk (bildagentur für Kunst, Kultur und Geschichte): **14, 15**

F. Bruckmann, Munich, ilustración procedente de: John Pinsent, *Greek Mythology*, Paul Hamlyn, Londres, Nueva York, Sydney, Toronto 1969, pág. 30: **2**

Cinetext/Richter: **39**

CORBIS: **6**

ddp images/AP: **20**

Deutsches Literaturarchiv Marbach: **13**

Getty Images/AFP: **4**

Douglas Gordon, *Travail With My Donkeys*, 2008, Three channel video installation with sound. Dimensions variable. © 2012 Studio lost but found/ Douglas Gordon/Pictoright: **21**

INS News Agency: **8**

Real Academia de las Ciencias de Suecia, Estocolmo, 2011: **23**

MethoxyRoxy/Lizenz: cc-by-sa-2.5 (vía Wikimedia Commons): **30**

Museo Nacional del Prado, Madrid: **3**

NASA; ESA, W. Keel (Universidad de Alabama) y el Galaxy Zoo Team: **25**

Ministerio de Defensa: **41**

RMN-Grand Palais: **35**

Juan Pablo Rueda: **36**

Sanford/SPL/Agentur Focus: **16**

Simone Sassen: **1, 5, 7, 12, 18, 22, 26-27, 31-34, 37-38, 40, 43-44, 48**

SCALA, Florencia, © 2012: **46**

David Shale/Claire Nouvian: **47**

Roman Signer, *Bücher*, 1984, foto: Max Mettler, © Roman Signer: **10**

Damián Torres/picture alliance/EFE: **42**

El resto de las imágenes proceden del archivo del autor o de SuhrkampVerlag, Frankfurt am Main.

## NOTAS

<sup>1</sup> «Pasan los días con el rumor de los apacibles vientos.» (*N. de la T.*)

<sup>2</sup> Dante Alighieri, *Divina Comedia: Infierno*, trad. de Ángel Crespo, Planeta, Barcelona 1983.

Título original: *Brieven aan Poseidon*

Edición en formato digital: abril de 2013

En cubierta: *Poseidón*, Lindau, Plaza del Mercado, fotografía de © Simone Sassen

© Cees Nooteboom, 2013

© De la traducción, Isabel-Clara Lorda Vidal, 2013

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15803-53-9

Conversión a formato digital: Década Soft, S. L. [www.decadasoft.com](http://www.decadasoft.com)

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# Índice

Portadilla	2
Cartas a Poseidon	3
Poseidón I	12
Boda con un sombrero	14
Asedio	15
Bayreuth	16
Poseidón II	17
Encuentro	18
Invalides	19
Poseidón III	20
Río	22
Challenger	24
Poseidón IV	25
Asclepias	27
Tiempo	28
Poseidón V	29
Camión	31
Kenkō	32
Teléfono	33
Poseidón VI	34
Infanticidio	35
Libros	37
Poseidón VII	39
Muro	41
Mancha	43
Poseidón VIII	45
Höoderlin	47
Velos	48

Cuadro	49
Poseidón IX	51
Orión	54
Pastoral	56
Poseidón X	57
Conversación	59
Agave	60
Poseidón XI	62
Paseo	64
El testigo	66
Poseidón XII	68
La silla	70
Burros	72
Jardín	74
Poseidón XIII	76
Chica	78
Luna de sangre	80
Poseidón XIV	83
Hombre	85
Superficie del agua	86
Verde	87
Poseidón XV	89
Bal des Ambassadeurs	92
Circe	93
Puerto	95
Poseidón XVI	97
Hipopótamo	99
Hesíodo	101
Poseidón XVII	103

Quilotoa	104
Tormenta	106
Zoológico	108
Poseidón XVIII	111
Vidas	113
El toro	115
Poseidón XIX	117
Hermanas	119
Ballena	121
Azul	124
Poseidón XX	126
Guerra	128
Ratón	130
Posidonia	132
Poseidón XXI	134
Antiguo	136
Llama	138
Poseidón XXII	141
Colegas	144
Piedra	146
Poseidón XXIII	148
Notas e imágenes	150
Agradecimientos	202
Créditos de las ilustraciones	203
Notas	205
Créditos	206